Mundo Argentino

"Cuando a solas la asaltaba el recuerdo del viajero, todo era forjarse planes ilusorios para lo porvenir. ¡Cómo iban a transformarse aquellos prados con el cuidado cariñoso de los jóvenes amantes! Aumentaría el ganado, un caserón inmenso les serviría de vivienda y las trojes estarían siempre repletas para que en ellas pusieran las manos los vecinos en tiempo de escasez."

De la novela de ambiente nacional

DOS MUJERES

De

IRUROZQUI GARRO

20 centavos en toda la República

En este número:

La viuda del fuerte estanciero argentino Alfredo Duggan y de lord Curzon, el virrey de la India, se halla al borde de la ruina.

El espejo de la opinión pública en el país y en el extranjero

¿A QUE OBEDECE LA DIFERENCIA?

2 En la guerra. — En la paz. (De "Evening Journal", Nueva York)

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

¿Qué hará el electorado argentino ante estas fieras que le han salido al paso? (1). Todos los apetitos están en juego, y el pueblo que vota debe esquivarlos y salir ileso de los peligros que le acechan.

Durante la guerra (2), **el hombre demostró poseer una energía maravillosa,** si bien al servicio de la destrucción. Ahora, en la paz, ¿por qué lo dominan la apatía y la inercia? ¿Por qué no reacciona contra la depresión moral y física que lo subyuga?

Mientras España se encuentra **absorbida (3) por su flamante república,** Francia tiende a extender su dominio en el territorio marroquí, aprovechando el descuido de su vecino.

En Alemania (4) ven así a Francia con respecto a Europa; **convertida en la estranguladora de todas las naciones del mundo europeo,** pues Francia es la única que por su situación económica impone condiciones a las demás.

Según marchan las cosas (5), **la paz mundial, con la que sueñan todos los pacifistas del mundo,** no puede vivir si no está protegida por los armamentos de todas las naciones civilizadas.

La situación de la agricultura (6) es grave en los Estados Unidos, **aunque no tanto como la de la industria,** según puede verlo el lector gráficamente.

ESPAÑA

3 El español está tan entusiasmado con la república, que no se da cuenta de lo que ocurre a su espalda. (De "Kladderradatsch", Berlín)

ALEMANIA

4 Así ven a Francia los alemanes. (De "Kladderradatsch", Berlín)

LA PAZ MUNDIAL

5 He aquí todo lo que se necesita para proteger la paz mundial. (De "Notenkraker", Amsterdam)

LAS FIERAS EN EL CAMINO

1 —Y ahora, ¿por dónde paso yo?

ESTADOS UNIDOS

6 La situación de la industria y de la agricultura no es otra que ésta. (De "Herald Tribune", Nueva York)

Ibero-Amerikanisches Institut
Berlin
Preußischer Kulturbesitz

Arg bi 216 : 21, 1086 (1931) [2]

Mundo Argentino
SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIERCOLES
EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES
DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029
FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES
AÑO XXI — BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 11 DE 1931 — NÚM. 1086

La paz y el bienestar dependen de la producción y del comercio

EL pánico que se apodera del comercio ante el menor peligro es tan peligroso como el confiado optimismo que todo lo libra a la previsión oficial, apenas se vislumbra un repunte en los negocios. Acostumbrémonos a ser previsores. El "The Literary Digest" de hace unos números trae una excelente declaración en torno del plan de Mr. Gerardo Swope, gran industrial americano, quien, no dejándose engañar por los buenos ni por los malos ratos por que ha debido atravesar la industria en estos últimos tiempos, imaginó una forma — la más práctica, la más expeditiva — que encarrilara de una vez la producción. Veamos en qué consiste este plan. Por lo pronto, debemos anotar que MUNDO ARGENTINO, en números anteriores, al ocuparse de cuestiones análogas, propuso una solución parecida, lo que, por supuesto, nos satisface. Ante todo, Mr. Swope se pregunta: "Nosotros, industriales, ¿debemos esperar a que la sociedad nos obligue por medio de las legislaturas a ciertos deberes que nos son privativos, o es nuestra obligación anticiparnos y reconocer nuestras obligaciones para con los empleados y el público? Creo — se responde a sí mismo — que no es el caso de titubear, asumiendo actitudes equívocas"...

El plan Swope es sencillo, y es, en su sencillez, revolucionario. Quizá el hecho más revolucionario lo sea el que la industria habría de organizarse sobre una base nacional mediante la asociación del comercio, que controlaría en esa forma la producción. Pero esta organización del comercio se presta, por supuesto, a fáciles maniobras interesadas. Para contrarrestarlas, Mr. Swope crea en su plan un cuerpo de supervigilancia del Estado, que garantiza al público ante las asociaciones industriales. En lugar de los métodos anticuados, esta nueva tendencia afirma sus bases en la cooperación del gobierno y la industria, en aligación matemática, a fin de realizar mejor y más uniformemente la marcha del mecanismo productor, tan complejo, en beneficio mutuo del pueblo y del industrial.

Para Mr. Swope, la industria existe "a fin de servir las necesidades del pueblo", y la producción y el consumo deben ser coordinados en ese único sentido. Es, como se ve, una revolución medularmente izquierdista, realizada dentro de las derechas más conservadoras, lo que viene a probar la fuerte estabilidad del capitalismo, que alcanza a renovarse sin la necesidad ineludible de destruirse. Este plan de Mr. Swope ha sido elogiado por todos los periódicos yanquis. Y aun aquellos periodistas que abrigan dudas sobre su eficacia, no pueden menos que alabarlo como un gran paso hacia la construcción, estimulando las discusiones en torno del problema que hubo creado la intensa crisis sufrida. Pues bien: deseamos nosotros hacer otro tanto en nuestro país. No es posible que sigamos todavía pendientes de las posibles resoluciones ministeriales, o, en períodos de normalidad constitucional, de las decisiones del Congreso. El país necesita encarrilarse en corto lapso, mediante la obra tesonera y de conciliación de las partes mayormente interesadas: agricultura, ganadería, industria, comercio. Los ministros de gobierno se hallan solicitados por numerosas tareas, no es posible exigir de ellos una participación directa en cada conflicto planteado por estas cuestiones. De ahí que se vean obligados a dilatar los arreglos o a resolverlo, al fin, todo desde un punto de vista completamente opuesto al de cada una de las partes, formulando impuestos y planes, que llamaríamos artificiales, y que tienen al cabo un efecto contrario sobre la producción y el comercio. Debemos tener en cuenta que ambas actividades son las arterias por donde circula la vida de una nación y que cualquier trastorno en su buen funcionamiento subvierte de inmediato toda la estructura social.

La Agricultura, la Ganadería y la Industria, formando un solo organismo, pueden levantar en sus brazos al Comercio, y evitar así las críticas situaciones.

De su conservación dependen la paz y el bienestar de un pueblo. Podrían formarse, pues, tres asociaciones que servirían de eslabones entre la agricultura, ganadería e industrias y el comercio y los ministros gubernamentales. Dos miembros destacados de cada asociación integrarían la Comisión Central, que recibiría los estudios de las subasociaciones, juzgando los puntos propuestos en amplio debate, trazando a su vez los planes que, en cada caso, resolverían las cuestiones. Finalizados los estudios, se participaría de sus resultados a los ministros a quienes correspondiere, cuidando de encarrilar los asuntos y de no perder de vista sus soluciones, de manera que el largo trámite burocrático no niegue el fruto de la paciente y constructiva labor. Y no es un sueño el realizar esta obra. La Argentina es un país rico, de grandes capitales, donde es fácil hallarnos frente a hombres íntegros de una manifiesta habilidad comercial, de una fortuna lo suficientemente sólida como para substraerse a todo interés que no fuere el de sus compatriotas y el de su país. Ellos pueden contribuir a estabilizar el mundo financiero, desempeñando un puesto de honor al frente de una comisión de la naturaleza expuesta. Integrados a esos cargos de sacrificio público, formarían algo así como una parte, y muy importante, de la estructura social de la nación, manteniendo en toda hora el equilibrio entre la industria y el comercio, o, para ser más amplios, entre el capital y el trabajo, y pudiendo extender sus actividades hasta el control de precios para el público, evitando su expoliación. Un juego de estatutos que defina la elegibilidad de los miembros de la asociación y poderes y deberes que les corresponde a cada uno de ellos deberá ser, más adelante, redactado por el Congreso. La supervigilancia del Estado gravitará sobre cualquiera decisión de las asociaciones mediadoras. En definitiva: el plan de Mr. Swope, modificado, reformado, de acuerdo a nuestra idiosincrasia, entraría a formar parte de la estructura social del país, evitando en adelante los pánicos y las sorpresas, el escepticismo tan dañoso en comercio, como el optimismo francamente halagador, pero fácil a una derrota: todo lo cual contribuye a crear un estado de nerviosidad perjudicial para el perfecto desarrollo de la industria y del comercio, que es a lo único que debemos aspirar los argentinos si deseamos un franco porvenir económico.

ENRIQUE GOMEZ MATHEU.

SUGESTION

Un cuento dramático de VIRGINIA T. V. DE WATER

Hay personas de una sesibilidad tan delicada, que se sugestionan con suma facilidad. Estas personas, pues, viven su vida en un estado de extrema excitación, hasta que su misma nerviosidad las arrastra a cometer ese delito o esa aberración que tanto temieron siempre.

RITA Martínez había tenido siempre horror a las armas de fuego. Cuando niña había llegado a odiar las fiestas nacionales a causa de que se las celebraban con estampidos de cañonazos y cohetes. Como se habían reído mucho de ella, guardaba en secreto este defecto, pero con ello no había logrado que su temor disminuyese.

Sólo una vez habló a su marido de este asunto. Fué en una oportunidad que lo vió esgrimir el pequeño y brillante revólver que guardaba en el cajón superior de su "chiffonier".

—¡Oh! Ten cuidado — exclamó ella.

El la miró con burla, pero en seguida se quedó atónito al ver la palidez que cubría su semblante.

— ¿Por qué, querida? ¿Supongo que no tendrás miedo de un revólver?...

— Es claro que no... — trató Rita de mentir, recordando, avergonzada, cómo se burlaban de ella cuando era niña. — Es que no me gustan las armas.

El la besó.

— Entonces, lo guardaremos — dijo. — Pero es que es, en realidad un bonito revólver.

—Y tan pequeño, que parece un juguete...

Trató de sonreír, y pudo respirar más libremente cuando su marido envolvió el arma en un pedazo de franela blanca y la colocó en la caja de la cual la había sacado, volviendo a guardarla en el cajón del mueble.

Esto había ocurrido hacía tres años, cuando ella y Tomás acababan de casarse. Y ahora Tomás había muerto... Hacía ya un año de eso... ¡Todo un año!... Ella aún vivía en el pequeño departamento que habían tomado para casarse. Su hermano Federico le había sugerido, al principio, que debía mudarse; que sería más feliz en otra parte.

— Los recuerdos deben ser tristes — le dijo.

— Son tristes, pero dulces a la vez, Federico; pero tengo suficiente dinero para mantener este departamento. ¡Por favor, déjame quedar aquí!...

Ella haría lo que le pareciera mejor. Por ahora no había consuelo para su duelo. El vivir con otra gente no atenuaría su tristeza. Tomás había sido todo su mundo y había partido. No podía todavía convencerse de su muerte. Todo fué tan rápido e inexplicable...

— No veo solución para mi vida. La única manera de reunirme nuevamente con Tomás, es muriendo, y yo, Federico, soy demasiado cobarde para tratar de morir. No puedo comprender — agregó con un estremecimiento — cómo otros se atreven a matarse...

— ¿A qué hablar de matarse? Hay muchas maneras de perpetrar un suicidio. ¿No tienes aquí, por casualidad, un revólver? ¿Sí?...

¡Qué tonto era él si pensaba que ella se atrevería a tocarlo!...

— Tomás tenía uno, y en una oportunidad me enseñó su manejo, por si alguna vez tenía necesidad de defenderme... Nunca lo toqué desde ese día... Debe estar en ese cajón...

— Permíteme verlo — pidió Federico.

Rita señaló el cajón sin abrirlo. Federico retiró el revólver y se entretuvo en darle vueltas en su mano, como si estudiara su mecanismo. Había también algunas balas en el cajón y él las guardó en su bolsillo.

— ¿Por qué haces eso?...

— Te traeré otras mejores que éstas la próxima vez que venga — contestó él, evasivo.

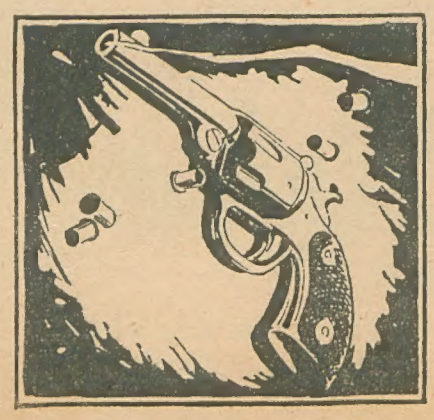
Así lo hizo pocos días después, colocando algunos proyectiles en la misma caja del revólver.

Ella notó que antes de cerrar la caja, Federico leyó las instrucciones que aparecían impresas en la tapa.

— ¿Dónde piensas guardar esto? Supongo que pondrás este mueble en otro sitio...

—Sí — contestó ella sollozando. — La "chiffonier" puede ya ser retirada de esta pieza. El revólver lo guardaré en el cajón del fondo de mi escritorio, donde — agregó con una sonrisa de abatimiento — no necesitaré ir a buscarlo. En ese cajón sólo guardo viejas cartas y algunos regalos.

Lo cerró casi sin mirarlo, y guardó luego la llave en una de las pequeñas gavetas del escritorio. Y allí quedó por más de un año...



Rita recordaba todo eso esta noche, mientras se vestía para la velada. Federico le había pedido que lo acompañase al teatro. Como ella se negara, su hermano le pidió, en cambio, que recibiese a algunos amigos que le harían compañía en esa noche de su cumpleaños.

Ella hubiera preferido no recibir a nadie, pero no quiso disgustar a su hermano y accedió.

¡Qué amable era!... Durante todo un año trató ella de ocultarle su tristeza y su soledad... No quería que nadie viviese con ella... Prefería su aislamiento... Sólo a una persona quería junto a sí: a Tomás. Y no podía reunirse con él sino desertando de la vida... Cuando estaba triste pensaba en esto, pero siempre el mismo temor invadía su alma... No se había atrevido nunca a abrir el cajón donde el pequeño objeto se encontraba... ¡Tan pequeño y tan terrible!...

— Creo que es la única cosa tangible de la vida a la que tengo miedo — murmuró. — Esa y la muerte. A causa de estos temores nunca seré una mujer libre...

Por una de esas coincidencias que son muy comunes para resultar extrañas, sus huéspedes de esa noche, discutían respecto a un reciente suicidio.

— No puedo entenderlo — dijo Rita con vehemencia. — ¿Cómo alguien puede quitarse su propia vida?... Resulta incomprensible...

— No para mí — dijo una dama.

— Ni para mí — confirmó un caballero.

— No lo disculparía como un pasatiempo — dijo el doctor Jiménez, un joven médico, riendo. — Pero bajo ciertas circunstancias, como las producidas por largos e incurables dolores físicos o morales, podría sentirme tentado de tomar mi revólver y poner fin a ellos...

— Estoy cierta que yo no tomaría por nada un revólver — dijo Rita, tratando de reír; — lo que prueba cuán cobarde soy...

— Al contrario; eso prueba que tiene usted suficiente valor para afrontar la vida, lo que requiere más valor que para morir — aseguró el médico.

— Espero que tenga usted razón — dijo Rita, sonriendo, agradecida ante el cumplido.

—Estoy seguro que la tiene — confirmó un caballero. — Pero, hablando del suicidio, ¿cuál es en su concepto, doctor, el mejor medio para realizarlo?... ¿El revólver que la señora de Martínez odia?... Por mi parte, yo tendría miedo de no tirar sobre una parte vulnerable, y quedar peor que antes...

— Hay muchos puntos vulnerables, a los que es casi imposible errar — dijo el doctor, tranquilamente. — Por ejemplo, hay un punto aquí en la sien — agregó tocando su sien derecha, justo en el borde de su cabello rizado. — Si apunta usted ahí, la bala irá directamente a su destino, y cumplirá su misión.

Nuevamente Rita trató de hacer coro a las risas de sus invitados; pero sus labios estaban fríos y secos. ¿Por qué a esa gente no se le ocurrirá hablar de otra cosa?...

Federico interrumpió de pronto:

— Por favor; hablemos de cosas más agradables.

Había pasado ya la medianoche cuando el último huésped abandonó la casa.

Federico Vilas ayudó a su hermana a poner las cosas en orden. Luego la acompañó hasta su dormitorio.

— Resultó una amable reunión, querido, — dijo Rita — y debo agradecértelo...

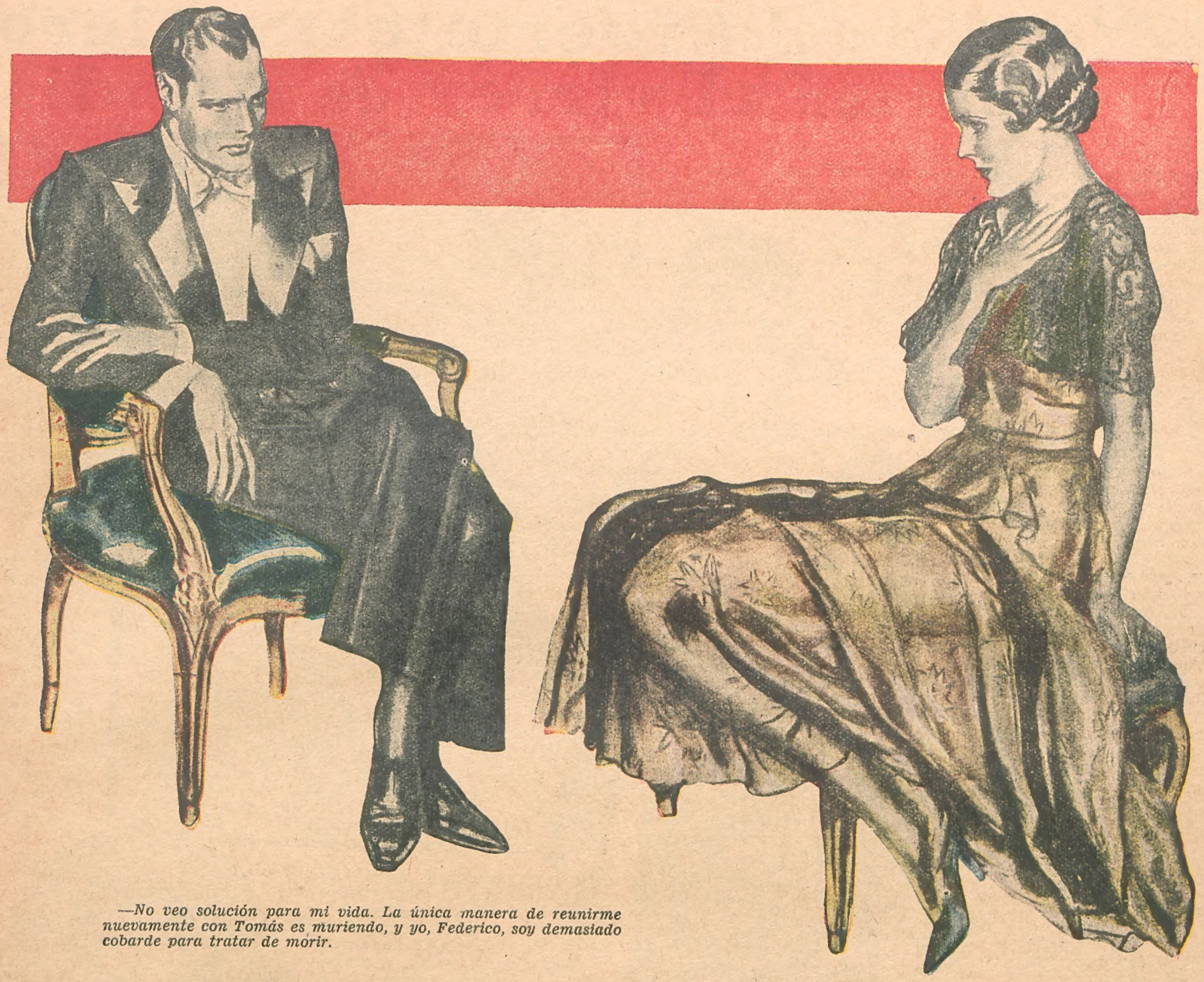
— Soy yo el que debe estar agradecido — dijo su hermano con ternura. — Espero que éste será el principio de un buen año para ti, Rita.

— Si la seguridad de tu cariño puede hacerme feliz, lo seré sin duda alguna.

— Te noto muy pálida... Debes estar muy cansada... ¿Te sientes nerviosa?

— Nunca estoy nerviosa — respondió ella, y lo despidió con un beso.

Cuando se encontró sola se miró al espejo y vió que, como le había dicho Federico, estaba muy pálida. Debía estar más cansada de lo que creía. Se desvistió y se puso su bata de noche, y luego, sentada en el borde de la cama, se quitó las medias y los zapatos. El pequeño reloj del escritorio dió la una. Era el pequeño reloj que Tomás le había rega-



—No veo solución para mi vida. La única manera de reunirme nuevamente con Tomás es muriendo, y yo, Federico, soy demasiado cobarde para tratar de morir.

lado cuando ella adquirió el escritorio de caoba.

Rita quería mucho ese mueble. Tomás y ella, juntos, habían arreglado en él sus papeles...

— En el cajón de abajo — le había dicho él — debes guardar las cosas que creas no necesitar a menudo: cartas antiguas, papeles familiares, etc. No pongas en él las cosas que usas regularmente, pues no resulta agradable tener que agacharse para tomar una que se necesita con apuro.

Se sentó muy tranquila..., y con el recuerdo de las palabras de Tomás, evocó el sonido de su voz... Su mirada en tanto estaba fija en el cajón... Por una casualidad, ese era el cajón en que se hallaba el revólver; ese revólver que desde hacía un año nadie había tocado.

Inmóvil, seguía pensando... ¡Qué tranquilo estaba su departamento!... Suponía que ésta debía ser la hora de más silencio... Hasta ahora había podido percibir el rumor peculiar que nunca cesa en una gran ciudad.

Se dirigió hacia su mesa de vestir y miró nuevamente el cajón inferior del escritorio... ¿Dónde había puesto la llave?... ¡Ah, sí! Ya recordaba... en una de las pequeñas gavetas... Pero, ¿por qué se hacía esta pregunta si estaba segura de no haber olvidado por un momento donde estaba la llave?

Lentamente abrió el escritorio y la gaveta de la izquierda, y tomó la llave. Con cuidado y muy despacio cerró la tapa del escritorio. Luego se detuvo por un instante, y, en seguida, con un movimiento rápido, cayó de rodillas frente al cajón. Calzó la llave en la cerradura, dió una vuelta, abrió el cajón y miró dentro de él... Recordó que el revólver estaba envuelto en un pedazo de franela blanca... Tomó la caja y la mantuvo en la palma de su mano. Trató de recordar cuando Tomás le había enseñado cómo se cargaba... No significaba esto que ella pretendiese cargarlo... Pero, ¡ah! Aquí, en la tapa, estaban las instrucciones impresas... Las leyó muy cuidadosamente...

"Empuñad el cañón con la mano izquierda, colocando el pulgar de la misma mano sobre el ajuste del cañón... Movedlo hacia abajo hasta abrir el arma y haced a un lado el tambor... Colocad las cargas en las cámaras y volved el cañón a su sitio, cuidando de que cierre bien. El revólver está ya listo para ser usado".

Es claro que ella nunca tendría necesidad de cargarlo, pero era tonto ignorar cómo se hacía... Dejó la caja abierta sobre la mesa de vestir, y releyó cuidadosamente las instrucciones, haciendo que sus acciones siguieran a las palabras.

Contó las cámaras después de abrir el arma... Eran cinco... Federico había dejado cinco cargas en el cajón, seguro de que ella nunca usaría ni una sola... Pero las colocó en las cámaras vacías... Cerró el arma y sonrió cuando el cañón se encajó con un golpe seco en su sitio... Ese ruido significaba que estaba bien cerrado... Miró nuevamente las instrucciones y leyó: "El revólver está ya listo para ser usado."

Rita susurró apenas estas palabras... No quería romper el silencio en que estaba sumido el departamento con el sonido de su propia voz...

Dió vueltas y vueltas al revólver en sus manos. Notando que sus dedos habían empañado la bruñida superficie del caño, tomó su pañuelo de la mesa y pulió dicha superficie hasta que no quedó ni un solo rastro...

¡Una cosa tan pequeña para poner fin a una vida!... ¡Qué tonta había sido en tenerle miedo!... Nunca lo tendría ya... Hasta se rió cuando se dió cuenta de que podía pensar en el suicidio sin un solo estremecimiento. Sus dos temores habían sido vencidos... Es natural que nadie debía pensar jamás en el suicidio. Alguien dijo esa noche que para vivir se requería más valor que para morir... Ella nunca tuvo miedo a la vida... Pero sí tuvo siempre mucho miedo

(Continúa en la pág. 13)

La viuda del fuerte estanciero Curzon el virrey de la India

Lord Curzon fué un señor de gustos y costumbres medioevales. Siendo virrey de la India asombró a los príncipes de aquel país por su boato y esplendidez. Viudo de una rica heredera yanqui, se casó con la viuda de un estanciero argentino, que aportó al matrimonio 20.000.000 de dólares. Recientemente, la marquesa de Curzon realizó un arreglo extrajudicial con sus acreedores. ¿Qué se hicieron los ingentes millones del estanciero? Eso es lo que se explica en esta nota.

El soberbio marqués Curzon de Kedlestone era un personaje pomposo e imponente.

LOS círculos aristocráticos y la opinión pública de la Gran Bretaña se vieron rudamenmente sacudidos hace poco tiempo por una noticia que estalló como una bomba: la viuda del poderoso par del reino, marqués Curzon de Kedleston, había realizado un "arreglo extrajudicial con sus acreedores". Al principio la versión circuló como un rumor. Se la negaba. Se la discutía. Se la ensalzaba. Fué la comidilla y el comentario de todos los círculos. No tardaron en confirmarla los grandes rotativos, y si ya no se dudó, hubo en todos los labios una interrogación:

—¿Qué se hicieron los millones argentinos y americanos que le aportaron a lord Curzon, ex virrey de la India, sus dos esposas tan poderosamente ricas como hermosas?

Se dijo que mediante el arreglo anunciado la viuda había logrado escapar a duras penas al concurso civil.

Así, pues, los veinte millones de dólares de Grace Elvina Hinds, viuda del riquísimo estanciero argentino Alfredo Duggan, habían llevado el mismo camino de la fortuna, aun más grande, cuantitativamente, de Mary Victoria Leiter, hija de Levi Z. Leiter, comerciante de Chicago, capitalista y especulador en trigos.

¿Adónde había ido a parar lo heredado por Curzon y los cincuenta millones de dólares de sus dos esposas?

Al parecer, la mayor parte de esa ingente fortuna sirvió para encumbrar a lord Curzon al pináculo del poder y la fama. Si así fuera, tanto él como sus dos opulentas esposas supieron disfrutar bien el dinero y las satisfacciones que puede proporcionar. Lord, barón, vizconde, virrey de la India, marqués, ministro de relaciones exteriores, líder de la Cámara de los Lores, casi jefe del gabinete, Curzon vivió rodeado del esplendor y el boato de un príncipe medioeval.

Grace Elvina Hinds, la hermosa viuda del millonario argentino Alfredo Duggan, aportó su mano y su dote a la carrera triunfal de lord Curzon.

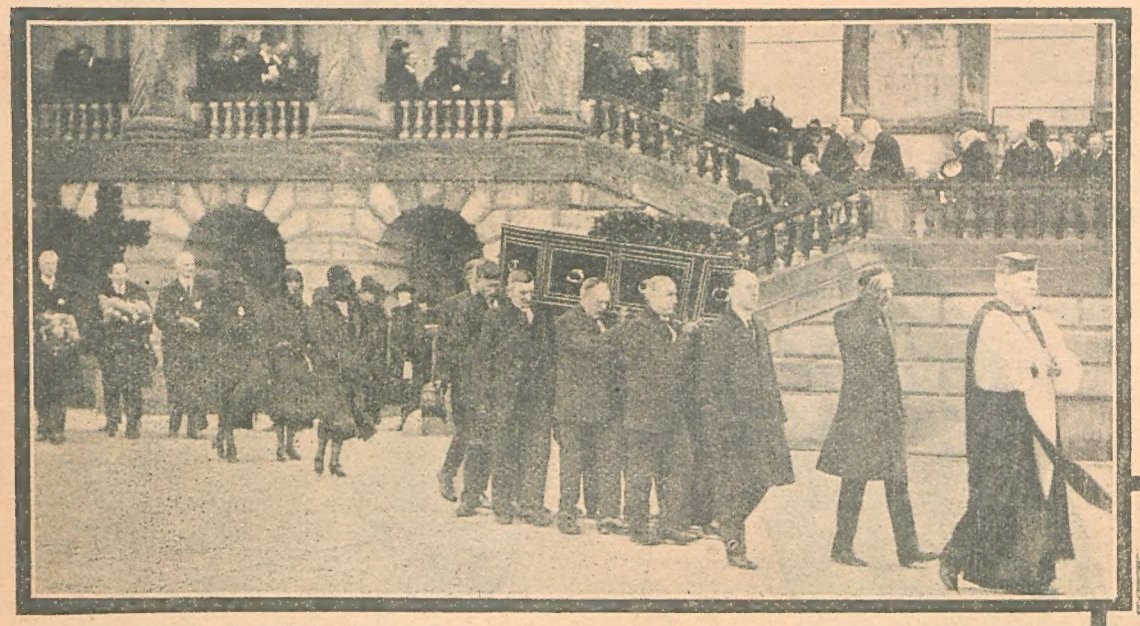
En el transcurso de los cinco años en que lord Curzon ocupó la encumbrada posición de virrey de la India, produjo el famoso Durbar, fiesta imperial que aventajó en brillantez a todo lo que se haya visto en la India, aún bajo el imperio de los mogoles. Acrecentó con ello el prestigio británico y el suyo propio. Hasta se atrevió a usar públicamente el pronombre plural que es privativo de la realeza: nos, en vez de yo.

Su primera esposa, la heredera de los millones de Leiter, compartió toda la pompa hindú como virreina, y al ocurrir su deceso aún quedó lo bastante de su fortuna para que su agradecido esposo hiciera por ella algo que no se había hecho en muchos años y que tal vez no se repetirá: dispuso la erección de un portentoso mausoleo de mármol para contener el sarcófago de su esposa junto con el suyo propio. Coronaban el sepulcro dos estatuas yacentes de tamaño natural, la de ella y él. Sobre ambas figuras se inclinan dos ángeles de inmaculada albura, simbólicos de la Esperanza y el Dolor. Exornan los paneles el escudo de armas de los Curson y las escenas más salientes de su vida. Es tal el monumento que hasta un rey hubiera dudado en mandarlo levantar por su elevado costo y por temor a que las estatuas no estuvieran en consonancia con su magnificencia.

Mary Victoria Leiter, rica heredera yanqui se sentó en el trono de la India como primera esposa de lord Curzon, y vivió en medio de un lujo nunca visto en aquel país fastuoso.

La efigie de Curzon, empero, estaba bien allí, pues aunque no fuera un hombre hermoso, su presencia era imponente y digna, y la renombrada belleza de la heredera de Leiter realzó y ennobleció los mármoles. Esta tumba imponente se halla

argentino Alfredo Duggan y de lord se halla al borde de la ruina



Altos dignatarios y políticos llevaron hasta su última morada los restos del noble lord, precedidos por el arzobispo de York. Encabezaban el cortejo la viuda e hijas, rigurosamente enlutadas.

ubicada en el interior de la iglesia de Kedleston, donde han sido enterrados los Curzon desde los tiempos de Guillermo, el conquistador normando.

Antes de estar terminado el mausoleo, lord Curzon se volvió a casar, y como en la ocasión anterior, con una mujer de importancia social inferior a la suya, pero que lo aventajaba en fortuna.

La segunda esposa experimentó la rara emoción de ver el cuerpo de su predecesora yacente con un espacio vacío al lado destinado a recibir los despojos mortales de su marido, pero sin que quedara lugar para ella y sin que lo hubiera sobre el monumento en el mismo plano con las estatuas de la primera lady Curzon, y del muy noble esposo de ambas. Ni siquiera aparecía su nombre grabado en ninguna parte. La segunda marquesa de Curzon notó la omisión y la exclusión en la primera visita que hizo a la iglesia de Kedleston. Mujer inteligente y viva, tuvo una frase feliz:

— Dos se encuentran bien acompañados; tres constituyen una muchedumbre.

Y volviéndose, con sonrisa maliciosa, agregó:

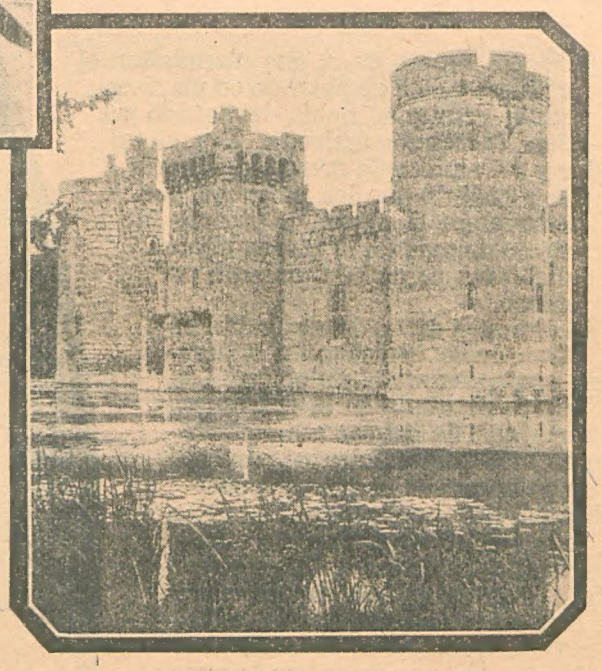
— Quisiera saber cómo nos vamos a arreglar en el otro mundo.

Se refería la encumbrada dama a la situación del matrimonio desde el punto de vista religioso. Para la Iglesia ortodoxa de Inglaterra, con la cual comulgan los Curzon, lady Mary Victoria Leiter era la esposa oficialmente reconocida del lord, y, por lo tanto, con mejor derecho que ella; pero, por otra parte, al ocurrir el deceso de la primera lady Curzon, él era un simple vizconde y sólo fué encumbrado al marquesado después de su segundo enlace. De modo, pues, que la viuda que acaba de arreglar sus deudas con los acreedores tiene el derecho de mandar inscribir en su tumba el alto título de marquesa, mientras que la otra, con toda la gloria del mármol, apenas si disfruta del de vizcondesa.

Las fortunas, la belleza y el talento de sus dos esposas ayudaron a lord Curzon a triunfar. La primera lo convirtió en el personaje de más alto rango de la política británica, y la segunda consolidó su posición en los últimos años de su vida y casi logró convertirlo en jefe del gabinete.

Miss Leiter heredó los millones de su padre, pero miss Grace Elvina Hinds, de Decatur, en Alabama, ganó sus millones en el matrimonio al quedar viuda de uno de los argentinos más ricos, lo que la puso en posesión de una fortuna que le permitió casarse con lord Curzon.

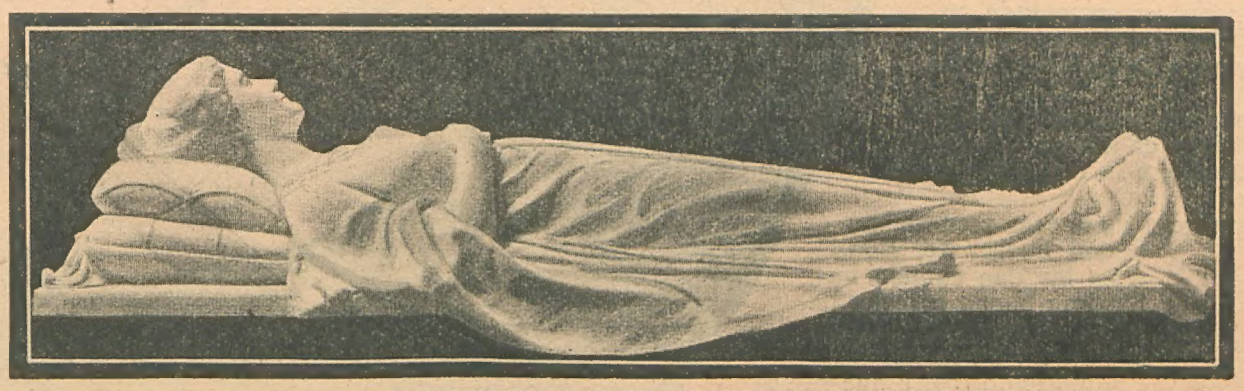
Al regresar de la universidad de Oxford, el joven Curzon trabó relación con Mary Leiter, que viajaba por Rusia con su institutriz. Fué un caso de amor fulminante. Miss Leiter, que era una de las más hermosas mujeres de América, era, además, singularmente educada, ilustrada y de señoril prestancia. Unía a esas cualidades el atractivo de sus millones y su deseo de convertirse en soberana de la sociedad en el mundo. Descollar en Chicago, o aun en Nueva York y Newport, le hubiera resultado fácil, pero la molestaban las actitudes de bellezas profesionales, como la señora Belmont, Harry Lehr y otras más. Europa, con su nobleza de antiguo cuño, era más codiciable. Todavía Curzon no había heredado su título ni poseía más capital que una ambición desmedida. En Oxford se le llamó "esa persona muy superior". Y lo era; lo fué durante toda su vida. Desde que aprendió a leer frecuentó la capilla en que yacían en el sueño de la paz sus antepasados y se aplicó a la lectura de las inscripciones que referían lo que cada uno de ellos había hecho por la patria. Ellos habían sido muy excelsos y él también se proponía serlo, y aun superior a todos. También se proponía dejar un sepulcro digno de su superioridad.



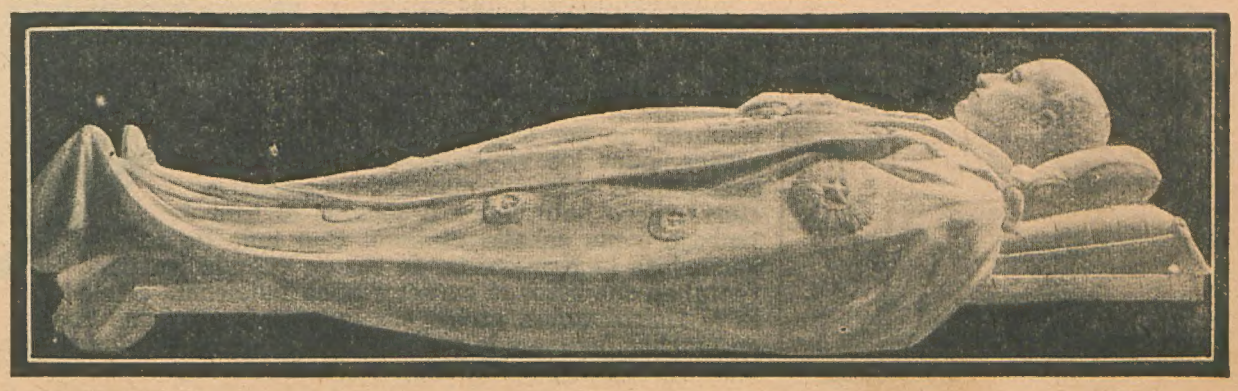
En el histórico castillo de Bodlan, adquirido con los millones de Duggan, lady y lord Curzon vivieron en un ambiente medioeval.

Tenía Curzon todos los gustos e inclinaciones de un príncipe medioeval, y

(Continúa en la pág. 35)



Soberanamente bella, la efigie marmórea de la primera esposa decora el regio mausoleo en la capilla de Kedleston.



Al lado de la estatua de la primera lady Curzon yace la de su esposo, pero no hay lugar para la compañera con quien se casó después del fallecimiento de Mary Victoria Leiter.

DOS MUJERES

Dos mujeres, una herida de muerte por una implacable enfermedad, y la otra llena de vida, criatura selvática que por primera vez experimenta en su carne y su alma las inquietudes del amor, sienten irresistible atracción por un mismo hombre. Irurozqui Garro nos presenta a ambas hijas de Eva en pleno escenario salvaje, en un ambiente casi primitivo, donde los seres viven sumidos en la más profunda ignorancia y creen en toda suerte de brujerías, y allí el amor, que es idilio y tragedia, troncha la vida de esas almas buenas que tuvieron la fatalidad de enamorarse de un mismo ser.

I

En la linde de un monte en el que abundaban el molle y el chañar, y casi empotrada en un riscal de la serranía puntana, había levantado su vivienda don Fortunato Quiroga. Era el tal un viejo trenzador y curandero de menta, que hacía su negocio siempre y cuando que los paisanos, con ostensible afán, renovaban el apero, o cuando le pagaban con un regalo de más de la marca alguna curación; lo que, dicho sea de pasada, sucedía por la muerte de un obispo.

Amén de lo que dejamos dicho de sus habilidades personales, otras cosas contribuían a acrecentar su haber aparentemente reducido. Los frutales de una huerta plantada en la entresaca del monte y una majada de cabras aumentada de año en año, eran más que suficientes para el mantenimiento de su hogar, en el que se conservaban los sencillos hábitos campesinos.

Que había en todo esto cierto saborcillo a haraganería bien entendida, claro está. Como buen paisano, conocía a perfección sus menesteres; pero, en lo que atañe a más complicados métodos de trabajo, estaba Quiroga en ayunas, pues nunca se le enseñó otra cosa mejor, ni se le puso en las manos mayores medios para desempeñarse. A lo que te criaste, pues, hacía todo; y menos mal que el hombre tenía la mejor voluntad para el trabajo, en cuanto cabe en un medio hostil por lo aislado de todo contacto progresivo.

Hecho Quiroga a los reveses de la fortuna, cuando logró sentar sus reales en aquel sitio, en donde nadie le pidió cuenta de su vida, escarmentado en fuerza de las penalidades pasadas, entróle por el ahorro, con ribetes de tacañería, para asegurarse contra posibles contingencias.

Compartían con él la agreste posesión doña Dolores, su mujer, y la Esmeralda, ahijada de ambos, que quedó huérfana siendo muy niña, la cual, a la fecha de este relato, frisaba en los veintidós.

De más está decir que las mujeres de la casa secundaban a don Fortunato. Ellas eran las que cuando había una buena cosecha de fruta, convertían a ésta en orejones y en jalea.

Por descontado que sobre los hombros de la muchacha pesaba toda la carga de las labores caseras, que si bien eran realizadas conforme a las más primitivas costumbres, no por eso eran menos engorrosas, pues los viejos iban bajando la cuesta de la vida, sin mayores achaques, es cierto, pero habituados a sacarse el lazo del trabajo como caballo mañero. Con todo de ser hacendosa la Esmeralda, de vez en cuando traspasentaban sus actos la característica indolencia criolla. Si al físico vamos, guapa era la moza, y es fama que en muchas leguas a la redonda no había otra mejor plantada, más airosa para cabalgar, ni bailarina que se le igualase. Su cabello, renegrido, caíale sobre las espaldas en gruesas trenzas que le llegaban a la cintura, y sus ojos — que en la obscuridad se tornaban luminosos como las pupilas del gato, — parecía que aumentaban el sonrosado de

Novela corta de F. A. IRUROZQUI GARRO

—¿Qué te pasa, Esmeralda? ¡Ni que hubieras perdido el habla! ¿Tienes algún pesar? Dímelo, que sabré, si puedo, remediarlo.

sus mejillas y que bañaban en luz la turgencia de su pecho y el andar cadencioso de su cuerpo.

A pesar de tantos primores y de lo mucho que por ella hacía su padrino, llevándola a cuanta parranda se realizaba en los lugares vecinos, con lo que le facilitaba el conocimiento de la mozada, mala y buena, que moraba por ahí, es lo cierto que a la Esmeralda no se le conoció nunca un novio.

¿Por qué no se fijaban en ella los hombres? ¡Vaya uno a saberlo! Cuantos la conocían teníanle a modo de temeroso respeto, nacido, al decir de los del pago, del origen de su nacimiento: la voz corriente señalaba como a padres suyos a un matrimonio algo rico que acabó sus días en la primera residencia de don Fortunato, de la noche a la mañana, según se dice, sin que fuera jamás aclarado el misterio de su muerte. Esto aparte, algunos opinanaban que Quiroga debía de tener algún "entierro", del que la Esmeralda sería sabedora; por donde, sintiéndose rica, como heredera de su padrino, se mostraba desdeñosa con los mozos de la región.

II

Habladurías a un lado, la vida se deslizaba en "El Olvido" — que así era llamada la pequeña posesión — sin mayores contratiempos, sin envidias ni resquemores, a no ser tenidos como tales los rezongos de doña Dolores, que no conseguía "domar" a la Esmeralda, vale decir, hacer que ésta fuera sumisa y la temiera como cuando niña. Su altivez la ponía fuera de quicio, pues, por atávico impulso quizá, la Esmeralda rechazaba de plano las admoniciones de la vieja, la cual recurría en venganza a llamarla despectivamente la "guacha", con dejo un si es no es de recriminación, como si su orfandad fuera un estigma acusador.

No diremos que paradisíaco, pero cuando menos encantador era el paisaje que circundaba a "El Olvido", de donde resultaba justo que aquella gente, influenciada por un ambiente tan apacible de suyo, llevara una vida concordante con él.

Comenzaba el verano.

La florescencia de los árboles ponía su pintoresca y alegre nota de color en la casi uniforme clorofila de las hojas. Sobre las piedras de la sierra triscaban a pleno sol los cabritillos, ofreciendo el abigarrado pelaje cual si fuera un mosaico multicolor. Y todo el lugar, embalsamado por el aroma de la menta piperita, el poleo, la yerbabuena y otras plantas silvestres, convidaba a la delectación en medio de tan feraz naturaleza.

Una mañana, cuando aún el sol no se dejaba ver por sobre los picachos de la sierra, la gritería de una bandada de teros que volaban en dirección al Norte atrajo la atención de la familia.

La Esmeralda, ocupada en sacar las cabras del chiquero, corrió hacia la habitación y llamó a doña Dolores.

— ¡Madrina, madrina! ¿Siente los teru teros? San viajeros que vienen, seguramente...

— Así será, m'hija.

A las voces de su ahijada, salió Quiroga al patio y observó el camino como si quisiera descubrir algún indicio.

— Sí, son viajeros — dijo con tono convincente; — y me parece que no traen buena suerte. Miren esa águila parada en la piedra blanca donde dobla el camino, dando cara al Sur. Si vienen de ese lado, no les arriendo la ganancia...

A la insinuación de don Fortunato, ambas mujeres miraron hacia el punto que indicaba.

— Es cierto — confirmó la Esmeralda. — ¿Quiénes serán?

— Algunos puebleros que vienen a pasar el verano, o, tal vez, el agrimensor que va a medir la "Estancia Grande", porque andan por venderla — arguyó el viejo.

Vueltos a sus tareas, se hizo sentir la voz de Quiroga, que decía:

— Che, Esmeralda, ¿dónde está don Mateo?

— Ya voy, padrino — respóndiole ésta, — y, diligente, en un periquete, el tradicional brebaje empezó a circular.

En eso estaban, cuando se oyeron los ladridos de los perros que se abalanzaban al medio del camino.

Don Fortunato, con aire inquisitivo, fué hasta la tranquera que franqueaba el cerco. Detrás, su mujer y su ahijada avanzaron tímida y desconfiadamente.

—¿No les decía yo que eran viajeros? — objetó la Esmeralda.

— Así ha sido, pues — repuso Quiroga, a punto que paraba frente a la casa un coche de cuatro ruedas, tirado por mulas.

Dentro venían una mujer y un hombre, como de treinta y cinco años ella y de unos cuarenta él, y una muchacha, al parecer convaleciente, de hasta diez y siete, la palidez de cuyo rostro no lograba empañar su hermosura.

A caballo, los acompañaba un joven de unos veinticinco años, bien parecido, ágil, el cual se mostraba muy solícito con la muchacha.

Sin apearse, se dirigió a Quiroga.

— Muy buenos días, señor...

—Buenos se los dé Dios, amigo. Mande lo que guste...

— Diga, don — interrumpió el cochero. — ¿Por dónde es el camino más corto para ir a San Martín?

— Mire: siga por donde dobla el camino, junto a esa piedra blanca, hasta llegar a una tranquera grande; después corta campo, orillando un cerco quemado; donde acaba el cerco y empieza una pirca, hay otra tranquera, siga la pirca hasta llegar a un cañadón que va a desembocar en la Pampa Grande; corte derecho al Norte y encontrará las huellas de los carros que vienen de La Toma. No tiene más que seguirlas y llegarán con bien a San Martín.

— Y diga, señor: ¿todo el camino es parejo?

— Sí; vayan con confianza no más; es liso como la palma de la mano.

Mientras, doña Dolores y la Esmeralda contemplaban a los viajeros desde el cerco.

La Esmeralda, ante la presencia del guapo joven, debió de sentir, sin duda alguna, a modo de un estremecimiento en todo su ser, que despertó sus sentimientos mujeriles, pues no quitaba los ojos del viajero, el cual, más atento a enterarse de las señas que les daban, no reparó en que ella tenía encendido el rostro, que sus manos, inquietas, arreglaban las negras trenzas de su cabello con inusada coquetería y que dejaba escapar, en armónico compás, la afanosa respiración.

— ¿Entendió bien lo que le dije, amigo? — preguntó Quiroga al cochero.

— Sí, don.

— Adiós, pues, y muchas gracias, señor — añadió el joven.

Los del coche dijeron adiós también. Animó el auriga a las de las varas, que arrancaron al trote, y el galán espoleó a su cabalgadura marchando al estribo del carruaje, que, dando tumbos en las asperezas del camino, dobló, y entre nubes de polvo se perdió de vista. Luego no se oyó más el patullar de las mulas.

Idos los viajeros, todo fué hacer comentarios acerca de quiénes serían.

Para don Fortunato, la muchacha parecía consumida por la "tis". Doña Dolores confirmaba la opinión de su marido y señalaba el parecido entre la niña y el joven que, decía, debía ser su hermano.

La Esmeralda, que escuchaba atentamente, **terció para decir:**

— Yo creo que no son hermanos, madrina; el joven tiene otra cara. — Y agregó casi entre dientes, con cierta intuición: — Más parecen que fueran novios... ¡Pero esos no se casan!...

— ¡Cállate, qué sabes vos! — interrumpió doña Dolores. — El mozo es de la familia, y, si no lo fuera, a vos no te importa.

Y con esto callaron todos.

III

Por peculiar intuición, el astuto campesino había acertado en el mal que minaba la salud de la joven enferma.

No era reciente la enfermedad, pero cosa de un mes antes hizo crisis, y en un tris estuvo que la pobre muchacha — Mercedes Valenzuela, para llamarla por su nombre — no hiciera el viaje del que no se vuelve.

En Buenos Aires, su vida, en compañía de sus padres, siempre fué un continuo jolgorio, como que sus obligaciones no iban más allá del acicalamiento de su personita elegante.

¡Oh, las noches en vela que pasaba haciendo sociedad en casa de las familias de Zutano o Mengano!... ¡Cuántas veces no la recriminaron sus padres por su desmedida afición a toda clase de diversiones, sin que pasara por su imaginación que de todo aquello sólo habría de resultar algo que diera al traste con su salud y que fuera objeto de menoscabo para su buen nombre!

La incauta niña, caprichosa como tal, apenas si en las admoniciones caseras veía otra cosa sino una terca oposición a sus deseos.

Allá por mediados de agosto, los últimos fríos trajeron la tristeza al corazón de Mechita.

Al dejar una noche la sala de baile del club del barrio en que vivían, una tosecita traicionera hizo abrir los ojos a su madre, quien, llegados que fueron a casa, puso en autos de lo que pasaba a su esposo, decidiendo llamar en cuanto viniera el día al médico de la familia, para que examinara detenidamente a su hija.

Aún no habían agarrado el sueño, cuando los padres de Mechita tuvieron que abandonar el lecho, ante un inesperado ataque del que fuera víctima la niña.

Llamado el facultativo, acudió de inmediato, sabedor de que tarde o temprano debía de producirse lo tantas veces provisto por él, que de sobra conocía a la familia. No solamente el pulmón flaquearía, sino también el sistema nervioso, hasta traducirse en un histerismo agudo que terminaría por convertir a la graciosa muchacha en una cosa, un desecho humano, que no tenía culpa de todo aquello.

— ¡Ah! Si se remontara en la vida de sus ascendientes!... — solía decirse de vez en cuando el concienzudo médico, al salir de visitar a la familia de Valenzuela. — ¡En esta casa hasta el aire que se respira está enfermo!

Gimoteando estaban los padres al ver a la pobre niña que se retorcía presa de atroces convulsiones, cuando llegó el doctor López a la casa. Sin perder tiempo procedió a una primera cura, y dispuso que fuera conducida Mechita a su consultorio para aplicarle los rayos X.

De este examen sólo sacó en limpio que la tuberculosis hacía dos años que trabajaba los pulmones de la niña, y que el sistema nervioso estaba completamente relajado.

Y con criterio más humano que científico, aconsejó a los padres alejar a la muchacha, después de un mes de reposo absoluto, de la endiablada vida de la ciudad y llevarla a la sierra, para que allí, en medio de la naturaleza casi virgen, se prolongaran sus días, soñando con su vivir anterior, y para que allí también se realizara el desenlace del drama en que inconscientemente ella era la protagonista.

Cuando ya el viaje estuvo listo, vino a poner un compás de es-

IRUROZQUI GARRO

autor de la novela corta que se publica en este número

DOS MUJERES

hace para los lectores de

Mundo Argentino

SU AUTOBIOGRAFIA

Con medio siglo a cuestas — nací en San Luis el 21 de agosto de 1880 — bien puede forjarse una autobiografía por todo lo alto.

Hace más de treinta años que "hago" periodismo a mi manera y escribo de todo con conocimiento de causa, sin prodigarme: crítica, novelas cortas, cuentos, versos; pero jamás ha destilado mi pluma ni un denuesto ni una injusticia. Por ahí andan esas cosas esperando la forma del libro, que quién sabe cuándo llegará

Espíritu andariego, he llevado mi inquietud espiritual—que no corre parejas con mi tradicional cachaza puntana — adonde se me ha presentado la oportunidad. Y por ser andariego, en una de tantas andanzas, a causa de meterme a redentor, fuí a dar con mis huesos en la cárcel de Bahía Blanca, confirmando que éstas han sido hechas para los hombres.

Sencillo y modesto, no me halaga la vanidad ni me quita el sueño la riqueza de los otros. De ahí mi idealismo, que bien puede ser una virtud o un desacierto de mi vida. Quizá por eso no me dió por ser doctor.

En materia de gustos me tiran la belleza, el arte y la mujer (así, en singular).

Tipo amante de la civilidad, transijo con todo — HOMO SUM: HUMANI NIHIL A ME ALIENUM PERTO, que dijo Terencio; — pero que no me toquen ni la melena ni el toscano.

pera a la partida un último capricho de Mercedes. ¿Cómo había ella de abandonar a Buenos Aires dejando a su novio, a su Juan Carlos?

Nuevo sacrificio de los pobres padres. Era necesario convencer a Juan Carlos de la necesidad de acompañarles, siquiera fuera por conformarse a la voluntad de la enferma. Y así fué. Juan Carlos hizo el viaje con su novia y sus presuntos suegros, llevado del cariño hacia Mercedes — que era prima suya; — y, fuerza es confesarlo, en su desconocimiento de la vida, estaba loco por ella, a extremo tal que su entendimiento no le permitía discernir acerca de la enormidad de un casamiento entre dos parientes que apenas podía ocultar su miserable salud.

IV

Transcurrían los días monótonamente aburridores y calmosos, y en la vivienda de Quiroga no ocurría cosa que cambiara la suerte de vida de la modesta familia. Siempre las mismas simples exigencias del vivir cotidiano; siempre el mismo tejer la tela burda del comentario campesino, no por burdo menos sutil y suspicaz...

Era aquella vida el mismo aburrimiento, como llaman los habitantes de los centros poblados a ese discurrir monótono de las horas; pero que en medio de la agreste soledad tiene mucho de sano y fuerte, de incontaminado y de espiritual.

Las mecánicas funciones caseras de la Esmeralda no le impedían de andar desazonada—"abombada", como decía doña Dolores, — y hacer, de rato en rato, una escapada hacia el cerco, a la espera de ver asomar en el camino la figura del viajero aquel que tan por entero le sorbiera el seso, hasta hacerle perder el sueño.

Tornádose había silenciosa y pensativa, concéntrose en sí misma, y a menos que no se le tirara de la lengua, no metía baza en la conversación. Un mal humor constante la dominaba, haciéndola pecar de arisca, lo cual causaba extrañeza a todos, pues se la tenía por decidora y alegre, no obstante el sambenito de orgullosa que le colgaban aquellos que, aficionados a su persona, no lograron arrancarle siquiera una lejana promesa amorosa.

Una vez, llegado el mediodía, estaba la Esmeraldo bajo la ramada contigua a la casa, enjuagando en la batea unas piezas de ropa, y empezó a canturriar:

"Cuando la perdiz canta,
nublado viene..."

Una nube obscura ocultaba al sol y las primeras gotas caían sobre la tierra sedienta. Visto lo cual, tornó la moza a entonar:

"Cuando la perdiz canta,
nublado viene;
no hay mejor señal de agua
que cuando llueve."

—¡Esmeralda, parece que va a llover! Sacá los higos del zarzo y andá a encerrar la majada — díjole doña Dolores al sentirla cantar.

—¿Parece nomás, madrina? ¡Ya está lloviendo! Recoja con mi padrino el zarzo, mientras voy a traer las cabras.

Y diciendo y haciendo, púsose a modo de vincha un pañuelo en la cabeza, descolgó un rebenquito de cabo finamente trenzado en cerda, abrió la tranquera y se internó en el campo frontero, donde pacía el ganado.

Madres y crías, triscando alegremente, venían dando balidos en busca del redil, de modo que poco fué el trabajo que le dieron. Concretóse, pues, a hacer que las más remolonas no se que daran atrás, arrojóles algunas piedras y animó a aquellas que entendían por un nombre para que hicieran punta. Trés éstas las demás fueron entrando en el corral, sin dejar, con sus continuos balidos, de saludar a la lluvia bienhechora.

De pronto, apareció el agua y un copioso chaparrón puso en alboroto a las cabras, que se apretujaban debajo del cobertizo del chiquero, y las gallinas ganaron un árbol para guarecerse, cloqueando desaforadamente. En ese preciso instante, los cascos de una cabalgadura repiquetearon en el camino y dejaron de oírse al detenerse junto al cerco.

El recién llegado gritó desde afuera:

—¡A Dios, gracias!

—¡A Dios sean dadas! — respondió Quiroga, que había salido hasta la ramada.

— Abra, don Fortunato.

— En seguida, don Venancio. No lo había conocido... ¿Qué lo trae por aquí? — Y marchó a abrir la tranquera.

— En busca suya vengo, amigo — díjole aquél, mientras desmontaba.

Quiroga, comedidamente, tomó de la rienda el caballo, y con tranquilidad rayana en haraganería empezó a desensillarlo.

— Pase a la pieza nomás; ahí está la gente mateando.

Al llegar don Venancio a la puerta de la habitación, ya le esperaban doña Dolores y la Esmeralda. Esta, con las buenas tardes, le brindó un mate, que el obsequiado, en

(Continúa en la página 17)

"4711" Genuina Agua de Colonia (Etiqueta azul y oro) se destila desde 1792 en Colonia s/Rhin

COMO HE CAZADO VIVOS LOS ANIMALES SALVAJES

La Reina COBRA

Un artículo de FRANK BUCK

REPETIDAS veces el director del Jardín Zoológico de Nueva York me había pedido que le trajera un ejemplar de cobra. Durante un largo tiempo busqué incesantemente lo que se me pedía, sin lograr hallarla. Enormes son las dificultades con que se tropieza para obtener uno de estos reptiles. La mayor parte de los comerciantes y vendedores asiáticos que me proveían de otras clases de animales, incluyendo también peligrosos reptiles, sienten un pánico tremendo por la cobra. Sólo la casualidad o un accidente imprevisto es capaz de poner en manos de uno de aquellos nativos tal reptil. Además no existe, ni con mucho, gran abundancia de estos vendedores. Ello se debe a que la cobra es el más vicioso de los que pueblan las selvas del Asia y uno de los pocos que atacan sin que se les provoque. No existe ningún animal en el mundo que desee tan ansiosamente como ella destruir cuanto se le cruce en su camino. Cobra en la selva es sinónimo de muerte. Pensar en ella es pensar en perder la vida.

Jamás se borrará de mi mente el recuerdo del cuadro que presencié una vez que un gigantesco búfalo, que no pesaría menos de setecientos quilos, tuvo la desgracia de pasar demasiado cerca del lugar donde una cobra de gran tamaño descansaba. El reptil lo atacó, y en menos de media hora el búfalo estaba muerto. No es la potencia de su veneno lo que hace que se le considere el más peligroso de los reptiles. Su fortaleza reside en su robustez y en que su bolsa es grande y puede contener mucho líquido. Después es necesario considerar otro punto. La serpiente venenosa común pica con suma rapidez e inyecta su veneno en una fracción de segundo. En cambio, cuando la cobra muerde, aprisiona a su víctima hasta que ha vertido en su cuerpo todo el veneno, tornando imposible la reacción de ésta. Ninguna otra serpiente inyecta tal cantidad de veneno, y ninguna mata con un trabajo tan perfecto como el de ella. La muerte es lenta y penosísima. De cada diez veces nueve, un animal feroz cualquiera se internará en la espesura de la selva al olfatear la presencia de un ser humano. La cobra no teme al hombre, a quien no considera digno de oponerle resistencia. Al pasar a su lado, a cualquier hora, levantará su cabeza un metro del suelo, extenderá su cuerpo, y sólo ella sabe lo que pasará después. Y no solamente odia y no teme al hombre, sino que es refractaria a hacer la paz con cualquiera de sus compañeros selváticos.

Lucha siempre, y casi siempre vence. Las únicas cobras que hallé en el Africa eran especies que medían un metro veinte o uno cincuenta de largo. Tuve oportunidad de comprarlas y cazarlas, pero no me interesaron, ya que necesitaba una que midiera por lo menos tres metros de largo, pues no otra cosa podía agradar al director del zoo ya mencionado.

Había llevado a Estados Unidos muchas cobras de la India, amén de las cobras negras del archipiélago malayo, pero nunca había podido llevar una reina cobra. Necesitaba un ejemplar que interesara a los zoólogos, pues me repugnaba la idea de regresar con algo que no atrajera la atencióu. A través de diversos pueblos asiáticos conservé siempre la esperanza de obtenerla. Durante mucho tiempo mis esfuerzos fueron nulos, hasta que llegó el día en que mi deseo se vió satisfecho. Fué en Johore. Un malayo "sakai", con un terrible aspecto de mono octogenario, se me aproximó trayendo una jaula en la cabeza. Me habló, y aunque no soy muy profundo conocedor de su idioma, entendí que deseaba venderme una serpiente. Estas ofertas, por lo común, no despertaban mi atención. Muchos reptiles me habían hecho bostezar de indiferencia, de suerte que cuando le ordené al "sakai" que bajara la jaula lo hice casi distraídamente. Pero no tardé mucho en convencerme de que mi distracción era a todas luces injusta, pues en aquella jaula se hallaba encerrada la cobra más grande que había visto en mi vida. (Más tarde se comprobó que era la de mayor tamaño en el mundo.) El récord correspondía desde hacía muchos años a un ejemplar de tres metros setenta y cinco de largo, conservado en alcohol en el Museo Raffles, de Singapore. El que yo acababa de encontrar medía casi treinta centímetros más. Cuatro años más tarde mi récord fué batido por una especie que medía cuatro metros con veinte centímetros, llevada también al museo Raffles. Me hallaba satisfecho con mi hallazgo, y sin dilación pregunté al nativo cuánto pedía por ella.

— Diez dólares — fué la respuesta.

Se los di, y el gigantesco reptil fué mío. El vendedor también me interesó. Siendo un "sakai" su personalidad era de hecho exótica, pues no hay gente más extraña en el mundo que estos descendientes de los aborígenes pobladores de la península malaya. Difícilmente salen de la selva, donde viven desnudos, ajenos por completo a los beneficios de la civilización. No piensan en vestirse, y pasan las veinticuatro horas del día en cueros, presa de una ignorancia completa. Para los malayos los "sakais" son gente bruta y bárbara. Esto es comprensible, ya que los primeros son personas civilizadas si se les compara con los primitivos "sakais". Una prueba de su superioridad es la forma cómo los malayos comercian con los "sakais". Si uno de estos últimos tiene algo que ofrecer, se le dice que lo deposite en un sitio determinado y que se retire luego. Entonces el comerciante malayo coloca al lado de la mercadería del "sakai" los objetos que desea dar a cambio; se citan después, y, separados por una distancia no menor de seis metros, ultiman verbalmente el negocio. La mayor parte de los malayos los consideran bestias, pero ¡los negocios son negocios!, y si un malayo se entera que una tribu de "sakais" tiene mercaderías para ofrecer que a ellos les convienen, de inmediato se traslada a su campamento.

Y volviendo a mi vendedor, confieso que me sentí interesado por conocer la forma cómo había logrado atrapar al peligroso reptil que acababa de venderme. Era éste uno de los productos más raros de la selva asiática. Se hallaba parado delante de mí con los diez dólares apretados contra el pecho y sonriendo grotescamente. Extremadamente delgado, parecía, en vérdad, estar muriéndose de hambre. No era así, sin embargo, pues lo más probable es que durante los cincuenta, sesenta o más años de su vida hubiera tenido tal aspecto. En muchos puntos de Asia existen casos notables de longevidad; ancianos que durante toda su existencia parecía que de un minuto a otro debían morir, y que vivieron, no obstante, ochenta y noventa años. Observaba su extrañísima y sucia vesti-

menta, y me preguntaba cómo se las habría arreglado aquel individuo para conseguir tal ropaje, ya que sólo en estas raras ocasiones se visten, pues los malayos no les permiten entrar desnudos en sus aldeas. Fué así que le pedí a Alí que se hiciera narrar la forma cómo había cazado aquella cobra. El anciano, acostumbrado siempre a ser despreciado, dió muestras de satisfacción cuando supo que yo quería enterarme de su hazaña, y habló libremente y con tanta rapidez que me maravillé ante la habilidad de mi sirviente Alí para poder entenderlo todo. Jamás escuché una tan discordante emisión de sonidos como aquella salida de entre los labios del "sakai". El correcto malayo no es lenguaje fácil de entender. ¡Imaginemos entonces cómo lo hablaría aquel viejo que solía a veces pasar meses enteros sin pronunciar una palabra! Por supuesto, yo me quedé en ayunas de todo cuanto dijo, hasta que Alí, pocos minutos después, me lo tradujo.

Helo aquí:

— Cierta noche en que la selva se hallaba fría y húmeda, el "sakai" y varios de sus amigos encendieron una fogata. Los "sakais" tienen la costumbre de hacer rodar los leños encendidos en tales ocasiones. Uno de ellos estaba dedicado a tan extraña tarea, cuando sintió que algo le golpeaba el pecho. Lanzó de inmediato un grito horroroso que despertó a sus amigos, ya casi dormidos. Estos se levantaron, asombrados, y encontraron al "sakai" sosteniendo una enorme cobra. Esto no era difícil para él, si se considera que tal reptil no tiene en su cuerpo la fortaleza de otras especies. Se supone que, buscando un sitio caliente, la cobra había llegado hasta aquel campamento, y que mientras descansaba, uno de los leños empujado por el nativo había turbado su sueño. Mientras la víctima gritaba desesperadamente, diciendo haber sido mordida, otro de los "sakais" agarró a la cobra por la parte de atrás de la cabeza, obligándola a separarse del cuerpo de su compañero. Tan sólo un "sakai" puede tener nervios suficientes para hacer esto. Su valor y su habilidad ante las fieras son enormes, y sólo un malayo, con su mayor capacidad, puede asustarlas. El nativo, con la cobra apresada, gritó pidiendo un cuchillo. Quería cortarle la cabeza; pero mi vendedor, que se había unido al grupo, dijo que no. El era el jefe de la tribu. (Ni Alí ni yo hubiéramos supuesto hallarnos en presencia de tal personaje.) Y lo que él decía era ley. Ordenó que la serpiente fuera apresada viva. ¿Por qué matarla, cuando podía ser vendida a algún comerciante malayo? Durante todo el tiempo que había él vivido en las selvas — estaba seguro de hallarse cerca de las novecientas lunas — nunca había visto una cobra tan enorme, que a buen seguro sería pagada a buen precio. A todo esto el "sakai" continuaba sosteniendo la cobra como mejor podía. Con el anciano dirigiendo las operaciones, se trajeron largas y gruesas ramas de árbol, con las que se consiguió dominarla, para más tarde transportarla a una jaula de madera. Mientras tanto, las mujeres trabajaban en el campamento entusiastamente. Una de ellas, a quien se le acreditaban curas milagrosas, tenía a su cargo la curación de la víctima de la cobra. Primero trató de extraer el diablo del pecho del hombre e hizo luego una mezcla de yerbas que le aplicó. Estas medidas — así nos lo aseguró el "sakai" — eran muy buenas para tratar muchas clases de mordeduras, pero lo malo era que aquel "sakai" estaba demasiado lleno de diablos.

¡Tantos le habían entrado en el cuerpo al ser mordido por la cobra, que el infortunado murió al amanecer del día siguiente! Durante muchas semanas los "sakais" aguardaron la aparición de algún comerciante malayo. Pero ninguno venía, y el anciano se decidió a vestirse y llevar la cobra a la villa más cercana en la seguridad de poder hallar un comprador al que le interesara su adquisición.

FIN

SUGESTION

(Continuación de la página 5)

de la muerte... La sola idea de quitarse la vida la horrorizaba... De pronto ese horror había desaparecido y su tonta aversión a las armas de fuego también había sido vencida. ¡Era ahora absolutamente libre e independiente!... ¡La vida bajo estas condiciones resultaba magnífica, casi gloriosa!...

Se rió a carcajadas... En ese instante vió su cara reflejada en el espejo. Estaba tan blanca como su bata de noche... Su cabello negro caía en desorden sobre sus espaldas, y, unos ojos obscuros, muy abiertos, miraban con espanto... Eran sus propios ojos.

Estaba fascinada por esos ojos. Luego su mirada se dirigió a las manos que se reflejaban en el espejo. Empuñaban un brillante revólver. Pudo ver que los dedos estaban tan apretados que los nudillos sobresalían blancos y afilados. ¿Por qué mantenía ella ese revólver tan apretado?

Su mirada se dirigió nuevamente al espejo. Los labios estaban exangües. ¿Por qué? ¿Era a causa de ese revólver? ¿Qué había dicho el doctor Jiménez, de un lugar en la frente, en el cual no se podía errar?...

Nuevamente se puso a estudiar la cara reflejada en el espejo. En la sien derecha había una pequeña hendidura, justamente junto al cabello. Con dificultad pudo soltar los dedos de una de las manos que empuñaban el revólver y con ella hizo hacia atrás el mechón de cabellos que ocultaba la pequeña hendidura. Podía verla bien ahora...

Con los ojos bien fijos en los ojos reflejados en el espejo, levantó la mano derecha que aún empuñaba el arma. Miró bien para estar segura de que no incurría en ninguna equivocación... El revólver fué dirigido directamente hacia el pequeño hueco de la sien. Por fin el frío cañón rozó su piel... Y apretó el gatillo...

—Hacía varias horas que su hermana había muerto cuando yo la encontré — decíale el comisario a Federico. — El portero de la casa me telefoneó en cuanto supo lo ocurrido. Había manchas de pólvora en su cara y la piel aparecía ligeramente rosada, como habrá usted visto. Pero lo extraño, señor, — agregó el comisario tomando el brazo de Federico y bajando la voz — es que no había agujero alguno en la sien. Estaba muerta, pero ninguna bala había penetrado en su cerebro.

Federico Vilas miró hacia el pequeño "living-room" en el que la noche antes Rita y sus amigos habían estado hablando de suicidios. Y ahora...

Tenía la conciencia de que el comisario esperaba que él dijese algo. Claro está que no podía decir más que la verdad...

—No había agujero de bala en la sien — dijo con voz ronca, — porque no había balas en esa carga que usó. Yo mismo cambié los proyectiles del revólver, poniendo en su lugar cápsulas cargadas con pólvora sola, pues temí que mi hermana, tan sentimental, cometiera un día una locura. Así, pues, *fué sólo una cápsula lo que ella usó*, y lo más extraño de todo, ¡es que esta cápsula le causó la muerte!

El comisario abrió los ojos con sorpresa:

— Pues, este es — dijo — el caso de sugestión más extraordinario que he visto en mi vida...

— No lo dudo, señor comisario; pero puedo asegurarle que para mi pobre hermana era más peligroso su corazón que las mismas balas.

FIN

LA ÚLTIMA JUGADA

Clara pidió un diario para enterarse de la noticia sensacional que había producido tanto revuelo en la Bolsa.

Una joven se dedica a especular en la Bolsa, pero pierde todo su capital y se ve al borde de la ruina. Un fuerte especulador, enamorado de ella, la salva, y pretende que se case con él. La joven, horrorizada por la bajeza del hombre, lo rechaza y realiza una postrer jugada que amenaza dejarla en la calle. Se salva por un raro capricho de la fortuna y rompe con el audaz especulador que intentó seducirla con el brillo de sus millones.

EN uno de los pequeños salones del restaurante Nacional, la joven degustaba un cocktail. Frente a ella, Ricardo Malbrán la acompañaba.

Enérgico de expresión y ademanes, como de unos cuarenta años, de escasos cabellos negros, ojos y bigotes negrísimos, y cutis rosado y fresco, él resultaba un hombre en extremo simpático. Siempre lucía una flor en la solapa y los colores de su club en la corbata. Hablaba, dirigiéndose a su compañera, la muy interesante Clara Bulnes:

—Usted no tendría que desembolsar un cobre.

—Pero alguien tendría que hacerlo. No puedo permitir que usted garantice mi cuenta.

—¿Por qué no? Soy bastante rico y usted está en quiebra, cosa nada agradable en estos tiempos en que nadie tiene lo suficiente para cambiar la decoración de su departamento. Me propongo adquirir cinco mil acciones de la Imperial y podría comprar quinientas más para usted.

—¿Y si bajan?

—Eso es indudable. Hace unos meses tomé bastantes del Mercado Frutícola cuando llegaban a su límite mínimo. Esa cotización resulta alta ahora.

"Lo que le ocurre a usted, Clara, es que juega a la Bolsa en la misma forma que juega a la ruleta..., coloca su dinero sobre el tapete e invoca a la suerte o a la divinidad. Es necesario poseer una mente equilibrada y educada para comprender los factores que rigen el movimiento de los precios. Pero las acciones de la Imperial no bajarán. La mayor parte de lo emitido está en poder de banqueros y fuertes especuladores que evitarán semejante cosa, y que se encargarán de hacerlas subir. Hoy cerraron a 28 1|2, y no pararán hasta 70. Eso importa una utilidad de veinte mil pesos en quinientas acciones."

—No veo el elemento deportivo. Tal como usted presenta el asunto, equivale a apostar a un caballo que se sabe de antemano que va a ganar, porque así está resuelto.

—Todo especulador de Bolsa juega sobre seguro, aunque a veces se equivoca.

—¿Cómo sabe usted que las Imperiales marcharán bien?

—Poseo informes confidenciales de primera clase. Dos de los directores han puesto fondos en el "pool" que hemos formado.

Ella musitó:

—Sí; es cierto que se requiere una mente especialmente preparada para comprender los factores que determinan el movimiento de precios.

El se encogió de hombros y respondió:

—Así es el juego, y así se le juega. No hay razón valedera para que usted no haga unos pesos en él.

Ella sacó su espejo y se puso a estudiar su rostro, como si el tema no la interesara mayormente. Sin embargo, necesitaba dinero urgentemente. Tenía que obtenerlo en alguna forma. El tenía razón, estaba en quiebra.

—¡Mozo! —llamó Malbrán. —Dos cocktails más... No me diga, Clara, que no puedo hacer esto por usted porque... nos queremos.

—¿De veras? De todos modos, el aspecto, a primera vista...

La llegada de las bebidas pedidas cortó la conversación; las traía el mismo propietario del restaurante.

—¿Cómo está usted, señor Malbrán? —preguntó.

—Perfectamente, Luis. Hasta el tiempo es perfecto. No lo tienen ustedes mejor en Italia. Lo sé porque estuve allá.

—Luis no es italiano, sino español —observó Clara.

—¿Español? No, señorita. Soy catalán De Barcelona. Por el momento no tenemos más remedio que ser españoles, pero ha de llegar el día de la libertad para Cataluña.

Un mozo llamó al patriota catalán desde la puerta, y él salió, interrumpiendo su arenga nacionalista. Una vez solos él tornó a hablar:

—Veamos, ¿qué es lo que le encuentra de malo al asunto?

—Usted tiene una mala reputación. Se dice que ha embarcado a otras mujeres en aventuras de especulación, exactamente como se propone hacerlo conmigo ahora.

—Era diferente. Además, usted sabe muy bien que he terminado con ese jueguito. Ya se lo he prometido.

—Le conviene no reincidir si quiere que me case con usted.

—Bueno; y ¿por qué no me acepta, entonces?

—Tal vez usted se ría, Ricardo, pero se lo voy a decir con toda franqueza: no le tengo confianza. Usted se condujo bastante mal con algunas de esas mujeres.

El la miró con atención, y repuso, sonriendo:

—Clara, usted me sorprende continuamente. Parece que se hubiera criado en pleno centro, en el mundo galante y elegante, pero si se le rasca un poquito se encuentra a la pequeña salvaje de tierra adentro... Es cierto que me porté mal con algunas de esas mujeres. Lo lamento y me arrepiento de haberlo hecho. Repito que he terminado con todo eso. Con usted nunca podría conducirme así, y sospecho que usted encontrará en mí alguna cualidad que me redima...

—La misma que encontraron las otras mujeres. No debe ser su mentalidad, por cierto, ya que no es muy original que digamos, su proposición de que lo acompañe en la aventura de las Imperiales.

—Sólo el corredor se enterará.

—El y su mujer, y sucede que me conocen. Aunque me casara con usted veinte veces después, siempre creerían...

—Usted es incomparable ¿Por qué no se casa conmigo ahora y me permite obsequiarle las acciones como regalo de bodas?

—No es posible mientras los negocios marchen tan mal. La gente opinaría que lo he aceptado por su dinero y por salvarme del desastre.

—¿Qué le importa a nadie?

—Me importa a mí, y basta. Usted heredó mucho dinero; yo no, y por eso, tal vez, lo considero seriamente, le atribuyo una gran importancia. Supongamos que le permito que me compre esas acciones; pues, bien, me parecería que por ese hecho usted adquiría una especie de hipoteca sobre mí. Y si las Imperiales bajaran...

—¡Qué rara es usted! De cualquier manera, no van a bajar.

Consultó el reloj:

—Son casi las diez y ocho. ¿Por qué no cena aquí conmigo?

—Tengo un compromiso.

—¿Se puede saber con quién?

—Con Andrés Leguizamón.

—¿Andrés?... ¡Ah! sí, recuerdo: ese compañero de colegio suyo que trabaja en la compañía telefónica.

—Trabajó al principio. Ahora es uno de los jóvenes críticos de renombre. Usted debe haber visto su firma en las revistas.

—¡Hum! No me gusta mucho eso de joven crítico.

La miró con desconfianza y agregó:

—Dígame la verdad, Clara: ¿dónde van a comer?

—En mi casa.

—Usted no querrá decirme que va a cocinar en esa indecente cocinita de su departamento, para que coma él.

—Sí, ¿qué hay con eso?

—Que usted odia la cocina. No lo haría por mí y por ese individuo...

—Oiga, Ricardo; le voy a confesar la verdad, pero si él sospechara siquiera que yo había hablado, nunca me lo perdonaría.

—¿Haría mucha diferencia ese incidente en su vida?

—Vamos, Ricardo, no sea celoso. Andrés no es más que un muchacho, un condiscípulo.

—¿Lo sabe él?

—Naturalmente. No tiene ningún interés por mí ni por ninguna otra mujer. Sólo le preocupan las ideas. Está escribiendo un libro sobre el futuro del país; será una obra muy constructiva. En sus momentos desocupados escribe gacetillas que le producen unos cincuenta pesos por semana. Con eso vive. Ocupa una habitación amueblada en un barrio suburbano. Nadie sabe dónde es, porque no lo quiere decir. Se alimenta con leche, bizcochos y bananas. Excepto cuando una condiscípula le prepara algunos bifes. No sabe que va a comer conmigo. No vendría si yo lo hubiera invitado. Es terriblemente orgulloso; por eso sólo le pedí que viniera a tomar el vermut conmigo. Después le diré que me siento cansada para salir, y le pediré que me acompañe a comer. Varias veces lo he hecho así, porque creo que debo ayudarlo, siquiera a llenarse el estómago.

—Bien — dijo Ricardo, — pero me permitirá que la lleve hasta su casa en mi auto.

Enfrente ya de la casa, Clara se despidió de su acompañante, y al darle la mano, éste, con brusco movimiento se la acercó a los labios. Ninguno de los dos vió a un joven que los observaba desde la esquina , y que hizo un gesto de desagrado.

Clara subió hasta su departamento, y después de quitarse el abrigo y el sombrero, se anudó un delantal a la cintura, encendió la cocina y se entregó de lleno a la preparación de la comida. Pocos minutos después sonó el timbre, y ella corrió a abrir: era Andrés. Ella le tendió ambas manos, saludando:

—¡Andrés! ¿Cómo te va?

—Bien, ¿y a ti?

—Perfectamente, pero me siento un poco cansada. Por eso me quedo a cenar aquí, y te ruego que me acompañes.

Se sentaron a la mesa, y ella, parlera, averiguó:

—¿Progresó el libro?

—Mira, Andrés, aquí está la explicación de todo. — El le tomó el diario.

—No tanto como yo lo desearía.

—¿Por qué no traes más capítulos para leérmelos?

—Como no aprobaste los que te leí anteriormente, juzgué que no te interesaran los restantes.

—¡Oh, Andrés! ¿Cómo puedes decir eso?

—No hablemos del libro; me aburre.

—No te noto bien. ¿Qué te pasa? Tal vez trabajas demasiado.

—¡Qué esperanza! ¿Y a ti, cómo te va en los negocios?

Ella hubiera deseado confesárselo todo: que no ganaba nada, que debía mucho, que la ruina la acechaba, y, sobre todo, que se había comprometido con un hombre a quien no apreciaba. Nada le dijo y se limitó a responder:

—Me va muy bien; hasta pienso comprar algunas acciones, aprovechando la baja.

—Me alegro de que puedas hacerlo. ¿Qué piensas comprar?

—Acciones de la Imperial.

—¿La Imperial? ¿Qué es? ¿Alguna compañía de seguros?

Se vió obligada, por no mentir, a confesar su ignorancia.

—No sé.

El la miró, estupefacto.

—¿Qué? ¿Piensas invertir fondos en una compañía sin saber a qué se dedica?

—Me han dicho que es buena. Poseo excelentes informes, suministrados por un hombre que sabe lo que dice.

—¿Malbrán? Ya es bastante grave que mantengas relaciones con él, sin agravar tu situación dejándolo que se convierta en tu mentor financiero.

—Yo hago lo que me parece y a nadie debo cuenta de mis actos. Y Malbrán entiende mucho de negocios...

—Está bien. Me alegro de que no sea un tonto completo.

—¡Es tan intelectual como tú! Posee una mente educada y lee de todo. Conoce a Keyserling.

—¡Keyserling!... Y también a Einstein, indudablemente.

—Me enfermas. No quieres admitir que nadie que tenga más de veinticinco años sepa nada. Eso es pura "pose" tuya. Lo que te hace falta a tí es disciplina mental. Lo prueba tu salida de la compañía telefónica, donde te iba tan bien, para escribir ese libro atrozmente malo.

—¿Con que esa es tu opinión sobre mi libro?... Me felicito, por lo menos, de que hayas elegido ese gigante intelectual para que te haga el amor en su auto...

—¡Andrés! Yo..., yo... no veo por qué tengas que preocuparte de lo que no te importa.

—No es que me preocupe; es que no veo bien lo que haces.

—Supongo que creerás que él trata de arruinarme. Pues bien; te comunico que se quiere casar conmigo.

—¡Pobre muchacha! ¿Y te casarás con él?

—No sé. ¿Por qué?

—Nada; me voy.

Apenas salió Andrés, Clara tomó el teléfono y llamó a Ricardo y le rogó que le tomara las quinientas acciones, cosa que él prometió hacer al precio de 29 pesos.

Transcurrieron días y meses. Las acciones de la Imperial subían continuamente. Llegaron a 59. Clara quiso vender, pero Malbrán le aconsejó que esperara hasta que estuvieran alrededor de 70. Distanciada definitivamente de Andrés, no lo veía nunca. El, huraño y resentido, no aparecía por su casa, y ella no conocía su domicilio.

Un buen día Ricardo la llamó por teléfono.

—Me voy a Carhué por el nocturno — le informó. — ¿Quiere acompañarme hasta la estación?

Durante el trayecto, a Clara se le representaba lo aburrida que lo pasaría sin él. Faltaban pocos minutos para salir el tren. Clara no pudo ya contenerse y le confesó:

—Querido Ricardo, lo voy a extrañar a usted.

El sacó dos boletos del bolsillo y enseñándoselos, le propuso:

—Véngase conmigo. He sacado boletos previendo esto. Procedamos a la americana: llegamos a Carhué y nos casamos... No; no me diga nada, Clara: todo lo he previs-

(Continúa en la pág. 55)

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

EL ASMA

El asma no es otra cosa que una forma de disnea (dificultad de respirar), que tiene por causa la contracción de los bronquios, que dificultan el paso normal del aire. Cuando uno se siente atacado por este mal, la cabeza suele congestionarse y adquirir un color rojo azulado. Durante el acceso, suele expectorarse una substancia viscosa.

Cuando no se consigue curar esta afección, al cabo de algún tiempo se produce el enfisema, que no es otra cosa que la dilatación del tejido pulmonar a causa de los esfuerzos que han debido hacerse para respirar. De más está decir que los que padecen de asma tienen que soportar a veces terribles sufrimientos.

Para combatirla, nada más indicado que un régimen vegetariano normal. También se recomienda hacer dos o tres veces por semana el baño de vapor para el pecho y la cabeza. Por la noche deben ponerse compresas en el pecho, por espacio de varias semanas. También debe hacerse todos los días una fricción en el bajo vientre, con agua templada primero, y agua fría luego de varios días de tratamiento, y tales fricciones no deben durar más de diez minutos.

Es de gran importancia hacer gimnasia respiratoria un par de veces al día, y cada vez por un espacio de tiempo más largo.

Deben también evitarse el humo, el aire viciado y todo género de polvillos, como ser: los del carbón, harina, ropas, etc.

Ensaye, pues, este tratamiento.

Contestando a "Tunerina", Temperley.

PARA EL LAVADO DE LA CARA DEBE USARSE AGUA DISTINTA DE LA DEL BAÑO Y PERFECTAMENTE LIMPIA. CON ELLO PUEDEN EVITARSE MUCHAS INFECCIONES EN LOS NIÑOS.

COMO SE PREPARA Y SE DA EL ALIMENTO ARTIFICIAL

Un niño que ya ha cumplido los ocho meses está, desde luego, en una edad conveniente para tomar algo más que el pecho y jugo de naranja.

Si lo que usted quiere darle es leche de vaca, administresela en esta forma:

La leche de vaca es menester diluirla por la cantidad de caseína que contiene (mucha más que la leche de mujer). La diluición se hará con agua filtrada perfectamente, o bien con agua hervida pura o constituyendo un cocimiento que llevará otros principios alimenticios. Pero de cualquier modo, habiendo hervido antes de darla, es menester airearla, sea leche o agua, es decir, restituirle el aire que perdió por la ebullición.

¿Cómo? Batiéndola, agitándola, de cinco a diez minutos, en el mismo recipiente en que hirvió. No llenarlo, pues, del todo.

¿Qué cantidad de agua?

Mitad de agua.

¿Qué cantidad de leche?

Mitad de leche de vaca.

¿Qué cantidad total cada vez?

La cantidad que tomaría de leche de mujer o bien, si se quiere saber con más exactitud, la cantidad de alimento que debe tomar cada vez, puede recurrirse a este procedimiento: pésese al niño. Supongamos que pesa 6.000 gramos. Multipliquense por dos las dos primeras cifras. Es igual a 120. Agréguesele siempre la cifra fija 20. Nos dará: 140 gramos, que es lo que debe tomar cada vez. A razón de 140 gramos por quilo de peso del nene.

Agregar azúcar antes de hervir (un pancito o una cucharadita).

Si el niño la tolera, cosa que se verá por medio de los pañales, durante varios días, entonces cada día se le dará un biberón con dos tercios de leche y un tercio de agua. De modo que a la semana siguiente (substituyendo un biberón al 1|2 por otro al 2|3) todos los biberones serán al 2|3 de leche de vaca por 1|3 de agua.

Al finalizar el tercer mes, y siempre con las mismas proporciones, se sustituirá el agua pura por un cocimiento (no espeso) de quaker de cereales, pero no de farináceos. Se procederá a substituir cada biberón así preparado por el de agua pura a razón de uno cada dos días o cada día por medio, según sean las digestiones.

Al finalizar el quinto mes se pondrá en vez de 1|3 de cocimiento, 1|4 y los 3|4 restantes de leche.

Dentro del sexto mes, si el niño está en buenas condiciones (atención con el peso, cantidad de pañales y calidad), podrá empezar a tomar una vez por día, por la mañana, una sopita lactofarinácea. Se prepara así: se toma una cucharadita de harina de trigo y se la hace diluir y hervir en seguida veinte minutos en doble cantidad de agua a dar (por la ebullición quedará reducida a la mitad.) Agregar el azúcar y hacer hervir nuevamente con la leche otros tres minutos. Hay niños que la prefieren ligeramente salada. Ensaye.

En vez de azúcar puede añadírsele miel de abeja, de caña o de uva.

Dentro del décimo mes (y con las precauciones anteriores, y no estando en un mes negro, se le podrá agregar la punta de una cucharadita de manteca y otra de polvo de chocolate o cacao (hacerlos hervir los veinte minutos.)

La sopita así preparada no sirve más que para una vez. No debe guardarse.

Contestando a "Lectora", de Ensenada.

¡Señora! Mándenos el retrato de su bebé

No sólo desde que empezó a aparecer "La página de las madres", sino en toda ocasión, anteriormente, MUNDO ARGENTINO se caracterizó por la vigilante atención que les prestó en sus páginas a los problemas que tienen relación con la niñez En nuestro concepto no hay nacionalidad fuerte sin una niñez sana y robusta. De ahí que todas las cuestiones infantiles absorban por completo nuestra atención y que, número a número, tratemos de poner en conocimiento de las madres todos aquellos pormenores que pueden ser de alguna utilidad para la mejor crianza del niño.

La salud es la verdadera hermosura infantil. Los niños gordezuelos y sonrosados son mucho más lindos que aquellos de delicadas facciones, pero paliduchos y enfermizos.

MUNDO ARGENTINO *quiere que haya muchos chicos que rebosen salud, y a este objeto no sólo hace en "La página de las madres" mil preciosas indicaciones, sino que, además, en adelante publicará fotos de niños en una página que muy bien podría llamarse "La página de los niños sanos."*

Todas las madres deben estar atentas a nuestro llamado. Los chicos hermosos, los chicos gritones, colorados y fuertes; los chicos que comen bien y duermen bien y dan en toda oportunidad pruebas de su exceso de vida, serán de hoy en adelante los mejores amiguitos de MUNDO ARGENTINO. Que sus mamás vigilen la balanza. Y que cuando lo crean conveniente nos envíen la fotografía del pequeño, sus medidas y su peso exacto, además de las indicaciones que crean necesarias sobre la cantidad y calidad de los alimentos que le dan.

MUNDO ARGENTINO publicará las fotos de estos niños para ejemplo y guía de todas las madres.

LA PIORREA

Vigile usted sus dientes. La piorrea es el peor enemigo de ellos. Evítela con la limpieza constante. Cuide, sobre todo, la buena circulación en las encías, y atienda a tiempo la caries. Use, por lo menos, una vez al día, un buen antiséptico que neutralice por completo la acción nefasta de los ácidos destructores y los fermentos.

EL ESQUELETO

Los defectos físicos en las criaturas provienen de tan variados motivos, que es muy difícil poder precisar en ningún caso su origen. A veces son cosas puramente pasajeras, y otras tienen su origen en enfermedades hereditarias.

Conviene, por lo tanto, antes de seguir ningún tratamiento, hablar con el especialista, quien estudiará el asunto a fondo y podrá dictaminar con el enfermo a la vista.

Contestando a "Elena", Capital.

Yo quisiera que realmente se hiciera sentir a los niños que es por cariño que se les reprende; pero, ¿cómo hacerlo si, precisamente, no es por medio de la dulzura?

Turgot.

CONSTIPACION

Frecuentemente los niños alimentados al pecho, si son constipados lo son o porque se les da a menudo laxantes o bien porque se les abriga demasiado de noche, hasta la transpiración. Es de todo punto necesario evitar estas dos causas.

Se deben combatir de la siguiente manera:

Primero. Reglar bien la alimentación.

Segundo. Nunca dar al niño purgantes ni laxantes sin orden expresa del médico que lo atiende.

Tercero. Después que el niño haya cumplido el año y medio sentarlo diariamente en el servicio un rato y a la misma hora.

Cuarto. Dar al niño diariamente mucha agua hervida o filtrada principalmente a la madrugada. Se le puede agregar un poco de jugo de uvas o de naranja o mezclarla con un poco de agua de compotas.

Contestando a "Tandilera", de Tandil.

EL AIRE NO HACE SINO BIEN

DOS MUJERES

(Continuación de la página 11)

confianza, se apresuró a saborear.

Sacó don Fortunato tres sillas de paja a la galería y tomaron asiento, menos la Esmeralda. Una mirada de inteligencia cruzó entre los hombres. Quiroga, con simulada gravedad, ordenó a su ahijada:

— Dele el mate a Dolores, hija, y vaya a preparar la aloja. — Y dirigiéndose a la visita, agregó: — Hay que aprovechar, amigo, esta lluvia; el arroyo trae un hilo de agua y el jagüel no vale para nada. Deben haberlo corrido los sapos y se está agotando.

Desaparecida la Esmeralda, insinuó su padrino:

— Bueno, amigo, desembuche. No estando mi ahijada presente, no hay temor de decir cualquier cosa.

— Así es — repuso el otro. — Pues ahí verá... Pero antes dígame: ¿no pasaron por aquí unos viajeros, hace unos quince días?

— Sí, pues. Yo les indiqué el camino para llegar más pronto al pueblo. Iba una niña enferma, ¿no?

— Efectivamente, y por eso vengo. Paran en casa. Traían una carta del comandante Pérez, mi compadre, que anda por Buenos Aires. Dicen que la chica está tuberculosa, neurasténica, que le dan ataques, y ¡qué se yo qué más! Lo que les preocupa más son los ataques, porque se pone como loca, rompe la ropa y después se queda desvanecida, tanto que parece muerta.

— Le habrán hecho daño — interrumpió doña Dolores.

— Seguramente. ¿Usted la ha visto en el ataque, don Venancio?

— Sí, y daba pena, ¡tan linda como es! El pobre padre y el joven forcejeaban para reducirla, y le hablaban cariñosamente... La madre lloraba... Por eso vengo a verlo, a ver si usted quiere curarla. Ya no les tienen fe a los médicos...

— Se lo agradezco, amigo. Pero ya sabe que ando tan bichoco, que no puedo montar a caballo.

—¡Qué lástima! ¿Y cuándo podríamos venir?

— Cuando quiera; usted sabe bien el camino...

V

Tres días pasados, estando ya el sol alto, paró un carruaje frente a lo de Quiroga. Venían en él la enferma y sus padres, y, montando sendos caballos, don Venancio y el joven.

Largo pero entretenido fué el viaje hasta la casa de Quiroga.

Así que dejaron el pueblo, ofreciése-Cómo se apellidaban los viajeros, fué cosa de la que no se preocuparon mayormente los dueños de casa; sólo, sí, les interesó que a la niña la llamaban Mechita y al joven Juan Carlos.

Breve rato conferenciaron los padres de Mechita con don Fortunato, en presencia de don Venancio. Examinada la enferma, confirmó Quiroga, con exagerada suficiencia, lo que dijera anteriormente: le habían hecho *daño*.

Menudearon, con ese motivo, las visitas en los días señalados. Don Fortunato daba a Mechita la pócima salvadora, que era apurada por ella con engañoso afán.

Para complacerla, realizaban largas caminatas ella, sus padres, don Venancio, Juan Carlos, y, a veces, Quiroga.

En cierta ocasión, a instancias de Mechita, los acompañó la Esmeralda.

—¿Quieres que vayamos, Esmeralda, a buscar nidos entre los pastos?

— Como quiera, niña...

Y apartándose del camino, enderezaron los pasos hacia el extremo opuesto del valle, sitio bien conocido por la Esmeralda, pues ahí corría un mísero arroyuelo adonde llevaba a beber a la majada.

—¿Qué te pasa, Esmeralda? ¡Ni que hubieras perdido el habla! ¿Tienes algún pesar? Dímelo, que sabré, si puedo, remediarlo.

La otra nada contestó. Y siguieron la búsqueda de las apetecidas nidadas, procurando la una mostrarse insinuante y cariñosa, y la otra ocultando su pensamiento.

— Esmeralda, ¿quieres que volvamos? Juan Carlos ha de estar esperándome...

Al sentir nombrar al joven, la Esmeralda no pudo reprimirse.

— Diga, niña: ¿don Juan Carlos es su hermano?

— ¿Por qué lo dices?

— Porque mi madrina decía el día que pasaron por aquí, que debía de serlo...

— No, no es mi hermano; es mi primo y andamos de novios. Nos casaremos en cuanto sane.

La Esmeralda sólo acertó a decir:

— Vamos, si quiere, pues...

Y echaron a andar en dirección a la casa. Juan Carlos les salió al encuentro y dió el brazo a su prima, que mostraba a las claras estar fatigada. Ella le obsequió el ramo de flores que hizo la Esmeralda, quien, al ver lo hecho por Mechita, alejóse rápidamente y se internó en las habitaciones.

Listo ya el carruaje, subieron en él Mechita y sus padres. Don Venancio y Juan Carlos montaron a caballo y se despidieron.

— ¡Adiós, Esmeralda! — le dijo la enferma. — Y a ver si a la vuelta no te muestras huraña...

A este tenor, sucedié ronse muchas otras visitas. La enferma no mejoraba gran cosa, pudiéndose pensar con fundamento que los únicos instantes agradables para ella eran aquellos que pasaba en "El Olvido".

La Esmeralda, en tanto, iba acreciendo su mal humor. Veíasele taciturna, como alelada, sin que fuera capaz de distraerla ni el cuidar de la majada, vagando a través del campo, con que volvía al caer la tarde.

Cuando a solas la asaltaba el recuerdo del viajero, todo era forjarse planes ilusorios para lo porvenir. ¡Cómo iban a transformarse aquellos prados con el cuidado cariñoso de los jóvenes amantes! Aumentaría el ganado, un caserón inmenso les serviría de vivienda, las trojes estarían siempre repletas para que en ellas pusieran las manos los vecinos en tiempo de escasez, y, para colmo de toda buena fortuna, ahocajados en los mejores caballos del pago, contemplarían la inmensidad de ese campo que sería suyo, mensurable hasta donde sus miradas se cortaran con la línea del horizonte.

VI

En una de tantas caminatas, quedáronse atrás a bastante distancia del

(Continúa en la página 20)

EN EL PROXIMO NUMERO

"La Muñeca Vestida por Patou"

Novela de MARGOT GUEZURAGA

¡El sabor que tanto agrada a los niños!

GRACIAS a Colgate, miles de niños se han convencido que el cepillarse los dientes puede ser un placer, en vez de un deber desagradable. Pues el sabor de la Crema Dentífrica Colgate es delicioso... hace que el cepillarse sea un verdadero placer... forma el hábito rápidamente.

Pero su sabor agradable no es la única razón por la cual Colgate es la Crema Dentífrica ideal para los niños.

Colgate hace exactamente lo que los dentistas esperan de un dentífrico. ¡Limpia los dientes perfectamente sin perjudicarlos! No contiene medicamentos que puedan trastornar la digestión o los intestinos, ni materias ásperas que puedan perjudicar los delicados tejidos o el esmalte. Colgate contiene el mejor ingrediente limpiador del mundo. Al cepillarse los dientes, la Crema Dentífrica Colgate se transforma instantáneamente en una espuma blanca, que como una ola invade los dientes y las encías. Esta espuma posee una cualidad admirable (la "tensión superficial" baja) que permite que penetre en los intersticios más pequeños de los dientes, donde la caries empieza, desalojando todos los residuos mucosos o alimenticios, limpiándolos de todas estas impurezas con su detergente espuma.

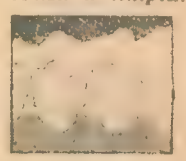
Esta espuma contiene un polvo fino — un material de pulimento usado por los dentistas — el cual limpia el esmalte de los dientes sin perjudicarlo, dejándolo brillante.

Es así que Colgate limpia y embellece; purifica y refresca toda la boca, restaurando los encantos naturales de las encías y los dientes.

IMPORTANTE. — Para limpiarse mejor los dientes, extiéndase la crema sobre el cepillo MOJADO.

Note Vd. cómo la Crema Colgate limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar.

Diagrama de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "tensión superficial" alta dejan de penetrar en el sitio donde comienza generalmente la caries.



Este diagrama demuestra cómo la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate, con "tensión superficial" baja, penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.

SINTONICE — Audición Palmolive. Todos los días a las 21 horas (menos domingos) L. R. 4. — Radio Splendid. 3 grandes orquestas: Típica, Jazz y Clásica.

$ 1.20

el tubo grande en la Capital.

GRATIS: Colgate Palmolive Peet Ltda., S. A. Ind. Sgo. del Estero 1997 — Bs. Aires

Envíenme muestra GRATIS del Dentífrico Colgate. Incluyo 5 cts. para franqueo.

.....

.....

CREMA DENTIFRICA COLGATE

Las más grandes aventuras de mi vida

Ninguna mujer contará en su vida aventuras y episodios más extraordinarios que Rosita Forbes, novelista y exploradora, que se ha pasado varios años recorriendo los desiertos del mundo y sorprendiendo los secretos del alma de los pueblos autóctonos, a veces, y tal vez casi siempre, con riesgo de su vida. "Mundo Argentino" ha adquirido el derecho exclusivo de publicar la narración de las andanzas de esta intrépida viajera, que ha vibrado bajo el peso de las más estupendas emociones, que luego refiere con vivaz colorido.

LA CASA DE LOS PASOS FURTIVOS

Por ROSITA FORBES

AQUEL tren parecía que nunca llegaría a Orán. Llevábamos varios días de viaje y nos hallábamos tan cansadas que nos dormíamos recostadas sobre el equipaje o sobre las espaldas de los sorprendidos árabes, compañeros de viaje. La noche africana penetraba por las ventanillas, envolviéndonos con su obscuridad asaetada por los blancos rayos de luz de estrellas que aparecían muy brillantes y lejanas sobre el alto cielo.

— No creo que Orán exista — dijo mi compañera, acomodándose en el duro asiento de madera.

Su sombrero se deslizaba sobre la nuca, dejando al descubierto su alborotada melena de bucles rubios, y todo el polvo de aquel viaje fatigoso parecía haberse posado en su rostro. Era, sin embargo, una chica bien parecida.

— Recuerda el hermoso y confortable hotel en que nos vamos a alojar y... el baño que nos vamos a proporcionar — le dije.

A su debido tiempo, con gran rechinar de frenos, el tren se detuvo en una estación. Medio dormidas aún nos trasladamos, juntamente con nuestros equipajes, a una destartalada victoria manejada por un argelino tuerto y mal engestado.

— Llévenos al mejor hotel — le ordené en mi trabajoso vocabulario árabe.

Aquel cochero sucio y desgreñado nos contempló con una expresión mezcla de sorpresa y de desdén y terminó por informarnos que como había llegado una misión francesa numerosa, importante y gloriosa, indudablemente no habría camas disponibles en el mejor ni en ningún otro hotel.

Con todo, resolvimos tentar fortuna e iniciamos un peregrinaje por hoteles y fondas. En el Palace los sirvientes barrían el hall marmóreo y se atareaban en hacer desaparecer los rastros del reciente baile. No, no había camas, pero si queríamos quedarnos hasta la mañana el portero nos ofrecía un sofá al cual le faltaba una pata y con todo el forro roto.

En el Ritz y el Carlton nos desahuciaron: todo estaba ocupado, excepto la cocina.

— ¿No querrían—nos preguntaron—aceptar que se les colocara un catre de campaña enfrente de la económica? Nadie nos molestaría, porque ya estaba lista, cargada con la leña, para ser encendida a la mañana siguiente... No se nos molestaría hasta las 4.30 de la mañana, en que sería necesario comenzar el trabajo del día.

En un hotelucho mucho más humilde nos brindaron un cuarto de baño como dormitorio.

— No se emplea nunca — nos aseguraban, — y las señoras se encontrarán muy cómodas en él. Pondremos un colchón en el suelo y otro dentro de la bañadera.

De puro extenuadas aceptamos la oferta, pero nos encontramos con que el baño no era más que un inmundo cuchitril, atestado de basura y con una gran bañadera de cinc y una canilla herrumbrosa que chorreaba continuamente. Nos marchamos, protestando. Aquello era imposible.

No sé cuántos hoteles más visitamos, cada vez más pobres. Al último, ya recorríamos feos fonduchos, mal alumbrados y peor olientes. Todos estaban llenos. Por fin nuestro automedonte detuvo el trote cansino de sus jamelgos en una calleja mal empedrada de los suburbios y nos comunicó que si carecíamos de alojamiento, a él y sus rocinantes no les ocurría lo mismo. Agregó que estaba aburrido de andar con extranjeras que no se conformaban con lo que se les ofrecía y que no daría un paso más. Por lo tanto, podíamos bajarnos y pagarle lo que le debíamos, que, naturalmente, era una cantidad tan crecida, que habría alcanzado para comprar el antiguo vehículo con caballos y todo. Yo rechacé la insólita pretensión.

Juzgaba que tendríamos una escena bastante desagradable, pero el cochero, tras de contemplarnos con su ojo solo, en que brillaba un destello entre irónico y desvergonzado, nos preguntó:

— ¿No tienen ustedes amigos en Orán?

— No — le respondí, — no conocemos a nadie en Orán, y a usted le corresponde encontrarnos alojamiento. No me bajo de su carruaje hasta estar segura de que cuento con una cama para pasar la noche.

Una sonrisa fisgona iluminó el rostro picado de viruela del cochero rufianesco. Titubeó breves instantes, y luego nos dijo:

— Conozco un sitio, pero no sé si las señoras aceptarán pernoctar en él.

— No nos importa — aseguró mi compañera; — iremos a cualquier parte.

Nos pusimos otra vez en marcha, dando tumbos por sobre el empedrado desparejo. Andábamos por callejas estrechas y tenebrosas. Sombras furtivas se deslizaban a lo largo de las paredes, árabes astrosos y esmirriados.

— Nos lleva a Timbuctú — murmuró mi compañera.

El vehículo se detuvo y el conductor se bajó frente a una casa de puerta cerrada y con un pequeño ventanuco cerrado. Golpeó, y la celosía que cerraba el ventanuco se abrió. Nuestro auriga conferenció en voz baja con alguien de adentro. Desde la azotea alguien nos observaba. Una mujer rió en la calleja. Recuerdo que a pesar del sueño que me dominaba me llamó la atención que alguien estuviera levantado y en la calle hasta tan tarde.

— Aquí hay una pieza. Es un hotel árabe, pero muy limpio. El propietario las cuidará como a hijas...

Sin esperar nuestro consentimiento, el árabe tuerto empezó a bajar nuestras valijas. La puerta se abrió y dió paso a un individuo que

Lea en el próximo número: **EL HOMBRE QUE SE VOLVIO NEGRO**

se puso a estudiarnos con curiosidad que se me antojó excesiva. El conductor empujaba a mi compañera, medio dormida, al interior del edificio.

Titubeé por un momento. Alguien me asió del brazo y me arrastró hacia adentro. Un gran afán de dormir me embargaba y subconscientemente seguí al que me llevaba. Sin embargo, alcancé a protestar, recordando que no había abonado al cochero su larga carrera.

—Un momento. Tengo que pagar.

—No se aflija —repuso el cochero. —Me pagará en otra oportunidad; mañana.

Hizo restallar el látigo y el vehículo se puso en marcha, alejándose. En ese momento una voz exclamó en inglés:

—No entren en esa casa.

A mí me pareció que soñaba, o que me había quedado dormida. Y así debía ser, porque no se veía a ningún europeo a la vista. No dejé, empero, de alarmarme: aquella voz había sonado muy clara. Continuaba pensando en el extraño suceso, mientras seguía al patrón de la casa por una empinada escalera que conducía al piso superior. Me condujo a una pieza en que mi compañera ya se estaba desvistiendo. Había un par de colchones con una pila de edredones sobre el piso. Sin pérdida de tiempo nos acostamos para dormir a gusto nuestro.

La satisfacción de estar acostadas en algo inmóvil era tan intensa, que no nos hubiéramos despertado si unos ruidos extraños no nos hubieran alarmado. Estaba segura de que era un grito lo que había oído en sueños, pero todo parecía tranquilo en la mañana soleada. Creí haber soñado, y con el propósito de pedir agua para lavarnos, me encaminé a la puerta: ¡estaba cerrada!

Vista general de Orán, la ciudad de Argelia donde le ocurrió una espeluznante aventura a Rosita Forbes y fué salvada por milagro.

—Cuando golpeé a aquel bandido en la garganta, creí que no saldría con vida, porque el salvaje tenía un cuchillo en la cintura y alcanzó a sacarlo

Ese día fué uno de los más extraordinarios de mi vida. Todo el mundo parecía sordo o tonto. Por más que golpeamos y llamamos, nadie acudió. Un enorme individuo fuertemente barbado y pelirrojo nos trajo alimento en abundancia, pero hizo como que no comprendía lo que yo le decía. Quise salir, pero un par de negros vigilaban la entrada y se negaron a dejarnos pasar. Siendo de temperamento filosófico, comí el alcuzcuz con buen apetito, pero mi compañera se negó a comer.

—Probablemente está envenenado— dijo con desconfianza.

Estábamos secuestradas; no cabía dudarlo. Invertimos la mañana en discutir las posibilidades de rescate, de soborno; la conducta del cochero, la localidad en que nos hallábamos secuestradas y nuestra propia tontería. Examinamos los medios de huída que se nos ocurrieron, pero todos fallaban por una u otra razón. Las ventanas eran una serie de aberturas enrejadas colocadas cerca del techo, y ni siquiera podíamos alcanzarlas. Había una sola puerta, constantemente custodiada por varios sujetos.

Hacia la tarde nos sentíamos bastante desalentadas. A mi compañera se le ocurrió un plan y me lo propuso:

—¿Qué te parece si nos desfiguramos por completo? Tal vez así se asusten y nos den la libertad, creyendo que nos hemos enfermado.

¡Dicho y hecho! Recurrimos a nuestros artículos de "toilette", y al abrir una valija encontramos un tarrito de polvo insecticida de color amarillo, con el cual nos embadurnamos concienzudamente la cara, después de aplicarnos una capa de crema. Luego nos levantamos el pelo y lo atamos sobre el cráneo. El resultado de la metamorfosis fué estupendo. Nos miramos al es-

(Continúa en la página 60)

DOS MUJERES

(Continuación de la página 17)

grupo, la Esmeralda y Juan Carlos. Iba la moza, como de costumbre, pensativa. El porte arrogante, la para él estudiada modosidad de la Esmeralda, cautivaban al joven.

Como si respondieran al influjo de lo solemnnidad del momento que vivían, al verse solitarios en medio del silencio campesino, sin que llegara a turbar sus pensamientos siquiera un apagado sonido, ambos callaban, no acertando a romper el mutismo que los embargaba. El primero en hablar fué Juan Carlos.

— Esmeralda — le dijo. — ¿Es verdad que usted odia esta vida del campo, según nos ha contado don Venancio, y que querría irse a la ciudad, en donde le sería más agradable pasar los años?

La muchacha nada contestó, y, jugando las manos con el ruedo del delantal, miró furtivamente a Juan Carlos, y luego bajó la vista.

Juan Carlos, al no contestarle, insistió:

— Nada tiene de particular lo que le pregunto, Esmeralda. Es muy justo que una muchacha como usted quiera abandonar estas serranías y cambiar de vida. Esto es muy triste, la ciudad es alegre, para las muchachas sobre todo; los paseos, los bailes, los teatros y otras diversiones hacen su vida más más agradable, sin que estén esclavizadas a un trabajo tan rudo como éste, de cuidar el ganado de sus padrinos, sin esperar, en cambio, ninguna recompensa; al contrario, condenada a ver siempre lo mismo, de sol a sol...

La Esmeralda, sin levantar la vista del suelo, arguyó tímidamente:

—Yo nunca he visto una ciudad, ni sé cómo podrá ser, ni conozco ninguna de esas diversionos, sino como se hacen acá, en donde todos nos conocemos...

Y se quedó abstraída, dando vueltas en su imaginación a los adormidos deseos que de gozar esas cosas nunca vistas tenía, de vestir como las señoritas de la ciudad, de verse mimada y adorada como tantas otras mujeres que ni con mucho alcanzaban a su salvaje hermosura.

Comprendió Juan Carlos la turbación de la joven, y, aprovechó para insistir en sus insinuaciones.

— Sería lástima que una muchacha tan linda se perdiera en estas breñas, en vez de lucirse como una flor en la ciudad, en donde es fácil encontrar un novio, un hombre honrado que quiera compartir su dicha con una muchacha como usted. En cambio, aquí, en el campo, ¿qué puede usted aspirar? Como no sea el cariño de un rústico, que no sepa apreciar ni su belleza ni sus virtides...

Estas palabras sonaron en los oidos de la Esmeralda como el eco de una canción cuyo aire presintiera y que la obsedía a todas horas.

VII

— Cuéntame algún cuento — pidióle Mechita una vez, sentadas a la vera del arroyo, viendo pacer las cabras y los recentales, traviesos como unos chicuelos, divertidos en darse topadas y en ramonear en los achaparrados arbustos.

— No me acuerdo de ninguno, niña...

— Sí, té acordarás. ¡No seas mala, Esmeralda!

Ante el ruego así hecho, no pudo negarse y le refirió uno de esos relatos de que tanto gustan los paisanos, dichos alrededor del fogón, mientras circula el mate cabeceado con su poco de aguardiente.

Donde vivía antes ella (la Esmeralda), andaba un alma en pena. Ella no la había visto, pero todos los vecinos aseguraban que era verdad. Apareció primero como una luz muy azulada en el fondo de un bañado, y se corría a lo largo de un cortaderal. Otras veces dejaba el bañado y se la veía a la entrada de un monte de espinillos y garabatos, en el que nadie se atrevía a sentar el pie. A fuerza de oraciones, consiguieron alejarla de los dos sitios; pero la luz mala empezó a mostrarse en los corrales de algunos vecinos de no muy buena fama, en donde ahuyentaba a los animales, mientras los perros daban lastimeros ladridos, como si lloraran...

— ¿Y de quién es esa alma? — interrumpió Mechita.

— Ahora verá, niña. Dicen que era la de una moza muy linda que no quería a ningún hombre, y solamente cuando los veía andar de novios daba en enamorarse de ellos. Entonces a

ella y a él, en la primera ocasión, les hacía daño. Muchos dicen que no era cierto, que ella no era mala, sino que, por querer tanto, se ponía celosa al ver a un hombre fijarse en otra mujer. El caso es que poco a poco la alejaron de las casas, y al verse sola, huyó al campo como los perros sarnosos. Al mucho tiempo, estando casados los que sufrieron su daño, la encontraron muerta junto a las cortaderas del bañado en donde empezó a verse la luz mala. Y dicen que si aparecía en el monte era para que no supieran en dónde vivía, y si andaba por los corrales, lo hacía para pedir perdón y para que rogasen por ella, para que la dejara el mandinga... Cuando la encontraron, tenía abiertos los ojos y

mirada brava y dura como si fuera loca, la boca fruncida por el desprecio y las manos agarrotadas, de rabia, seguro, al ver que se moría.

— ¡Pobre! ¡Cómo debió de sufrir! — dijo Mechita. — ¿Y no rogaría nadie por ella?

La Esmeralda se limitó a santiguarse devotamente.

Esa noche, la Esmeralda no pudo pegar los ojos. Ardíale el cerebro y, sin poderlo remediar, le pareció que se transformaba la suya en el alma de la linda moza de la conseja. Perdida su corporeidad, veíase vagar por el campo, convertida en una tenue llama que iba a parar al fondo del bañado aquel, del que desaparecía orillando el cortaderal, y, de golpe, se encontraba junto a la entrada del monte, para tornar a desaparecer y alzarse luego, por arte mágico, sobre los corrales de los vecinos.

Antes del alba y, rendida por el amargo desvelo, logró dormirse. De pronto, miró hacia la puerta con visibles señales de espanto; una gallina cantaba como gallo. Santiguóse medrosa y ocultó la cara entre las manos.

El frescor de la madrugada no fué bastante a entonar su cuerpo. Andaba a tientas, como si estuviera en estado sonambúlico, y haciendo de tripas corazón, inició sus tareas cotidianas.

Levantados don Fortunato y doña Dolores, les cebó mate, abandonando la tarea repentinamente para llevar a pacer la majada.

Los viejos se hacían cruces ante esa actitud.

— ¿Qué le pasa a la Esmeralda, Dolores?

— No sé, m'hijo. ¡Quién sabe qué mosca la ha picado!...

VIII

Con los primeros rayos del sol, que doraban la copa de los árboles y reverberaban en la lisura de las piedras, llegó Juan Carlos a lo de Quiroga. Venía jadeante, pues de un solo galope había salvado la distancia entre San Martín y "El Olvido". Desmontó de un salto, golpeó las manos para anunciarse, y, pasando la tranquera, penetró en el patio.

Acudió Quiroga al sentir la llamada y le sorprendió de veras la presencia del joven.

— ¿Qué le pasa, amigo?

— Algo grave. Mechita está muy mala. Ha delirado toda la noche, y lo único que se le podía entender es que llamaba con voz lastimera a Esmeralda y le decía: "No me lo quites, te ruego... No seas mala como la niña del cuento"... Después, un sudor frío bañó su cuerpo y le dió un ataque que le duró mucho rato. Ahí vienen mis tíos con don Venancio: la traen para que haga algo por salvarla...

— ¡Caramba!... — dijo Quiroga, y se quedó pensativo, agregando: — Vamos a ver si hacemos algo...

Y en esto llegaron los demás conduciendo a la enferma, que colocaron en un catre de tijera a la entrada de la pieza. La impresión de los padres no era para descrita. Don Venancio veía, oía y callaba. Doña Dolores, a falta de la Esmeralda, preparó el mate. Así que examinó a Mechita, don Fortunato fué en busca de los ingredientes necesarios para preparar el remedio que le daría. A regañadientes le hicieron ingerir el consabido brebaje y se retiraron todos a la galería, a la espera de que hiciese su efecto la medicina, adormilando a la enferma.

¡Cuál no sería su asombro al ver que Mechita se enderezaba en el lecho, y que, con la vista extraviada, saltaba al suelo y se dirigía hacia la puerta de la habitación apresuradamente!

—¿Adónde vas, hija? — le preguntó la madre.

Mechita empezó a dar voces.

—¡Esmeralda! ¡Esmeralda! ¡Ven, no me dejes sola! ¡Devuélmelo!

Y sin poder continuar, cayó en tierra. Era el ataque. Alarmados, acudieron los hombres a socorrer a la niña. La madre, sintiéndose desfallecer, buscó apoyo en una silla. Doña Dolores salió hasta el camino y a voz en cuello, haciendo bocina con las manos, gritó:

—¡Esmeralda! ¡Esmeralda! ¡Vení presto.

Esta, en la tranquilidad del ambiente, percibió claramente su nombre, y conociendo la voz, echó a andar a saltos, llegando a la casa agitada y enrojecida por el esfuerzo. El espectáculo que se ofreció a sus ojos no podía ser más impresionante. La crisis nerviosa agotaba a la pobre Mechita, que se revolvía presa de convulsiones atroces, a tal punto que no podía con ella.

La madre, desesperada, mesábase los cabellos, dejando correr las lágrimas.

—¡Pobre hija mía! ¡Pobre Mechita! ¡Se muere! ¡Sálvala, Dios mío!

La Esmeralda, al oírla, inconscientemente, llegó junto a la cama. En ese preciso instante recrudecía el ataque. Lo que entonces pasó por ella, la emoción que experimentó, el trabajar de los recuerdos por los escondrijos de su alma tenia que traducirse naturalmente, y se tradujo, en su aniquilamiento progresivo, acelerado por el influjo de las impresiones que le venían de fuera. Quedóse extática, contrájose su boca en un rictus horrible, y perdida toda noción de su ser, salió disparada riendo como loca, sin dar tiempo a que la detuvieran.

Y el eco de su risa convulsiva se desgranó rebotando en los riscos de la sierra y hundiéndose entre la maraña del monte.

FIN

Una encuesta de "MUNDO ARGENTINO"

¿GRETA GARBO o MARLENE DIETRICH?

Greta Garbo, la actriz con el ciento por ciento de personalidad a quien con tanto calor defienden nuestros lectores.

Desde hace mucho tiempo MUNDO ARGENTINO viene comentando en sus columnas el interesante duelo artístico que sostienen estas dos estrellas. Vale decir, que Suecia y Alemania pugnan por superarse mutuamente en una riña que tan sólo la vemos reflejada en la tela. La prensa mundial ha sido en este caso el juez. Pero un juez con dos cerebros, con dos pensamientos, con dos opiniones. En suma, un magistrado incapaz de dar un fallo con el que se pudiera poner punto final a la simpática controversia. Las páginas de MUNDO ARGENTINO fueron muchas veces terreno propicio para las discusiones de esta índole, páginas que hoy, más que nunca, se abren placenteras a la opinión de sus lectores. Porque nadie mejor que el espectador asiduo del cine para opinar. Hace algunas semanas brindamos a ellos un espacio reducido, en la creencia de que el asunto no pasaría a mayores. Pero hoy nos hemos convencido de que la cosa tiene más importancia que la que en un principio le asignáramos. Y como las opiniones se han agrandado, es necesario también, agrandar el espacio para reflejarlas. A partir, pues, de la fecha, MUNDO ARGENTINO publicará semanalmente una carta, ya sea partidaria de Marlene o de Greta. De todas las recibidas durante una semana se extraerá la mejor, aquella en que mejor expresados se hallen los motivos que hacen creer en una posible superioridad de una sobre la otra, o en la que se haga comprender claramente las diferentes dotes artísticas de cada una. Quedamos, pues, a la espera de las opiniones de nuestros lectores, que serán valiosas, por cuanto significarán la opinión popular. Que es la que en realidad vale.

Las cartas para ser publicadas deben venir firmadas con el nombre y apellido del autor, y la dirección, y de ninguna manera con seudónimo.

Marlene Dietrich, la alemana cuyas dotes artísticas son para unos superiores y para otros inferiores a las de Greta.

DE NUESTRA ENCUESTA DEL "CORREO CINEMATOGRAFICO"

Una demostración ofrecida al señor H. Wesley Smith

El personal de la Editorial Haynes y de la Sudamericana le ofrecieron una demostración al señor Harry Wesley Smith, con motivo de haber conquistado por tercera vez el título de campeón argentino de golf amateur. Al agradecer la demostración, el obsequiado dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

"En un torneo de esta naturaleza entra el factor suerte, y en mi caso particular fué excepcional. Naturalmente, si yo tuve buena suerte, mis adversarios la tuvieron mala. Y aprovecho esta oportunidad para rendirles tributo, especialmente al señor Fernando Pereyra Iraola, por la forma como aceptaron la mala suerte que provocó su eliminación del campeonato, pues creo que no hay mayor elogio para un deportista que ser considerado un buen perdedor."

Nuestro Gran Concurso Escolar

A pesar de haber sido nuestro propósito publicar inmediatamente de cerrado nuestro CONCURSO sobre

SARMIENTO, el gran maestro americano,

nos hemos visto imposibilitados de hacerlo a causa de habernos llegado a último momento millares de composiciones desde todos los rincones de la república.

NO OBSTANTE

esperamos poder satisfacer la ansiedad de los pequeños concursantes

EN EL PROXIMO NUMERO

para cuyo efecto el jurado encargado de verificar los trabajos no omite horas de labor, en su afán de dar término cuanto antes a sus tareas

HOY, 11 de NOVIEMBRE, es la FIESTA de San MARTIN de TOURS, patrono de Buenos Aires

AL fundar don Juan de Garay la que él llamó "Puerto de la Trenidad y Sancta María de Buenos Aires", uno de sus primeros cuidados fué dotar a la población naciente de un santo patrono. Al efecto, reunió sus capitanes y gentes principales que lo acompañaran en la aventura pobladora y les propuso la elección del bienaventurado que debía regir los destinos y velar por el bienestar de la comunidad. Varios nombres fueron indicados, pero como se aunaran opiniones ni pareceres, el gran fundador resolvió que se echaran suertes, recurso predilecto de la antigüedad desde los tiempos de Cristo, adoptado tal vez para evitar que las revoltosas tizonas salieran de sus respectivas vainas en trance de rubricar y afirmar las razones de los que las portaban y esgrimían.

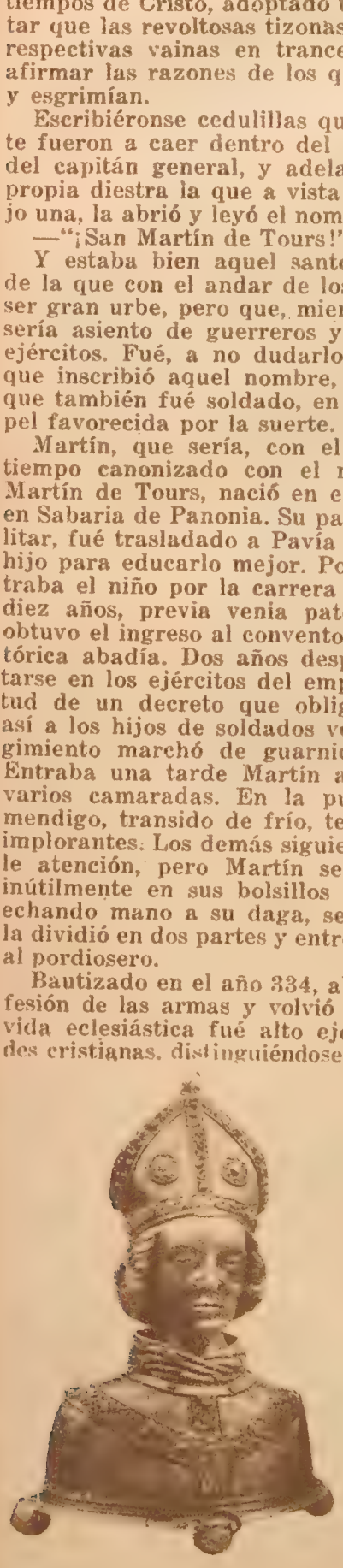
Escribiéronse cedulillas que probablemente fueron a caer dentro del mismo capacete del capitán general, y adelantado y fué su propia diestra la que a vista de todos extrajo una, la abrió y leyó el nombre:

—"¡San Martín de Tours!"

Y estaba bien aquel santo como patrono de la que con el andar de los años había de ser gran urbe, pero que, mientras tanto, sólo sería asiento de guerreros y proveedora de ejércitos. Fué, a no dudarlo, un soldado el que inscribió aquel nombre, el de un santo que también fué soldado, en la tirita de papel favorecida por la suerte.

Martín, que sería, con el transcurso del tiempo canonizado con el nombre de San Martín de Tours, nació en el año 316 o 17, en Sabaria de Panonia. Su padre, tribuno militar, fué trasladado a Pavía llevándose a su hijo para educarlo mejor. Poca afición mostraba el niño por la carrera militar, y a los diez años, previa venia paterna, solicitó y obtuvo el ingreso al convento anexo a la histórica abadía. Dos años después debió alistarse en los ejércitos del emperador, en virtud de un decreto que obligaba a hacerlo así a los hijos de soldados veteranos. Su regimiento marchó de guarnición a Amiens. Entraba una tarde Martín a la ciudad con varios camaradas. En la puerta un pobre mendigo, transido de frío, tendía las manos implorantes. Los demás siguieron sin prestarle atención, pero Martín se detuvo. Buscó inútilmente en sus bolsillos una moneda, y echando mano a su daga, se quito la capa, la dividió en dos partes y entregó una de ellas al pordiosero.

Bautizado en el año 334, abandonó la profesión de las armas y volvió a la Iglesia. Su vida eclesiástica fué alto ejemplo de virtudes cristianas, distinguiéndose, sobre todo, por su afán de practicar la caridad. El 4 de julio de 371 fué consagrado obispo de Tours. Falleció en Candes, ciudad de su diócesis de Turena, el 8 de noviembre de 397, y esta fecha le fué consagrada en el santoral.



Las fiestas del santo patrono fueron de gran repercusión en el Buenos Aires antiguo, y se realizaban en los alrededores de la catedral.

Año de terrible sequía fué el de 1682. Los pobladores de la ciudad miraban atribulados el cielo, al atisbo de una nube que presagiara lluvia. ¡Nada!... Tres meses hacía que no caía una gota de agua. Los pozos se habían agotado, y para beber debía recurrirse al agua barrosa del río, con grave desmedro de la salud de las personas. Los ganados morían a millares. No sabiendo ya a qué santo encomendarse para que los librara de tan crítica situación, los porteños pidieron formalmente a su santo patrono que hiciera un milagro, y cuenta la tradición que a los pocos días llovió.

Para honrar su memoria se dió el nombre de San Martín a una calle céntrica. Así figura en los planos de 1769 y 1794.

Después de las invasiones inglesas se cambió la designación por la de Liniers, nombre que desapareció después del 25 de Mayo de 1810, para llamarse De la Paz.

Bloqueada la capital por la escuadra anglofrancesa, en 1849, Rosas, en uno de sus geniales arranques, exoneró y desterró a San Martín como santo patrono "por francés y mal patriota", reemplazándolo por San Ignacio. Sólo después de Caseros, volvió el de Tours a su alto sitial. En la sacristía de la catedral se conserva una imagen de San Martín, a la cual se le atribuye gran antigüedad.

Hacía 1784, el viático se llevaba a pie por las calles. Con el loable propósito de mejorar ese servicio, las autoridades de la diócesis solicitaron un coche para su ministerio.

Desde entonces al viático se le llamó "San Martín". Al verlo pasar se decía: "A Fulano le llevan el San Martín", o bien: "Ahí va el San Martín para Mengano." Así nació el dicho popular: "A cada uno le llega su San Martín", frase que luego el pueblo deformó en forma un tanto grotesca.

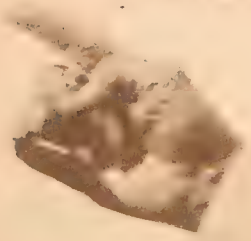
Es un hecho poco conocido que nuestra capital disfruta del raro privilegio de tener un patrono, y, además, una patrona. Pocas ciudades se ven tan favorecidas en la corte celestial. La patrona lo es Santa Clara, llamada de Asís, por haber sido discípula y gran admiradora del "Pobrecito". Nació esta religiosa en Asís durante el año 1193 y falleció allí mismo en 1253. De rica y noble familia, renunció a los halagos del mundo a los diez y ocho años y vistió el burdo sayal en el convento de benedictinas de San Pablo, cerca de Bastia.

Fundó Santa Clara, en compañía de otras jóvenes que siguieron su ejemplo, la orden de las clarisas, bajo la regla y estatutos de San Francisco. Su fiesta se celebra el 12 de agosto.

Antiguamente las fiestas de ambos patronos eran celebradas con singular brillo y regocijo populares. Dábanse bailes, representaciones al aire libre, se corrían cañas, toros y sortija, aparte de las ceremonias puramente religiosas.

PATRICIO GODOY

Con la muerte *del bardo ilustre,* algo se ha desgarrado en la entraña de América



Ha enmudecido para siempre el noble poeta uruguayo de "Tabaré" y de la "La leyenda patria", Juan Zorrilla de San Martín. Partió en la cúspide de una ancianidad patricia y se llevó con él un glorioso jirón del pasado lírico de América. Duerman tranquilos en la patria amada sus restos mortales y cubran su lápida las flores siempre frescas del amor y del respeto populares.

He aquí su gesto frecuente de tribuno enardecido. Poseía el secreto de conmover a las masas con su verba florida y su ademán enérgico. Empinábanse en él todas las figuras que dieron brillo a las letras continentales. Y él exprimía la noble esencia de esas figuras en sus inspiradas palabras de poeta.

Fragmento de la obra inmortal de Juan Zorrilla de San Martín

De

"LA LEYENDA PATRIA"

. . . . . .

Ya la leyenda patria consumada,
Exige el culto de sus hijos fieles
En el altar del alma conservada.
Tú, a la sombra feliz de tus laureles,
Patria, patria adorada,
En tu tranquila tarde del presente,
De tus santos recuerdos al arrullo,
Duerme ese sueño de los pueblos grandes,
De paz y noble orgullo.

Rompa tu arado de la madre tierra
El seno en que rebosa
La mies temprana en la dorada espiga,
Y la siega abundosa
Corone del labriego la fatiga.
Cante el yunque los salmos del trabajo;
Muerda el cincel el alma de la roca,
Del arte inoculándole el aliento,
Y en el riel de la idea electrizado
Mueva el espacio y vibre el pensamiento.
En las viriles arpas de tus bardos
Palpiten las paternas tradiciones,
Y despierten las tumbas a sus muertos
A escuchar el honor de las canciones.

Y siempre piensa en que tu heroico suelo
no mide un palmo que valor no emane;
Pisas tumbas de héroes...
¡Ay del que las profane!
Protege, ¡oh Dios!, la tumba de los libres;
Protege a nuestra patria independiente,
Que inclina a Ti tan sólo,
Sólo ante Ti, la coronada frente.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

Autógrafo de don Juan Zorrilla de San Martín, en que se trasluce limpida y dulce, la categoría filosófica de su pensamiento.

Si quieres amar á la humanidad no esperes de ella demasiado.

Que quien empieza por creer de hombre mas bueno de lo que puede ser, acaba por creerlo mas malo de lo que es.

Juan Zorrilla de San Martín

Don Fermín

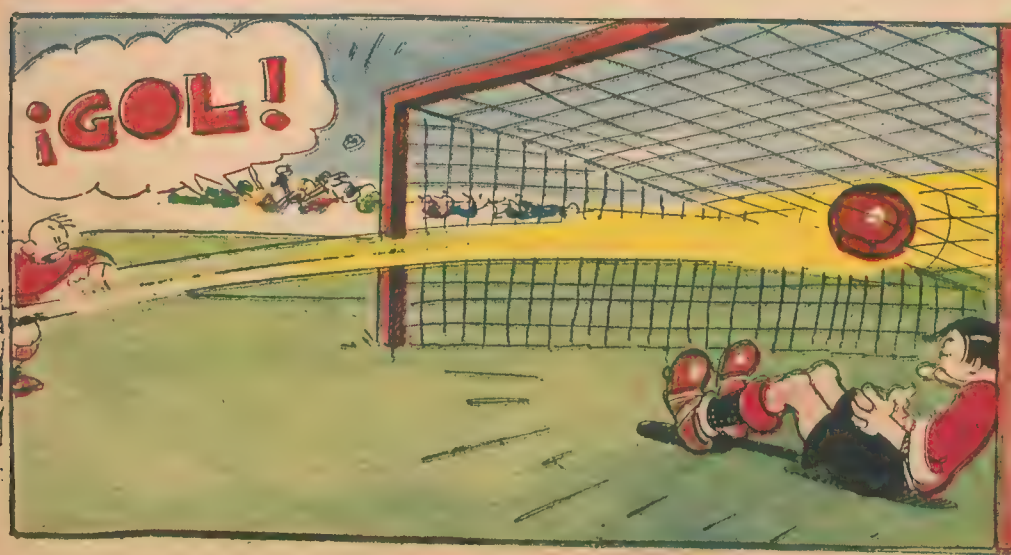
POR DANTE QUINTERNO

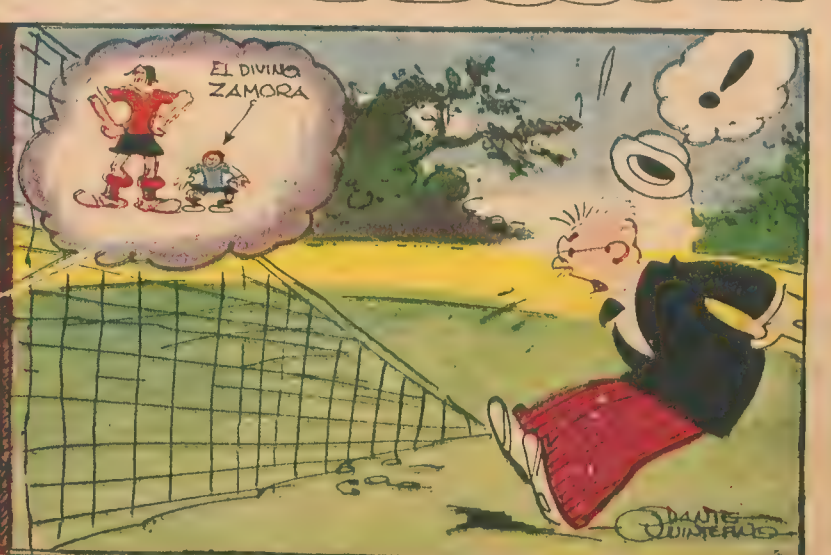
FALTA SOLO UN MINUTO PARA TERMINAR EL PARTIDO Y LOS DOS "TEAMS" SE MANTIENEN SIN ABRIR EL "SCORE"

AHORA LA LINEA DELANTERA DE LOS "ROMPEDORES" SE CORREN AL ARCO DE LOS "MORFONES", EN UNA **REACCION FORMIDABLE!**

UN GOAL, EN ESAS CONDICIONES, SUPONDRÍA LA DERROTA DE LOS "MORFONES" POR LA FALTA DE TIEMPO PARA IGUALAR EL "SCORE".-

¡POR FIN LE TOCA A COSTANTINO, EMPLEARSE PARA SALVAR A SU "TEAM"! ¡SHOTEÓ EL "CENTRE-FORWARD" DE LOS ROMPEDORES!...



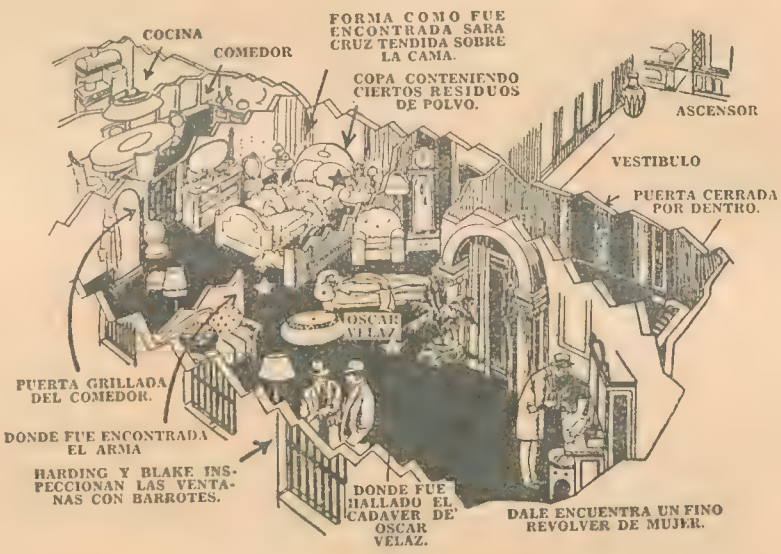


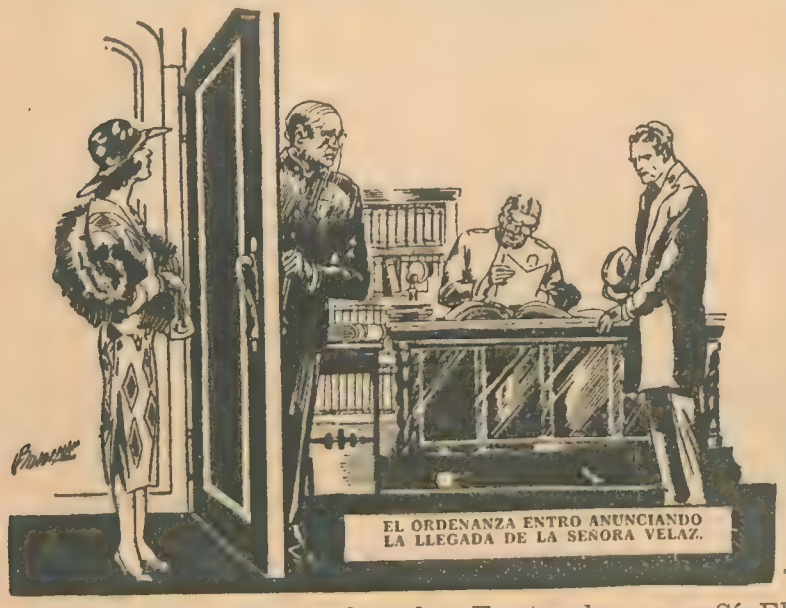
¿SUICIDIO O DOBLE CRIMEN?

Un cuento policial de ARTURO HOERL

En la habitación que ocupaba una conocida actriz en un hotel, la policía descubre dos cadáveres, el de ella y el de uno de sus más íntimos amigos. A primera vista no se sabe si se trata de un doble crimen o de un crimen y un suicidio. Pero interviene Robin Dale y el misterio es aclarado satisfactoriamente por el notable detective.

A juzgar por la forma en que ambos cuerpos fueron encontrados, era evidente que allí se había cometido un asesinato y un suicidio. El cadáver de Oscar Velaz estaba tirado en el suelo, boca abajo, y completamente vestido. Hasta el sobretodo tenía puesto. Una gran mancha roja sobre el pecho delataba el sitio de entrada de la bala. Sara Cruz aparecía sobre el lecho, ataviada con un sencillo pijama. En el piso, al lado de la cama, podía verse un vestido tirado. Sara era una bailarina sumamente conocida, muy bella y cuya conducta había dado bastante que hablar a la prensa entera, por sus continuos escándalos y juergas en cabarets. No hacía mucho tiempo había provocado el divorcio de Oscar Velaz, habiendo desde entonces mantenido estrechas relaciones con él. Tres gruesos ventanales con barrotes de hierro daban a la calle. Una puerta, también de hierro, comunicaba el comedor con el dormitorio. En cuanto a la puerta de entrada había permanecido cerrada continuamente. Ambas muertes se habían producido, según diagnóstico médico, más o menos a las once de la noche. Esa mañana, cuando Blake y Robin Dale, el joven detective y periodista, entraron en la habitación, pudieron constatar la colocación de ambos cuerpos, la situación de los muebles, las ventanas y puertas, etc. Después de un breve examen, Dale se dirigió a un pequeño secretaire que se veía en un rincón del dormitorio. Los cajones habían sido abiertos y en su interior había





varias hojas de papel en desorden. En uno de ellos encontró un pequeño revólver con culata con adornos de perlas. La teoría que Blake sostenía y que, por cierto, parecía ser la más acertada, no convencía, sin embargo, a Dale. Así se lo explicó a aquél, que sonrió incrédulo.

—¿Es que acaso no es argumento suficiente el hecho de encontrar todas las puertas perfectamente cerradas y las ventanas con barrotes de hierro?

Pero esto no presentaba para Dale valor alguno. Prefirió, no obstante, no discutir, y dijo:

—Bueno. Es posible que tenga usted razón, pero de todos modos convendría interrogar a las personas más allegadas a esta casa. Podemos comenzar por el groom que estuvo de guardia anoche.

Mientras éste llegaba, Dale se entretuvo en hacer un detenido examen de las habitaciones de Sara Cruz. Sin excepción, cada una de las ventanas lucía un recio enrejado de hierro labrado, y lo mismo la puerta. Cuando Pérez, el groom, llegó, fué de inmediato interrogado. Según dijo, nadie más que él había entrado en aquellas habitaciones antes de la llegada de la policía. A las ocho el chófer de Sara había llegado, y encargó al muchacho que anunciara a la bailarina que el coche aguardaba, tal como ella lo había pedido la noche anterior. El chófer había regresado al coche, mientras el groom trataba de comunicarse con la dama, por el teléfono interno; pero como no había obtenido contestación, decidió llegarse hasta la puerta y golpear. Después de hacerlo repetidas veces se alarmó, máxime sabiendo que dos personas habían pasado la noche en aquel sitio. Por último había forzado la puerta, hallando, al entrar, el cuerpo de Oscar Velaz. Asustado, había salido a la calle a llamar un policía.

—¿A qué hora tomaste servicio?

—A las siete.

—¿Y el sereno estaba aquí a esa hora?

—Sí. El sereno es Abrahán, y siempre está aquí a esa hora. ¡Quién sabe qué diablos le habrá ocurrido a esa mujer para matar y matarse luego! Pero lo cierto es que no creo que ella haya hecho tal cosa. Es más probable que en este lío haya mezclado más de un hombre...

—Sí. Realmente no es mala tu teoría, muchacho —intervino Dale pensativo.

Después que el groom retornó a su puesto, Dale volvió a inspeccionar la habitación.

Algo semioculto en una mesa atrajo su atención. Levantó una pequeña esquela y leyó unas pocas palabras escritas en ella. El sargento Harding, que se hallaba a su lado, le interrogó con la mirada. Dale extendió la tarjetita. Estaba escrita en letra corriente, y decía: "Has ganado. Yo pago. M. V."

—V... Esto podría significar "Velaz" —exclamó Dale. —¿Cómo se llama su esposa?

—Marta..., Marta Velaz.

—M. V.... Una coincidencia muy interesante.

—¿Y dónde encontró eso?

—Dentro de una caja de bombones de la que falta uno.

Sin decir una palabra, Harding envolvió la caja y la guardó. En ese momento un policía entró con Abrahán, el sereno nocturno.

—Supongo que estarás enterado de que anoche se produjo aquí un incidente —fueron las primeras palabras que Blake le dirigió.

—Sí... Así es —contestó el interpelado con voz nerviosa.

—Necesito, por lo consiguiente, que me des todos los datos que conozcas sobre su persona, así como de aquellas que acostumbraban a visitarla.

—Perfectamente. Trataré de recordar... Más o menos a las nueve vino el primer visitante. Era una dama a quien no conozco. Sé que era esa hora porque Emelina, la mucama de la señorita Cruz, se retira a su casa a esa hora. Alberto Laon llegó a las diez para verla.

—¿Quién es Alberto Laon?

—Un viejo amigo de ella. Estaba en su habitación todavía cuando llegó el señor Bernárdez, su abogado. Cinco minutos después Alberto salió, y diciendo "buenas noches", se fué. A continuación oí que Bernárdez y la señorita Cruz discutían en alta voz, pero no pude entender qué decían. A eso de las diez y media me pidió ella por el teléfono que la pusiera en comunicación con el señor Velaz, y así lo hice.

—¿De qué hablaron?

—No sé, porque nunca acostumbro a escuchar las conversaciones telefónicas. Lo cierto es que quince minutos después Bernárdez salió. Iba muy apurado y terriblemente excitado. Daban justamente las once en el reloj cuando Velaz entró abriendo la puerta con su llave.

—¿Está usted seguro de que nunca abandonó su puesto durante la noche?

—Completamente seguro.

Dale se aproximó a Blake.

—Sería conveniente —dijo— que inspeccionáramos la entrada de los sirvientes.

Blake, Harding y el detective salieron. Había un estrecho y corto pasillo que conducía al hall principal. Una puerta, también de hierro, conducía a la calle. Robin Dale comprobó la seguridad de la cerradura. Evidentemente, era imposible que hallándose cerrada

ESTRELLA.—POR ESO HE VENIDO AQUI. LA NOCHE DEL CRIMEN EL FUE A LA HABITACION DE SARA POR ULTIMA VEZ.

alguien hubiera podido pasar por allí. Por otra parte, Abrahán mismo la cerraba todas las noches a las once, hasta las siete de la mañana, en que era abierta. Mientras tanto, Ponce, el especialista en impresiones digitales, había completado su inspección, cuyo resultado constituyó el primer punto de sospecha que obstruía la teoría de Blake. El revólver hallado en el boudoir, que era el arma que había causado la muerte de Velaz, no tenía la menor huella de impresiones digitales. La copa que contenía el arsénico que había provocado la muerte de la bailarina fué encontrada en la mesa de luz cercana a su cama. Había aún una pequeña cantidad de líquido en ella. Blake mismo, que en un principio creyó como todos, que Sara Cruz había muerto a Velaz, suicidándose luego con el veneno, comenzó a dudar.

— No hay rastro alguno en el vaso — dijo Ponce.

— ¿Me permite que observe la copa?—rogó Dale.

Y tomándola la miró detenidamente.

La huella dejada por el polvo era evidente, pero no había ninguna huella de impresiones.

— ¡Mala suerte! — comentó Dale cuando finalizó su observación.

Se comenzó entonces a buscar el recipiente

ALBERTO LAON. — ¿CREEN QUE SE SUICIDO? ¡NO, ELLA NO SE QUITO LA VIDA, FUE ALGÚN HOMBRE, TAL COMO YO SE LO DIJE MUCHAS VECES.

que había contenido el veneno. En una alacena se encontraron dos pequeños paquetes, uno conteniendo polvo blanco y el otro vacío.

Temprano por la tarde

Robin Dale se trasladó a su oficina del "Dayle Journal", periódico al que pertenecía en calidad de repórter, y escribió su crónica. Decía:

"¿Es posible que un criminal pueda escapar a través de puertas cerradas y de ventanas atrancadas? Tal es el dilema que se plantea en el caso Cruz-Velaz. Tras cada crimen hay un motivo. Siendo esto evidente, ¿qué provocó en Sara Cruz un asesinato y su suicidio? Era bonita, joven, alcanzaba gran éxito en su profesión, que le proporcionaba todo lo necesario para ser feliz. Contaba, además, con la adoración de los hombres. Considerando a Sara bajo los preceptos de su propia existencia, ¿qué más podía desear? Todo, menos la terminación de tan placentera y fácil existencia. Resulta entonces peligroso considerar que su propia mano haya puesto fin a su vida. Falla aquí lo principal: el motivo. Y también este motivo mismo falla igualmente al considerar la muerte de Oscar Velaz. Los detalles de su reciente divorcio están aún frescos en el recuerdo del público. Velaz prefirió abandonar a su esposa para convertirse en el amante de Sara. ¿No es lógico entonces suponer que ella nunca deseara su muerte? ¿Por qué matarlo y matarse después, justamente cuando acababa de convertirse en su dueña? Y si consideramos que ella no lo mató, ¿quién fué el criminal?"

Hecho esto, Dale se retiró a su departamento, y reclinado sobre un cómodo sofá de su biblioteca, meditó. En aquel momento más que nunca tenía la certeza de que Sara no se había suicidado ni había tampoco dado muerte a su amante. Fiel a su procedimiento de investigación, que tantos éxitos le había dado, decidió aplicarlo también en este caso. Y manejando hábilmente una línea de ataque analítico, trató de anticipar hechos futuros que debían marchar acordes con su teoría. Si, conforme el caso progresaba, sus anticipaciones no se veían coronadas por una comprobación material, ello implicaría la incorrección de su hipótesis. ¿Qué sucedería más adelante? El teléfono se encargó de traerle la inesperada respuesta. Era Blake quien hablaba.

—Hemos localizado a la ex esposa de Velaz, a Gregorio Bernárdez y a Alberto Laon. Están citados para mañana en el departamento de policía. La señora vendrá primero, a las once.

— ¿Aún no ha logrado averiguar quién era esa dama que visitó a Sara a las nueve?

— No. De eso no hemos podido averiguar nada aún.

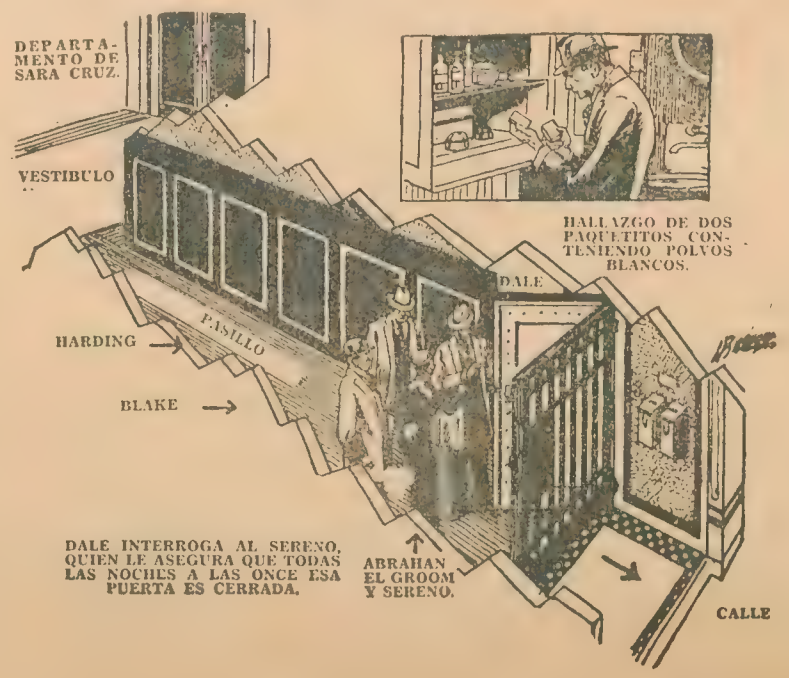
— Perfectamente. Entonces nos veremos a las once, Blake. Muchas gracias por haberme llamado.

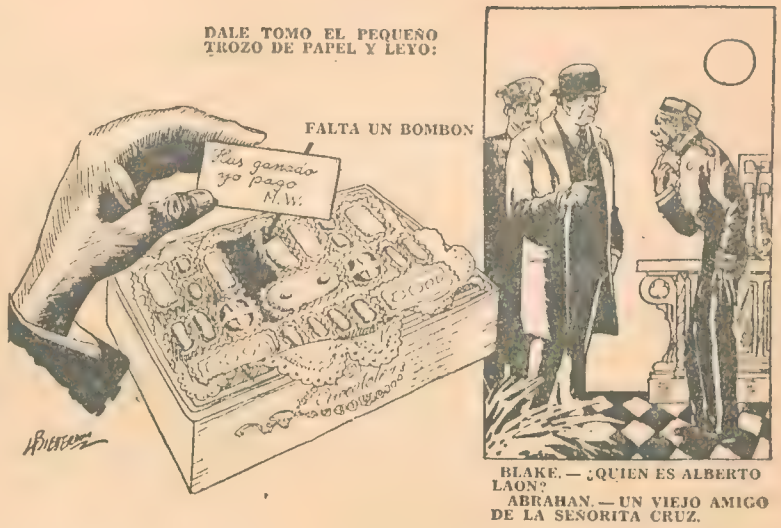
Robin Dale volvió a hundirse en el sofá. ¿Por qué diablos habría la señora Velaz enviado una caja de bombones a la mujer que le había robado el amor de su esposo? ¿Para asesinarla? Era ridículo suponer eso, en vista de la existencia de la esquela. ¿Por qué, entonces?

En cambio el caso de Gregorio Bernárdez era ya mucho más sencillo. Podía tratarse de un abogado que sucumbe ante los encantos de la mujer a quien ha defendido. Sólo eso podía justificar su presencia a las diez de la noche en las habitaciones de su clienta, después de haber cumplido su misión profesional. Pero ¿por qué se había retirado tan nervioso y agitado? ¿Riña de amante? Imposible, ya que ella había telefoneado a Velaz en su presencia.

Oyóse un golpe dado en la puerta, y Dale se levantó para abrir. Era el sargento Harding.

— Bien venido a mi casa, sargento. Llega usted a tiempo para beber algo.





BLAKE. — ¿QUIEN ES ALBERTO LAON?
ABRAHAN. — UN VIEJO AMIGO DE LA SEÑORITA CRUZ.

Harding estiró sus piernas sobre una chaise longue. Dale sabía que algo tenía que decirle. Y así era, en efecto.

— Acabo de salir del hotel donde se produjo el crimen — empezó Harding. — Estuve conversando con el sereno. Esta mañana, con la excitación, olvidó decirnos algo. A eso de las once y media Bernárdez regresó y se dirigió directamente a la habitación de Sara, en cuya puerta golpeó, pero como nadie contestaba, el sereno se le acercó para decirle que ella tenía compañía esa noche, y que probablemente no querría ser molestada. Después, esta mañana, a las siete y media, el abogado la llamó por teléfono. El telefonista le contestó que no podía darle comunicación por cuanto tenía orden de la señorita Cruz de no llamar por ningún motivo, mientras ella no anunciara que estaba despierta.

— ¿Y qué deduce usted de todo eso, sargento?

— Que Bernárdez no sabía que ella estaba muerta.

— ¿A qué hora irá él mañana al Departamento?

— A las tres de la tarde.

Al otro día, poco antes de las once, Dale se hallaba en la oficina de Blake. Estaba ansioso por conocer el resultado que éste había obtenido de la inspección de los bombones.

— Ningún bombón estaba envenenado — explicó el policía, — pero no olvidemos que allí faltaba uno, aparentemente comido. En cuanto a los polvos que se encontraron en el cuarto de baño, no eran más que bromuro, del que se utiliza para aplacar los nervios o para aliviar los dolores de cabeza.

— ¿Hay algo de nuevo respecto a la misteriosa dama que la visitó a las nueve?

— Nada. Probablemente haya sido alguna amiga ocasional...

En ese momento entró el ordenanza anunciando a la ex esposa de Velaz. Era una mujer elegante, alta, y de ademanes suaves, pero firmes. Era joven y hermosa, de una belleza aristocrática que contrastaba con la que siempre había caracterizado a la de Sara, atractiva y un poco teatral. La señora Velaz paseaba su belleza sin advertirlo, mientras que la otra la proclamaba en cada acto y en cada gesto que hacía. Dale observaba todo esto mientras estaba de pie frente a ella. Después de hechas las presentaciones, Blake preguntó al mismo tiempo que le extendía la pequeña tarjeta hallada en la caja de los bombones:

— ¿Escribió usted esto, señora?

Ella la miró e hizo un signo afirmativo.

— En vista de las trágicas circunstancia que rodean este asunto, creo que no se opondrá usted a darnos una explicación...

(Continúa en la página 38)

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Ana María, empleada de oficina, va a casarse con Jorge; pero surge un inconveniente: la madre de él ha aconsejado que debía postergarse el casamiento hasta que gane un sueldo mayor. Jorge tiene una amiga, Raquel, por quien siempre tuvo simpatía. La muchacha se ha ido enamorando de él y a Jorge le ha ocurrido lo mismo. Además, como su madre continúa oponiéndose a que se case con Ana María, él termina por confesarle todo a su novia y rompe las relaciones. No viendo ella más norte que el trabajo, resuelve volver a la casa del señor Nesbit, y éste la recibe afectuosamente. Es, más que su secretaria, una amiga leal a quien se estima de veras. Ana María comienza a consolarse del desengaño que ha tenido con Jorge. Un día el señor Nesbit invita a su secretaria para que la acompañe a una joyería, donde comprará un anillo para su hermana. Allí se encuentra con Jorge, lo saluda y se muestra indiferente. Esto despierta los celos de su ex novio, y al día siguiente se presenta en casa de Ana María para pedirle perdón. Al propio tiempo le dice que si ella quiere pueden casarse en seguida. Ella acepta y el casamiento se realiza. Viven la embriaguez de la luna de miel. Jorge es amigo del matrimonio Maldon, al cual hace una visita la pareja de recién casados. El ambiente no es del agrado de Ana María; pero por no disgustar a su flamante esposo, ella nada le dice al respecto. Jorge es despedido del empleo por haber cometido una defraudación. Ella le facilita sus ahorros para que pueda instalarse y trabajar por su cuenta. El comienza a hacerlo y toma una empleada. Cuando Ana María le pregunta cómo se llama su secretaria, él le contesta: "Ketty". Y ella confía en que la buena suerte acompañará a Jorge en su tentativa de independizarse. Todo parece auspiciar el comienzo de la nueva vida de Jorge, que confía en sus fuerzas con mucho optimismo. Ana María siente los síntomas de la maternidad y, jubilosa, va a decírselo a su marido a la oficina; pero allí lo sorprende en compañía de Raquel, que pasa por ser su empleada, y entonces no le dice el motivo de su visita. Jorge le reprocha diciéndole que ella fué a espiarle, y como, por otra parte, ha fracasado en su deseo de independizarse, resuelve separarse de su mujer y buscar otro ambiente más propicio. Ana María y su suegra se quedan solas. Para hacer frente a las necesidades de la vida ella comienza a trabajar en una oficina y continúa viviendo con la madre de Jorge. Al poco tiempo se presenta éste para decirle que debe pedir el divorcio, pues su casamiento ha sido un error. Ella no accede y él se retira furioso. Ana María da a luz, Jorge se entera, y arrepentido de lo que ha hecho vuelve a su hogar. Pasa algún tiempo. Ana María es feliz con su hijito, pero no lo es respecto a Jorge, que continúa con sus líos amorosos y tratándola con indiferencia. El se enferma y ella lo cuida solícitamente hasta que recupera la salud. Jorge no se enmienda, y, por el contrario, hace gala de sus aventuras amorosas. Ella sufre en silencio y se pregunta: "Tendré que divorciarme?" En esto Ana María sorprende a su marido en una nueva infidelidad. Poco después él vuelve a enfermarse y ella no deja de cuidarlo cariñosamente. Clara piensa divorciarse. Jorge se muestra otra vez desamorado y se ausenta con frecuencia del hogar.

NUESTRO FOLLETIN

LA QUE TODO LO DIÓ

CAPITULO XIV

ANA María habría de acordarse siempre de aquel día por las tres cosas que sucedieron en él: el nene dijo por primera vez una frase entera: "Mamita, veo pajaíto", la madre de Jorge manifestó que se casaría con el doctor Ortega al día siguiente, y Jorge dijo que había decidido dejar a su esposa.

Un poco después de las diez, la madre de Jorge estaba lista para comenzar sus compras para la semana. Siempre había dedicado un día, el viernes, para comprar todo lo que hacía falta para ella y la casa. Por lo general, salía a la mañana y no regresaba hasta las cinco o seis de la tarde, cargada de paquetes, juguetes para Jorgito y una porción de cosas, algunas útiles y otras completamente inservibles; pero como las había visto baratas, las había comprado. La madre de Jorge no tenía ninguna idea sobre el ahorro ni la economía. Acostumbrada a salir todos los viernes, le parecía que le faltaba algo si no lo hacía.

—¿No le das un besito a Nana? — dijo, besando a Jorgito. Nunca se llamaba a sí misma abuelita, y le había enseñado a Jorgito que le llamara "Nana".

—¡Adiós! — respóndiole el niño, continuando sus juegos.

—¡Qué maravilla es Jorgito! ¿No te parece, Ana María? ¿Te has fijado qué bien pronuncia las pocas palabras que sabe?... Jorge caminaba y hablaba antes de cumplir los dos años, y su hijito es tan inteligente como era él a su edad.

Jamás le reconocía a Ana María el haber dado vida a una criatura tan hermosa y precoz.

—Levántalo para que pueda darme el último adiós por la ventana — le dijo al salir.

Pero Jorgito ni siquiera miró a su abuelita cuando Ana María lo sostuvo en sus brazos señalándosela; el nene estaba extasiado observando dos gorriones que en medio de la calle correteaban de un lado a otro, felices de vivir. Fué entonces que en su lenguaje dijo: "Mamita, veo pajaíto".

Trató de hacerle repetir la frasecita; pero habiendo visto que los pajaritos habían desaparecido, lo único que quería era que Ana María lo bajara al suelo para continuar jugando con sus juguetes. Cuando todo estuvo arreglado, eran casi las cuatro de la tarde; Ana María se sentó a descansar un rato y pensó que anotaría la fecha y la primera frase de Jorgito. Tomó un libro de pensamientos que conservaba aún de cuando era niña y comenzó a escribír: "Esta mañana

— Cuando dos personas han llegado al punto en que pierden totalmente el interés de la una por la otra, lo único decente y justo es que se separen.

Novela de BEATRIZ B. MORGAN

Jorgito pronunció su primera frase"... En eso oyó que se detenía el auto de Jorge, dejó la lapicera y corrió a su encuentro.

Mucho tiempo después, al abrir su libro, se encontraría con aquella frase inconclusa y una mancha de tinta, semejante a una nube, dejada por la lapicera, y su lectura habría de hacerle recordar la angustia de aquella tarde de marzo: los rayos dorados de sol que entraban en el comedor, el olor de los geranios del hall, el ruido de la puerta al cerrarse y el eco de los pasos de Jorge al alejarse.

Hacía mucho tiempo que él no regresaba tan temprano a su casa. Ella estaba contenta; se había puesto el vestido verde que a Jorge le gustaba tanto. No había perdido la esperanza de que algún día volvería a ella para ser el de antes, el cariñoso compañero, y no el hombre que durante las últimas semanas había entrado y salido de su casa como si fuera un extraño.

El entró, y cuando Ana María lo vió, comprendió que todas sus esperanzas se desvanecían. La expresión de él era dura y severa y sus facciones parecían haber sido cinceladas en piedra más que en carne y hueso.

—¿Cómo te va, Jorge?

— Bien — le contestó, sin mirar ni a ella ni al niño, que trataba de acercarse a él.

Después salió de la habitación. Ella lo oyó atravesar el hall, llegar hasta el baño y cerrar la puerta tras sí.

Un momento después regresó.

—¿Dónde está mi madre?

Ana María sonrió.

— Este es su día de compras; todavía no ha vuelto.

La pasión de la madre de Jorge por su día de compras había dado lugar a muchas chanzas entre ellos, pero en ese momento Jorge no estaba para bromas. Su aspecto era el de un hombre nervioso e irritado. Se sentó en la cama y observó a su mujer con gesto ceñudo.

— Me alegro de que ella no esté aquí; necesito hablar contigo.

Algo en el tono de su voz hizo que ella se inquietara. En esa forma le había hablado el día que vino a la pensión de la señora de López a decirle que no se casaría con ella; con el mismo tono se había dirigido hacía ya dos años, aquella noche que le dijo que la abandonaba.

—¿Qué es lo que quieres decirme?

Ana María le escuchó con tranquilidad. Pero no estaba tranquila; sus labios temblaban después de haber hecho la pregunta y tuvo que tomarse de la silla donde él estaba sentado.

— No pienso continuar en esta forma por más tiempo. Esto de vivir como dos extraños bajo el mismo techo estará muy bien para ti, pero yo espero algo más que eso de la vida...

Si habían vivido como dos extraños durante los últimos meses, era culpa de él y no de ella. Ella quiso decírselo, pero el nudo que se le había formado en la garganta no le permitió emitir sonido. Se quedó perpleja, mirando a Jorge y moviendo lentamente su hermosa cabeza.

El continuó:

— Cuando dos personas han llegado al punto en que pierden totalmente el interés de la una por la otra, lo único decente y justo es que se separen. Muchas personas lo hacen. Además, no hay nada escandaloso en pedir el divorcio y se consigue fácilmente. Tú puedes quedarte aquí con mi madre y Jorgito; yo te mandaré todos los meses el dinero necesario para los tres.

Evidentemente, había estado haciendo los planes desde hacía tiempo, pues había pensado hasta en los menores detalles.

— Tengo un abogado amigo, el doctor Iriarte, que tiene su estudio frente al nuestro; así que dentro de unos días puedes ir a visitarlo, arreglando todo con él; ya le he dicho que estoy dispuesto a entregarte la mitad de lo que gano.

Cesó de hablar y la miró como esperando que ella dijera algo; mas ella se quedó en silencio mirándolo, completamente perpleja y con una sombra de dolor en sus ojos azules. ¿Cómo podía Jorge decirle todas esas cosas, tan de improviso y sin un gesto de pena por el dolor que le estaba causando? ¡Decirle que estaba cansado de ella, de su matrimonio, de su hijo, y que la única solución era acordarle una pensión!... ¿Querría pagar con eso la deuda que tenía con ella y con su propio hijo? Jorge era frío e indiferente, pero no por eso Ana María le querría menos. Ella se daba cuenta qué clase de sentimientos tenía, mas su amor por él era más fuerte.

— Juan y Clara se han separado, y ella está conforme en recibir solamente una tercera parte del sueldo de Juan — oyó que decía Jorge. — Dice que no tiene intención de hacerle pagar demasiado caro a Juan el error que cometieron casándose. Tú no precisas más que la mitad de mi sueldo, ¿verdad?

¡Clara de Maldon!... Ese nombre de mujer le parecía a ella lo más horrible de todo lo que había dicho Jorge. No oyó nada más. No necesitaba más que ese nombre. Le revelaba por qué Jorge estaba ahí hablándole fríamente sobre su divorcio, por qué había estado irritable e indiferente desde hacía algún tiempo.

—¿Cómo no lo supe antes? — murmuró ella.

—¿Supe qué?

—¡Que Clara tenía toda la culpa de esto! ¿No piensas que debí haber adivinado eso durante todas estas semanas, cuando tú no deseabas hablarme, ni venías a casa a comer, ni te interesabas por tu propio hijo?

Una sonrisa dolorosa entreabrió sus labios para morir de inmediato.

—¡Cuando pienso en todas las noches que he pasado acostada en ese sofá, tratando de descifrar qué es lo que te afligía, tratando de tranquilizarme pensando en que serían cuestiones del trabajo y que muy pronto se solucionarían, o que tal vez estarías jugando al póker con tus amigos!... ¿No piensas que hubiera debido imaginarme que era por causa de un mujer, como de costumbre? ¿Alguna del escritorio, o alguna mujer casada, como Clara?

Jorge la miraba en suspenso.

— Espero que no te pondrás dramática — le dijo con el tono de quien teme una escena. — Podremos arreglar todo esto tranquilamente y con juicio...

— Si quieres decir que haremos los trámites para un divorcio, desde ya te digo que no. Si supiera que tú amas sinceramente y que ella te correspondía, quizá te dejaría ir, Jorge. Pero no sé ni una ni otra cosa. Lo único que sé es que Clara no llegará jamás a querer a alguien que no sea ella misma. Y si tú...

—¡No sé por qué quieres mezclar a Clara con este asunto! — la interrumpió violentamente. — No he dicho que estoy enamorado de ella.

Pero un leve rubor cubrió sus mejillas y su mirada azorada parecía la de un niño que hubiera sido descubierto en alguna mala acción.

— El caso es que Clara me gusta mucho... — susurró con voz apenas perceptible, como si sintiera vergüenza por lo que estaba diciendo. — No iba a decirte nada, pero ya que lo has querido, te lo confieso: ¡he estado loco por Clara desde que la conocí!

—¡Eso no es verdad, Jorge! Estabas enamorado de mí cuando me pediste que fuera tu esposa, y ya en aquel tiempo conocías a Clara. Y la conociste hace dos años, cuando estabas encantado con Raquel, la que abandonaste por la otra de la confitería... Pronto abandonaste aquellos asuntos, y muy pronto abandonarás éste... Tú eres así, Jorge... No quiero decirte que una mujer es igual que otra para ti, pero casi podría decir que sí. Si a alguien le eres fiel, es a mí, a tu manera. Siempre vuelves a mí cuando te cansas de las otras, ¿no es así?

Jorge no quería contestarle. Se limitaba a mirarla, balanceando su cabeza de un lado a otro.

— Pero aun cuando estuvieses realmente enamorado de Clara — continuó ella, — no tienes que pensar solamente en ti ahora. ¡Tienes un hijo y tienes que pensar en él! Dentro de algunos años necesitará los cuidados de un padre más que los de una madre, y tú tendrás que cuidarlo de la misma manera como hubiera tenido que hacer tu padre si hubiera querido hacerte un hombre...

El rostro de Jorge se cubrió de rubor.

— Me imagino que quieres darme a entender que no soy lo suficientemente hombre, ¿no es eso? — le dijo él, picado en su amor propio.

— Creo que entenderías mejor las cosas si se te hubiera permitido llevar la vida de un verdadero varón cuando eras pequeño — le dijo ella fríamente. — Tu mismo me dijiste en varias oportunidades que estabas cansado de estar atado a las faldas de tu madre y cómo tenías que mentirle cada vez que querías ir a jugar con los otros muchachos... Sí, creo que serías más hombre si hubieras tenido un padre que guiara tus pasos.

Y de pronto, estalló en sollozos. Lloraba tan convulsivamente, que apenas si podía oír todas las cosas que Jorge le decía en su furia.

—No nos peleemos, Jorge — díjole ella, llorosa. — Mañana o pasado, cuando los dos tengamos algo de calma, podremos hablar con tranquilidad.

— He dicho todo lo que tenía que decir — la interrumpió Jorge, — y ya tengo decidido lo que voy a hacer. Me iré de aquí, y la única forma en que conseguirás algún dinero de mí será solicitando el divorcio. He tratado de ser razonable, y tú no; así que de ahora en adelante tendrás que luchar por lo que quieres, ¿comprendes? — Y temblando de ira, salió del departamento.

Ella quedó sola, atontada por lo que había caído sobre ella. Se sentó en la silla que acababa de abandonar Jorge, y escondiendo su rostro entre las manos, trató en vano de coordinar sus pensamientos. Había estado ciega; si se hubiera dado cuenta a tiempo, hubiese podido ir a ver a Clara para implorarle que recordara que Jorge tenía un hijito, además de ella y su madre que mantener.

— Probablemente, no hubiera conseguido nada — pensaba en alta voz. — Clara era tan egoísta como Jorge y no hubiera estado dispuesta a compartir con nada ni con nadie lo que ella quería para sí sola.

A las siete llegó la madre de Jorge, pero no traía ningún paquete en las manos. Ana María observó en seguida que la señora estaba presa de un gran excitación. En sus mejillas había mucho color y en sus ojos un brillo inusitado. ¿Qué podía haber sacudido a aquella mujer, cuya vida durante años y años había transcurrido en la tranquilidad más inalterable que pudiera desearse? Sin embargo, algo le decía a Ana María que una gran felicidad inundaba el corazón de la madre de Jorge en aquel momento.

—¡Ana María! — Al hablar, su voz temblaba y en sus labios flotaba una sonrisa de felicidad contenida. — ¡Ana María, no lo creerás! ¡Voy a casarme!...

Se dió vuelta y miró hacia el comedor.

—¿Está Jorge? Creo que hubiera tenido que darle la noticia a él primero...

— Estuvo aquí, pero se ha ido...

—¡Oh! — dijo mirando fijamente a Ana María. — Andará metido en alguna nueva aventura...

— Algo de eso hay, seguramente — le contestó la joven.

— Lamento que no esté aquí. Hubiera querido que él fuera el primero en enterarse. — Y una mirada mezcla de triunfo y orgullo iluminaba su rostro. — Sí, el doctor Ortega y yo nos vamos a casar mañana en la casa de su hermana, y después nos vamos a Montevideo en viaje de bodas. ¡Jamás pensé que tanta felicidad sería posible!

El resto de la noche se la pasó revolviendo todas sus cosas. Estaba demasiado nerviosa y abstraída en sus propios pensamientos; así que Ana María tuvo que prepararle el equipaje. Sólo una vez pareció descender por un instante a la tierra, y ello fué cuando entró en la habitación de Ana María para darle las buenas noches.

— La casa del doctor me parece algo desamueblada — le dijo mientras se arreglaba el cabello delante del espejo; — así que he decidido llevarme la mayor parte de estos muebles, tan pronto como regresemos de Montevideo. Son viejos, pero fueron muy buenos en su tiempo; mandándolos a lustrar, quedarán bastante bien. Además, ni a ti ni a Jorge les gustan mucho...

Ana María no le dijo que Jorge había salido del departamento para no volver. Comprendía que su suegra se sentía gloriosamente feliz por primera vez desde hacía muchos años, y no quiso empañar su felicidad.

— Limpiaré todos los muebles durante su ausencia y a su regreso los encontrará listos para llevárselos.

Pasó una semana, y ni una palabra de Jorge. Esperó unos días más, y luego se decidió a hablarle por teléfono para preguntarle adónde quería que le mandara los baúles.

— Al Hotel Continental — le contestó secamente.

—¿Sabes la noticia respecto a tu mamá y al doctor Ortega?

— Sí, la sé. He recibido un telegrama de ellos. ¿Hay algo más?

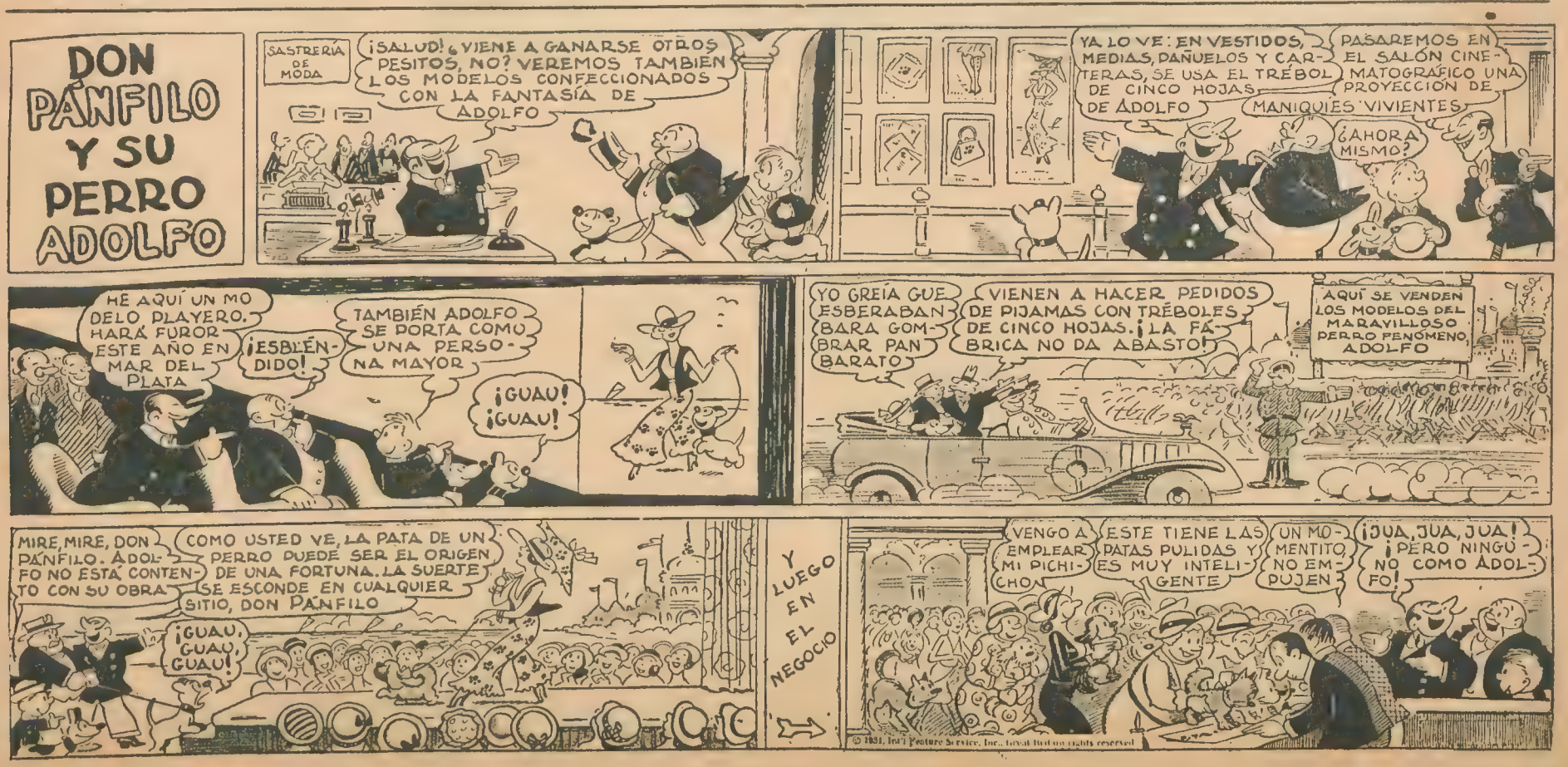
— Necesito algún dinero, Jorge. Tu mamá quiere los muebles y yo tendré que buscar algún lado adonde ir cuando ella se los lleve del departamento.

Ana María oyo el ruido del receptor al ser colgado bruscamente. Una vez más quería darle a entender de que todo había terminado entre ellos, de que no iba a mandarle ningún dinero y que la obligaría a solicitar el divorcio si quería recibir alguna ayuda.

Colgó a su vez el tubo y se separó del teléfono como si se tratara de una máquina infernal que acababa de herirla y que tenía todo el poder de volver a hacerlo si no se retiraba a tiempo.

El resto del día se lo pasó arreglando las cosas de su casa y tratando de tomar una decisión. ¿Podría conseguir un empleo como dactilógrafa, con cuyo sueldo tendría suficiente para vivir y tomar una niñera que le cuidara a Jorgito mientras ella iba a trabajar? Ella sabía que no sería posible y comprendía que Jorge lo sabía también, y que era por eso justamente que insistía sobre el divorcio.

(Continúa en la página 39)



Aceptación mundial crea confianza

LA aceptación mundial de la **Cafiaspirina**, como el producto fundamentalmente eficaz contra el dolor, justifica la afirmación de que ella goza de una confianza universal que sigue acrecentando día a día en todas partes.

La pureza de sus elementos y su escrupulosa elaboración científica, han conquistado para ella una proclamación mundial que significa la eliminación de toda duda y la seguridad de una verdadera confianza.

Contra dolores de *cabeza, muelas, oídos, neuralgias, jaquecas, resfríos, reumatismos, y malestares de la mujer.* Ud. puede tomar **Cafiaspirina** en cualquier momento porque no afecta el corazón, el estómago ni los riñones.

BAYER

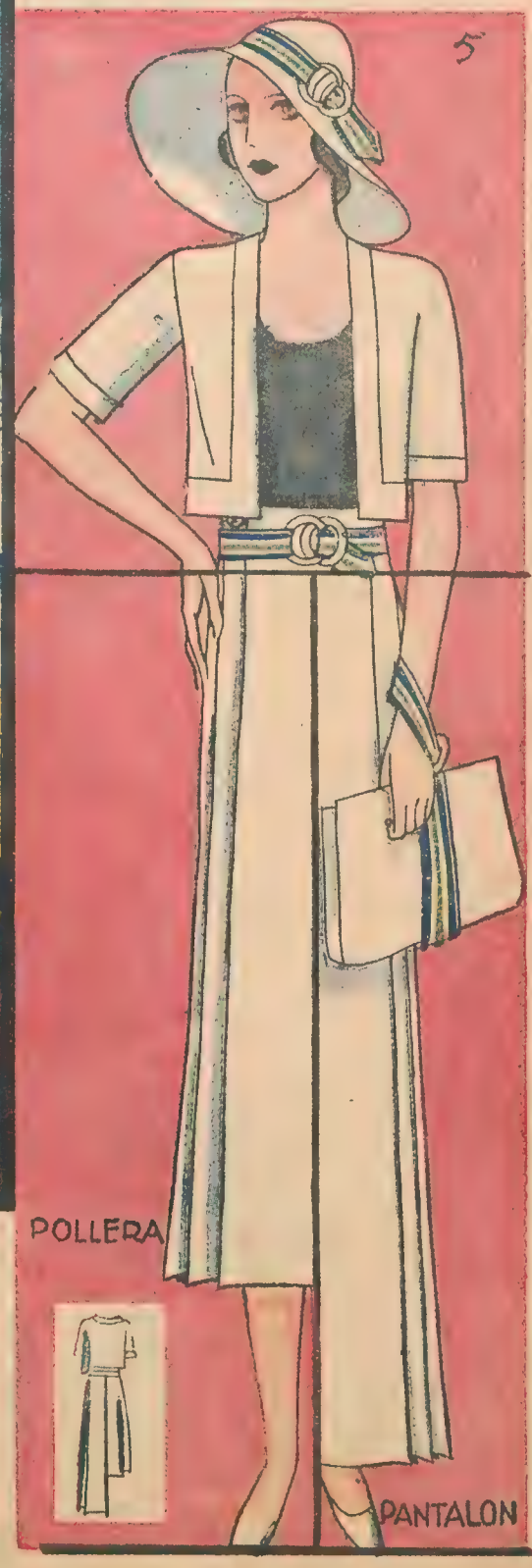
CAFIASPIRINA

el producto de confianza

Son muy elegantes los recientes

4.— Pantalón de cheviot blanco y maillot de jersey blanco. Cinturón y estrellas verdes.

5.— ¿Qué llevará, usted señora, este verano en la playa? ¿El pijama de pantalón largo y ancho o la falda? Vacila usted, sin duda, entre estas dos prendas elegantes y prácticas por igual. Y nosotros vamos a solucionarle el problema por medio del presente modelo que es, a la vez, ingenioso y económico. Con tissú, hágase usted un bolero de mangas cortas, y, por separado, un pantalón largo, con pliegues sobre las caderas. Este pantalón se llevará más arriba de la línea de la cintura, y se abotonará a los costados. Como tercera pieza, hágase una falda con los mismos pliegues que el pantalón. Y tal tendrá usted un pijama de playa y un vestido, una falda que podrá llevar con cualquier blusa, y un bolero que acompañará admirablemente los vestidos de verano.



1.— Traje de baño, en jersey blanco, rosa y rojo. Es un modelo de verdadero buen gusto y muy práctico.

2.— Pijama de sarga marina, cuyo pantalón recuerda los de los marinos norteamericanos. Sombrero de Manila natural, adornado de gros grain rojo. Blusa blanca. Conjunto de encantadora simplicidad.

3.— En shantung verde impreso de grandes puntos blancos es este pijama. El sombrero también de shantung blanco, es doblado y adornado de un motivo igual al del pijama.

modelos de pijamas y trajes de playa

6. — Sandalias de playa, de fácil confección casera. Los materiales son: plantillas de cuerda o rafia y piqué blanco. Unos cuantos cortes y muy pocas puntadas resuelven esta elegante nota.

7. — Cinturón de shantung, adornado de cuadriculados rojos.

8. — Cartera de shantung, que hace juego con el cinturón número 7, y que se cierra por medio de una hebilla.

9. — Esta écharpe y cartera se llevarán con un vestido blanco.

10. — Vestidito de shantung verde. Grueso cinturón de la misma tela. Cuello volcado. Manga corta.

11. — Modelo en jersey de lana marina, cuyo pantalón de medio largo es muy práctico para la pesca o el yachting. El saco tiene solapas y se cierra con un cinturón de color vivo.

12. — Modelito muy útil para la playa, pues puede usarse encima del traje de baño. La falda, hecha de dos rectángulos de jersey, puede retirarse muy fácilmente. El saquito carece de mangas.

13. — Pantalón corto, que tiene tanto de pantalón como de falda, en tela blanca. Va ajustado al talle por dos botones. Tricota de jersey rayado. Gorra de baño.

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

Barry Norton

¿Que yo le resulto antipático y que por nada del mundo quiere conocerme? ¡Vamos! ¡Parece usted una vulgar admiradora de **Greta**! Ya habrá advertido que hace un par de semanas he empezado a publicar fotos de los actores con datos biográficos. Irá uno cada semana. Y a ver si trata de odiarme un poquito más, porque con la publicación de la foto de **BARRY NORTON** corro el peligro de que se le ocurra hacer las paces conmigo...

a **Henriette Ensueño.**

María Turgenova

A MARIA TURGENOVA escríbale a **Cinematografía Terra, Viamonte 1047, Capital.**

a **Rudecindo Díaz.**

MARIA ALBANI sé que es italiana, pero desconozco la fecha de su nacimiento. Está casada con su colega **MARIO FRANCHINI. La mujer en la cruz** fué, en efecto, una de sus buenas producciones, pero **El secreto del abate** fué la mejor. No poseo su dirección, por cuanto no sé por dónde anda.

María Albani

a **Operador.**

Las fotos puede conseguirlas pidiéndoselas por escrito a los actores. Las próximas de **RAMON NOVARRO** son **Al despertar**, con **HELEN CHANDLER; El hijo del rajah**, con **MADGE EVANS**, y **Mata Hari**, con **GRETA GARBO.**

a **Irma Ciani.**

Sí, **JOSE BOHR** filma actualmente en Estados Unidos. No, no soy garbista ni ganas tengo de serlo. Ya veo que usted tampoco lo es, pero sin embargo, no es justo decir que **LUPE VELEZ** o **MONA MARIS** son mejores que ella. Tanto no... En efecto, **Simiente** es una película formidable.

a **Y. P. F.**

BARRY NORTON hace en **Fatalidad** el papel de teniente del ejército austríaco que se niega a dar la orden para que el pelotón la fusile. Yo no he leído la novela, pero puedo asegurarle que su intervención en la película es ínfima y carece de importancia. Sí, ya ha filmado **El comediante** con **ERNESTO VILCHES.** A juzgar por su seudónimo ¿es usted aquella princesita que luego se la lleva el capitán que navegaba a la deriva y sin timón?

a **Ilusión Marina.**

A MALCOLM TOD, el que actúa en **Nápoles que canta,** escríbale a Mayo Film, Bartolomé Mitre 1956, y de allí le remitirán la carta a Europa, donde él reside.

a **Iris M. Michaut.**

JUAN TORENA nació en Manila (Islas Filipinas) el 24 de marzo de 1900.

JOSE MOJICA

Lugar de nacimiento: San Gabriel (Méjico).
Fecha: 14 de septiembre de 1897.
Estatura: 1.82 metros.
Ojos: negros.
Cabello: negro.
Soltero.

Valiosísimo cantor de ópera, actuó por espacio de varios años al lado de los más formidables actores con quienes aprendió el difícil arte de encantar a los oídos y agradar a los ojos. Más que sus condiciones de actor, que no son pocas, atraen su figura y la simpatía que de ella se desprende, y cuando acciona, cuando ríe, o cuando, entonando una de sus suaves canciones, obliga a cerrar los ojos al espectador, que se reconcentra para sólo escuchar el timbre de su voz melodiosa y suave. Dueño de un verdadero tipo varonil, Mojica seguirá imponiéndose como actor de indiscutibles méritos, que une al tesoro de su garganta la riqueza que significa un rostro hermoso y una mímica natural y despreocupada.

Ojos y cabello negros. No tiene novia y hace tres años que actúa en la pantalla.

a **Una admiradora de Torena.**

La primera película sonora que se hizo fué **La divina dama, con CORINNE GRIFFITH y VICTOR VARCONI.** La religión de los artistas de Hollywood no la conoce nadie, ni los mismos periodistas norteamericanos, que pasan el día entero dentro de los "studios".

a **Garbonovarro.**

Agradecido por los elogios, y creo que tiene usted razón en todo cuanto dice. Estoy de acuerdo en afirmar que el hecho de que a usted le agrade más **MOJICA** que **NOVARRO** no implica mal gusto, máxime si se considera que **JOSE** es bonito y elegante. Al decirle aquellas palabras quise expresarle que me satisfacía en grado sumo el hecho de que su opinión sobre **MARLENE DIETRICH** se hallara acorde con la mía. Y por eso, porque encuentro muy pocas cineastas que entre **GRETA** y **MARLENE** elijan a esta última fué porque le dije que lectoras como usted escaseaban. Puede estar segura de que **JOSE MOJICA** no está casado.

a **Oriette.**

MONA MARIS nació en Buenos Aires el 7 de noviembre de 1910, llamándose María Rosa Amidee Capdevielle. **Mide 1.65 metros; ojos obscuros y cabello negro.** Fué actriz teatral en Francia, donde vivió la mayor parte de su vida, y de donde pasó a Alemania, para ir luego a Hollywood. Filmó hasta ahora **Los esclavos del Volga, El precio de un beso, Cuando el amor ríe, Del mismo barro, Romance de Río Grande y Mar de fondo.**

Mona Maris

a **Kikita.**

POLA NEGRI, LILY DAMITA y MARLENE DIETRICH se encuentran en el caso que usted me cita. En cambio, **GRETA GARBO** es todo lo contrario...

a **Un rosarino incrédulo.**

Greta Garbo

BARRY NORTON actúa en la pantalla desde 1925 y no tuvo práctica alguna teatral anterior. Ese que actúa en **La gran Jornada** no es él, sino **GEORGE LEWIS.** ¿Que si con el tiempo podrá usted conseguir un puesto en la pantalla? Es posible... que saque antes el millón...

a **Un futuro actor.**

George Lewis

IMPERIO ARGENTINA es argentina, soltera, y puede escribirle a Paramount Studios, Hollywood, California.

a **Felipe Baños.**

¿GRETA GARBO o MARLENE DIETRICH?

(De nuestra encuesta que hemos iniciado en el número anterior)

El señor Eduardo Crespo, domiciliado en Santiago del Estero 841, nos escribe la siguiente carta, defendiendo a la popularísima Greta Garbo.

Señor:

Yo soy partidario de Greta. Le digo esto así, de sopetón, para que no se tome la molestia de leer toda la carta para averiguar hacia cuál de ellas se inclina mi predilección. Y ahora trataré de explicarle por qué me agrada más la sueca que la alemana.

¿No ha visto usted nunca, señor, el boceto de un dibujo? ¿No ha escuchado nunca desde muy lejos el sonido de un clarín? Y, en ambos casos, ¿no ha recibido la impresión de ver y oír algo con mucha vaguedad, algo que le ha causado la impresión de lo impalpable, de lo sugerido? Pues eso, señor, eso es Greta en el cine... Algo que sin serlo es una insinuación, una inspiración de algo que podría ser muy bello, de un boceto que con sus cuatro líneas aparentemente trazadas al descuido nos hablara de algo sublime, de algo que nunca podrá ser terminado, porque su excelsitud, su grandiosidad reside precisamente en eso, en que es algo suave, que no se deja ver todo porque teme que no haya ojos dignos de admirarlo ni cerebro capaz de comprenderlo. Greta, señor, es indigna de vivir entre nosotros, indigna de haber nacido en este siglo de materialidad constante y violenta. Greta es hoy la encarnación de ese tipo de mujer que todos hemos soñado en nuestra juventud; es el personaje romántico y misterioso escapado del cerebro de algún escritor clásico; es la mujer que cautiva sin provocar pasión; es la mujer, en suma, que todos aquellos que gozamos la dicha de ser sensibles hemos vislumbrado en algún sueño feliz que los primeros albores mañaneros cortaron bruscamente.

En cambio, señor, ¡qué distinta es Marlene! ¡Cuánta pasión, cuánta morbosidad hay en sus ademanes, en su rostro, en su cuerpo todo! ¿Es que acaso una actriz para demostrarnos su fibra de intérprete, para hacer que su presencia nos electrice el alma necesita forzosamente apelar a recursos tan bajos y tan pobres? ¿Es que Marlene cree que el arte no va más allá de un par de piernas bien formadas o de un cuerpo ondulante y provocativo? Debemos suponer que así es. Entonces yo creo que Marlene tiene mucho de cantante de cabaret; creo que Marlene no cautiva; creo que Marlene apasiona. Pero, ¿a quién? A aquellas personas que viendo a la mujer cierran sus ojos a la artista... Entonces, señor, lo absurdo de la comparación es evidente. No puede haber parangón posible entre una persona que cautiva con su alma y otra que deleita con su figura. Por eso Greta es superior. Y es que Greta nació artista; nació y trajo con ella su espíritu delicado de mujer exquisita y superior. Y lo que la naturaleza escatimó en su cuerpo y en su rostro se lo prodigó a manos llenas en su corazón, en sus sentimientos y en su sensibilidad de artista, esa sensibilidad que por desgracia muy pocos poseen porque es un don harto raro y precioso que no se compra ni se vende. Porque nace con la persona...

EDUARDO CRESPO.

LEA USTED LAS BASES DE ESTA ENCUESTA EN LA PAGINA 21

LA VIUDA DEL FUERTE ESTANCIERO

(Continuación de la página 7)

como tal deseaba vivir, pero para ello le hacían falta muchos millones. Probablemente no le fuera difícil a un futuro lord casarse con una rica heredera, pero además de fortuna era imprescindible que estuviera dotada de belleza, encanto y dignidad.

Se casaron en Chicago, en una ceremonia de extravagante esplendor, y congeniaron perfectamente desde el primer momento. Daban fiestas de rango memorables, en las cuales invertían dinero sin tasa. Después de desempeñar varios puestos en el gobierno británico, se designó a Curzon virrey de la India. Culminó con ese nombramiento su espléndida actuación. Ningún antecesor suyo en el cargo gozó de tanta popularidad. Gastaba las libras esterlinas como un nabab, y se conducía como un soberano por derecho propio. Trataba a los príncipes hindúes de igual a igual y a la muchedumbre como a seres inferiores, situación que era aceptada porque aún las ideas libertarias no habían arraigado en la India.

Tan populares llegaron a ser los Curzon, que él se consideró todopoderoso en la India e intentó regir la administración militar al mismo tiempo que la civil. Mal le resultó la aventura, pues tropezó con lord Kitchener, hombre de férrea energía y soldado de indomable orgullo, quien le hizo saber que no toleraría su ingerencia en los asuntos militares. Irritado, Curzon recurrió al gobierno central, que le dió la razón a Kitchener. Considerándose menoscabado y ofendido, el virrey renunció y proclamó que había arruinado su salud por servir a un país ingrato. Carecía de fundamento la amarga queja, porque al confiársele el virreinato se le confirió la dignidad de vizconde de la nobleza irlandesa, medida que supo bien en la India, pero que no le permitía tomar asiento en la Cámara de los Lores. De regreso a Inglaterra se le admitió en ella, otorgándosele el título de conde de Kedleston.

Lady Curzon falleció en 1906, después de sufrir los estragos de una corta enfermedad de carácter misterioso. Se dice que su noble esposo quedó en situación financiera un tanto premiosa, y por eso, en 1917, se casó con la joven viuda de Alfredo Duggan, hija de James Monroe Hinds, de Decatur, en el estado de Alabama y ex ministro de los Estados Unidos en el Brasil. Duggan era oriundo del estado de Tennessee y ganó millones en nuestro país dedicándose a las explotaciones rurales. En cierta ocasión alguien le preguntó cómo había logrado reunir tan fabulosa fortuna, y él respondió:

—Muy sencillamente, mi amigo; jamás firmé una escritura de venta de mis propiedades y compré todo lo que me fué posible.

En Río de Janeiro, de viaje a Europa, conoció a la hermosa Grace Elvina Hinds. La cortejó y se casó con ella, trasladándose a vivir a Europa. En 1916 Duggan falleció, dejándole tres hijos y veinte millones de dólares.

Inteligente, espléndidamente bella y relacionada en los círculos más aristocráticos, Grace Elvina, transcurrido un corto período de luto, se dió a la vida fastuosa que su fortuna le permitía. Adquirió extensas propiedades y fundó una caballeriza que contó en sus boxes con cracks que hicieron triunfar sus colores en las pistas británicas y francesas en más de una ocasión. Se impuso socialmente y llegó a ser una de las reinas de los salones londinenses. En 1917 se casó con lord Curzon en la capilla privada de Lambeth Palace.

A fin de poseer una residencia digna de su posición, Curzón compró el histórico castillo de Bodiam, en el condado de Sussex, que es considerado el más completo exponente de la arquitectura medioeval, habiendo sido edificado en 1386. No tardó el rey en conferirle un marquesado y su esposa tuvo el honor de ser nombrada Dama Gran Cruz de la Orden del Imperio Británico.

FIN

Manera de hacer desaparecer un cutis malo

(Del "London Fashions")

En ningún caso los cosméticos mejoran un cutis malo, puesto que tales ingredientes son positivamente dañinos. Lo más razonable es extirpar el velo mortecino del rostro, permitiendo así que la nueva piel puede exhibir su frescura y lozanía. Para obtener este resultado se procede de una manera muy sencilla. Extiéndase por el rostro un poco de cera pura mercolizada todas las noches y lávese por las mañanas con agua caliente. Dicha cera, que puede ser adquirida en cualquier farmacia, tiene la propiedad de absorber la cutícula desfigurante, de un modo gradual y sin dolor. Extirpa también imperfecciones como manchas rojas, barrillos, quemaduras de sol, etc. Como hermoseador general del cutis, este antiguo remedio no tiene rival.

GRATIS

Puede Vd. obtener una PELOTA DE FOOT-BALL Nº 5 de vaqueta cilindrada, sin ningún desembolso de su parte. Recorte este aviso y remítalo con su nombre y dirección.
Para los del interior, deben acompañar $ 0.25 en estampillas para gastos de franqueo.
COMPAÑIA INDUSTRIAL AMERICANA
Emilio Mitre 731 Buenos Aires

YERBAS MEDICINALES
para tratamientos de las enfermedades
TE CUMBRE tónico-digestivo-estomacal. TE CACIQUE laxante vegetal.
Solicite mi libro LOS ANDES Y SU FLORA que remito gratis
Dirigirse a: J. M. CARRIZO
Independencia. 2088 - Bs Aires

$ 500.- y más, mensuales, puede usted ganar sin abandonar sus ocupaciones diarias, criando Conejos Gigantes de Flandes, Angoras o Chinchillas para nuestro criadero. Proporcionamos el plantel, comprometiéndonos a comprar la producción que nos remitan, a 20.— $ la yunta.

Solicite Folletos Gratis al Criadero de Conejos
"LA JOSEFA"
Gral. Miller 5462
Lanús (Oeste) F. C. S

¡RECLAME!
FRENO de acero, muy coscojero, forma corazón, hecho a mano, a... $ 6.
Pedidos a la Talabartería:
MANUEL M. ARIAS
MONTES DE OCA, 1672 — Buenos Aires
CATALOGO GRATIS.

Almendril

LA MEJOR CREMA DE MIEL Y ALMENDRAS para protejer el cutis.
FABRICANTE
J.A.BRANCATO

Ahora! Aféitese
a base de aceites de palma y oliva

El nuevo procedimiento brinda afeitadas más rápidas y duraderas.

¿POR qué seguir con métodos anticuados y molestos cuando millares de hombres se afeitan perfectamente mediante una nueva preparación a base de aceites de palma y oliva?

Tal es la Crema de Afeitar Palmolive. En cuanto la pruebe por vez primera, notará la diferencia. Deja el cutis deliciosamente fresco y la afeitada mucho más duradera. Además, es rapidísima.

5 superioridades únicas

1. Su espuma se multiplica por sí misma 250 veces.
2. Ablanda la barba más dura en un minuto.
3. Su untuosa espuma se conserva fresca en la cara por 10 minutos.
4. Sus fuertes burbujas soportan los pelos para cortarlos.
5. La mezcla de sus aceites de palma y oliva obra como una loción después de afeitarse.

Envíe el cupón en seguida

Esta nueva crema de afeitar es cuanto Vd. ansía. Pruébela por nuestra cuenta. Le convencerá con 7 afeitadas gratuitas. Sírvase enviarnos este cupón hoy mismo.

SINTONICE — Audición Palmolive
Todos los días a las 21 horas (menos domingos) L. R. 4. — Radio Splendid —
3 grandes orquestas:
TIPICA, JAZZ y CLASICA
Programas interesantísimos

$ 1.40 el tubo grande en la Capital.

GRATIS Colgate-Palmolive-Peet Ltda., 1997, Sgo. del Estero, Bs. As
Sírvanse enviarme 1 muestra gratis de Crema de Afeitar Palmolive. Incluyo 5 centavos para franqueo.
.....
.....
M A

CREMA DE AFEITAR PALMOLIVE

Todos ambicionan progresar

Algunos, malgastando sus energías en trabajos fútiles y de rendimientos problemáticos; otros, esperanzados en los futuros ascensos que una persona influyente puede hacerles obtener; los más, renegando de su poca suerte a la cual hacen responsable de que su porvenir se presente obscuro. Pues bien, todos estos están equivocados, pues sólo el ESTUDIO y LA PERFECTA PREPARACION en un ramo determinado le facilitarán los medios indispensables para llegar directamente al EXITO. Los modernos métodos de estudios por correspondencia que distribuyen ampliamente por todo el mundo las ESCUELAS INTERNACIONALES, permiten, con pocas horas diarias de dedicación y sin descuidar sus actuales ocupaciones, obtener un título en los diversos ramos que en el cupón adjunto se detallan.

Llénelo, envíenoslo y recibirá informes satisfactorios.

Entre los 150 cursos que enseñamos figuran: Comercio y Propaganda, Banca, Técnico en construcción, Ayudante de constructor, Contabilidad, Taquigrafía, Electricidad y Vapor, Ingeniero Electricista, Maquinista Ferroviario, Matemáticas, Dibujo Mecánico, Ingeniería Civil, Ingeniería de Ferrocarriles, Topógrafo, Automóviles y Motores de Explosión.

IDIOMAS: Inglés, Francés y Español con equipo fonográfico para imprimir las lecciones.

Envíenos hoy mismo este cupón y con los informes recibirá nuestra revista "La Tenacidad".

Escuelas Internacionales
(International Correspondence Schools)
Av. de Mayo, 1396 — Buenos Aires
(Scranton - Londres - París - Madrid)

NOMBRE.....

DIRECCION.....

M. A. 7272

EL SOLITARIO

En una caverna de las sierras de Córdoba vive un solitario que se dedica a tallar curiosas cabezas en madera dura. Vende sus obras a los turistas. Un asaltante le roba sus ahorros y desaparece. El profesor Doremi se encarga de descubrir lo que haya podido ocurrirle, y cuando aclara el misterio, el solitario encuentra la muerte en forma inesperada.

Soy el profesor Doremi.

El solitario, sentado a su mesa, trabajaba con afán en su interminable oficio de esculpir pequeños cráneos utilizando tronquitos y nudosidades de madera dura. Era un tipo de extraño aspecto, tan extraño como la especie de gruta que habitaba y que constituía su taller. Barbudo, moreno, de hirsuta pelambre, en sus ojos se reflejaba una expresión de astucia que, ciertamente, no contribuía a granjearle las simpatías de nadie.

Sus vestidos, si tal podían llamarse, eran puros andrajos ceñidos a la cintura por una correa. En la caverna imperaban el desorden y el desaseo; cajones viejos y pedazos de tablas constituían todo el mobiliario. En un rincón una estufa deteriorada infectaba todo de humo.

En silencio, el solitario cincelaba la horrible máscara de una calavera del equivalente a la tercera parte de su natural. Contempló su obra con satisfacción.

— Caras bonitas — murmuró. — Caras bonitas para mis clientes. Todas las caras, todos los rostros son simples calaveras. Yo las veo como huesos y nada más.

De repente la puerta desvencijada se abrió, chirriando sobre sus goznes enmohecidos. Un hombre entró. Llevaba un revólver en la mano.

— ¡Arroje ese cuchillo! — ordenó una voz recia.

Hubo un duelo de miradas. Lentamente la mano del escultor se movió para obedecer y vaciló un momento. El otro hombre sólo se movió para manejar su arma. El solitario titubeó y pareció convencerse, de que estaba derrotado. Arrojó el cuchillo al suelo y el otro hombre lo recogió.

— Estoy apurado — masculló. — Entrégueme todo el dinero que tenga. Sí; sé que lo tiene. ¡Pronto!

— No tengo dinero — gritó atemorizado el solitario. — Ya ve usted lo pobre que soy. No tengo nada.

El otro cambió de mano el revólver, e, inclinándose, descargó un golpe tremendo con la culata sobre el cráneo del solitario, que se dobló en dos y cayó, arañando inútilmente la mesa.

Los ojos crueles del intruso recorrieron la pieza. Luego se acercó y extrayendo una soga del bolsillo ató las manos y los pies de su víctima indefensa. Después, lanzando un terno la apoyó contra la pared, abrió la puerta de la estufa de una patada y enterró una barra de hierro entre los tizones. El anciano permanecía inmóvil.

Pasaron dos minutos. El asaltante se apoderó del hierro enrojecido y lo acercó a la nuca del solitario. La víctima se retorció en atroz agonía y lanzó un grito de angustia.

— ¿Va a hablar ahora?

El sudor inundaba el rostro del solitario, marcando surcos en la mugre que lo cubría.

— Sí; sí. Le voy a decir todo, pero, por favor, no me mate — gimió.

— Bien. Veamos. ¿Dónde está el dinero?

— Debajo de esa piedra... Atrás de la estufa.

El bandido tomó una pala rota que había a sus pies y levantó la losa que se le indicara. Gruñó, se agachó y sacó de la cavidad puesta al descubierto una vieja caja de tabaco de respetable tamaño. La abrió con rápidos movimientos, mientras decía:

— No mentías, viejo cochino. ¡Ajá! Billetes de diez. De cincuenta. De cien... Está bueno; hay bastante. — Se metió todo el dinero al bolsillo. El solitario parecía extenuado. Dolorido, cerró los ojos y rogó:

— Me muero. ¡Aire! Un poco de aire... La ventana... Por favor, abra esa ventana. Tire esa cuerda y se abrirá... Por amor de Dios, aire...

Parecía a punto de desmayarse. El bandido lo contempló un rato, se encogió de hombros y de un tirón abrió la ventana. Una ráfaga de aire nocturno, puro y fresco penetró por la ventana. Rezongando, el asaltante se volvió y se marchó.

El profesor Miguel Doremi sentado en su estudio, meditaba. Era bajo y fuerte, con cara de luna llena y mofletes colorados. Tenía una frente alta y bien formada y en sus ojos azules brillaba un destello de inteligencia. Vestía breeches, medias de golf y zapatos con suela de goma.

Llamaron a la puerta y la mucama entró a anunciar un visitante.

El profesor indicó una silla a su visitante, que la ocupó y dijo:

— Tal vez usted no me recuerde. Soy Vicente Scaretti. Lo vi a usted en el tribunal..., pero tal vez usted no me observó. En el asunto Maggi-Toscano...

— ¡Ah, sí! Lo recuerdo a usted, señor Scaretti. ¿Qué se le ofrece?

El visitante parecía incómodo.

— Vea, profesor, ¿podría usted olvidarse de que militamos en campos opuestos? Existe una razón poderosa para que yo le haga ese pedido.

— Explíquese. Sírvase un cigarro.

Scaretti, con muestras de nerviosidad, encendió el puro y volvió a hablar:

— Este... Bueno, el asunto es así. Necesito alguien en quien poder confiar. Se trata de algo serio.

— ¿Qué es?

— Mi hermano, Antonio, se ha perdido. Usted, tal vez no lo conozca. No nos llevamos muy bien, pero tengo que cuidarlo y vigilarlo. Es tonto de nacimiento y no andaría bien con mis camaradas.

— ¿Qué le ha sucedido?

— Ha desaparecido. No sé nada más que eso. Su auto se encontró abandonado en el campo, frente a una chacra. Nadie sabe cómo pudo llegar hasta allí.

— ¡Ajá!... Siga, nomás.

— Eso es todo. El auto abandonado. Antonio desaparecido..., y... Vea, profesor, yo desearía que usted se encargara del asunto. Sé que usted es capaz de investigarlo y aclararlo. Le pagaré cien pesos por día.

El profesor Doremi estudió al pistolero y le preguntó:

— ¿Qué andaba haciendo su hermano?

— Maldito si lo sé. Las últimas noticias que tuve de él fueron de Córdoba. Estaba allí.

— No es mucho como dato para una investigación. Me ocuparé, sin embargo, del caso. Necesito un poco de descanso. En realidad estoy de vacaciones. Mañana mismo me iré a Córdoba.

Scaretti le entregó una tarjeta y algún dinero al profesor, quien se los guardó en un bolsillo, sin contar la cantidad. El bandido le clavó su mirada penetrante, lo escrutó por breves segundos y se marchó sin agregar una sola palabra. El profesor no se había movido.

Tomando la barra de hierro enrojecida, el asaltante la aplicó al cuello del solitario.

Cuarenta y ocho horas después, el alegre profesor aceleraba su roadster en camino al Norte. Desde Córdoba se dirigió a Alta Gracia. En las afueras del pueblo se detuvo en un almacén de campaña para preguntar una dirección. Pocas leguas más allá frenó frente a una chacra. Un hombre acudió a recibirlo.

— ¿Es usted don Ramón Perisena? — preguntó el profesor. — Mi nombre es Doremi. He venido para realizar algunas investigaciones sobre un auto que se encontró abandonado

DE LA CAVERNA

Por H. J. SHUMWAY

aquí la semana pasada. Represento al hermano del hombre que lo poseía.

—¡Ah! —respondió el chacarero. Sé muy poca cosa sobre eso. Una mañana me encontré ese auto abajo de aquel árbol. Eso es todo.

—¿Dónde está ahora?

—En el galpón. Lo empujamos hasta allí.

—¿Lo hicieron marchar?

—No; le faltaba la llave.

—¿Nadie oyó nada en la casa?

—Absolutamente nada. Y es raro, porque mi mujer, Juana, estuvo despierta toda la noche, con un dolor de muelas terrible.

—¿Puedo verlo?

—¡Cómo no! Venga usted.

El profesor examinó el vehículo cuidadosamente, pulgada por pulgada y terminó recogiendo dos pequeños objetos que guardó en su bolsillo: un pedazo de hilo marrón y una viruta de madera.

El profesor regresó al pueblo lentamente.

—Es extraño —monologaba. —Supongamos que Scaretti vino solo por el camino; no es posible que haya desaparecido sin dejar rastro... Si alguien lo acompañó y lo obligó a bajarse... para asesinarlo, por ejemplo, el auto no debió quedar allí.

"La chacarera no oyó nada. No hubo, pues, ruido. Entonces, ¿por qué se bajó aquí Scaretti si estaba solo? El asunto es bastante embrollado. En fin, confiemos en la suerte para desentrañarlo.

El roadster del profesor rodaba ya fuera del pueblo, en plena sierra. No se veía a nadie en el camino. De repente divisó una huella que se apartaba y una débil columna de humo que ascendía de entre unas matas al pie de un barranco pedernoso. El profesor detuvo la marcha.

—¡Qué sitio para vivir en él! —musitó. —Pero no veo la casa. A ver; allí hay un letrero: "El solitario de la caverna." ¿Qué diablos es esto? ¿Hasta los solitarios recurren al arte de la propaganda? Sigamos.

Quiso poner en movimiento el motor, que se había detenido por completo, y al agacharse a empujar la palanca miró hacia adelante. El camino daba una serie de vueltas inverosímiles. Las siguió despacio, y al llegar a lo más alto de una subida se detuvo otra vez y miró a todas partes. Con gran sorpresa comprobó que estaba casi frente a la casa de Perisena. Sus ojos brillaron.

—¡Mi buena estrella no me abandona! Aquí hay algo. Tal vez no signifique nada, pero es indudable que el auto fué empujado ladera abajo y no manejado. ¿Quién pudo hacer eso? Evidentemente sólo una persona que no entienda nada de autos. Así es que todo lo que tengo que hacer ahora es encontrar a esa persona.

Regresó por el mismo camino hasta estar otra vez frente al letrero.

Dejando el auto a un lado del camino avanzó por la huella. A poco andar llegó a la caverna. Sus pasos habían sido oídos; un hombre abrió la puerta y le preguntó con brusquedad:

—¿Qué busca aquí?

El profesor se mostró jovial y asumió el tono despreocupado del turista:

—Nada; vi su letrero y llegué hasta aquí. Ando recorriendo la sierra, haciendo un poco de turismo. ¿Tiene usted para vender algunas tarjetas postales de su casa?

—No —respondió el solitario, —pero tengo cabezas talladas en madera. A veces las vendo.

—¡Qué bien! Permítame verlas.

—Bueno, espérese aquí. Voy a traer algunas.

—Me agradaría conocer el interior de su caverna.

—Eso sí que no. Nadie ha entrado nunca. No lo permito. Espere aquí, si quiere.

El profesor no insistió, y a poco el solitario regresó trayendo tres de sus curiosas tallas en madera. Doremi exclamó:

—¡Son notables! ¿Cuánto pide usted por ellas?

—Tres pesos por cada una.

—Le compro las tres. ¡Qué hermosa màdera! ¿Cómo se llama?

—Tarco. Es la única que sirve. Nunca empleo otra.

—Rostros bonitos; eso es lo que quieren mis clientes.

El solitario se mostraba ansioso por librarse de él, lo que lo obligó a retirarse muy a pesar suyo.

—Doremi—iba diciéndose el profesor mientras se dirigía a su auto, —me parece que entreveo la solución del lío. Ese buen solitario, si no me equivoco, es el que empujó el auto cuesta abajo. La viruta es una prueba preciosa, porque precisamente es de madera de tarco. Y el hilo que encontré es del mismo género burdo del saco del tallista. Y es natural que un tipo tan hosco y arisco ignore el manejo de vehículos mecánicos. Me interesa extraordinariamente visitar el interior de esa caverna. Ya veremos cómo se hace.

Al día siguiente el profesor volvió a rondar el habitáculo del solitario. A unos trescientos metros, cerro arriba, encontró un árbol de grandes dimensiones y empezó a trepar por las ramas. Una vez arriba, valiéndose de un par de anteojos de campaña, se dedicó a observar con toda pachorra y mayor paciencia. Sonrió satisfecho del resultado, y dijo en alta voz, como si alguien pudiera escucharlo:

—Me parecía que debía haber una claraboya. ¡Muy bien! Veamos si es posible entrar por el techo... ¡Ya veo! Ese espinillo que está ahí, detrás de la especie de pared de piedras que ha formado el ocurrente ermitaño, me permitirá alcanzar hasta la claraboya. ¡Magnífico! ¡Adelante!

Descendiendo del árbol se ocultó entre las rocas, encendió su pipa, sacó un libro del bolsillo y esperó que cerrara la noche. Serían, más o menos, las 21 horas cuando inició el avance. Caminaba con infinitas precauciones, alumbrándose de cuando en cuando con una linterna eléctrica. Ya llegaba a la meta, cuando tropezó con una rama seca.

—¡Maldición! — exclamó el profesor, y abandonando toda cautela se lanzó con agilidad hacia adelante, subió al techo y buscó la forma de abrir la claraboya. Fué fácil; la ventana cedió... Miró hacia el interior. La puerta estaba abierta. Oyó rumor de pasos... Un grito espantoso rasgó el silencio de la noche. Doremi se agachó y alumbró con su linterna el interior de la habitación. No había nadie. ¿Qué sucedía?... Misterio. Sin embargo llegaban a sus oídos gemidos ahogados. ¿Qué podía ser? Bajó del techo, revólver en mano, por la claraboya al interior. Sí; la puerta estaba abierta y no se veía al solitario por ninguna parte.

¡Otra vez los gemidos! Ahora parecían venir de afuera, de debajo tierra. Siguió la senda que conducía al camino, alumbrándose siempre. A unos veinte metros se detuvo sorpren-

dido: en medio del camino se abría un agujero enorme y negro. ¡Pero aquello no estaba ahí el día anterior!... Indiscutiblemente los gemidos provenían de ahí. Dirigió el haz de luz al fondo del pozo, que tenía varios metros de profundidad. Las paredes eran verticales y muy lisas. Doremi se tendió de bruces y tocó con su mano libre: eran de madera bien cepillada. En el fondo algo se movía y se quejaba. Debía ser un hombre; el solitario, tal vez.

—¡Hola! —gritó el profesor. —¿Se ha lastimado usted?

Sólo le respondió un gemido, pero el bulto se movió y una cabeza se levantó trabajosamente: era el solitario. Habló con dificultad:

—Mi pierna... Está rota. ¡Ay!

Doremi pensó. ¿Qué debía hacer? Ante todo, ir en busca de auxilio, pero le interesaba averiguar algo primero.

—¿Dónde está Antonio Scaretti, el hombre cuyo auto hizo rodar usted hasta abajo?

La respiración estertórea del herido se interrumpió. Con gran esfuerzo habló:

—Aquí; abajo de estas piedras. No puedo más. Sáqueme de aquí, por favor. Yo lo maté a pedradas. Me robó y casi me mató...

Hubo una pausa. El solitario se quejaba, pero luego prosiguió:

—Yo lo embromé. Al abrirse la claraboya, también se abre esta trampa. Yo la inventé por temor a los ladrones. Cuando él se iba le pedí que tirara de la soga para darme aire. Lo hizo, y cayó en la trampa. Se llevaba mi dinero; mis ahorros de muchos años... Me desmayé, porque él me había golpeado en la cabeza. Además me dejó atado. Reaccioné y pude librarme de mis ligaduras. El ladrón estaba aquí, en el pozo. Me pidió perdón y que lo salvara. Yo bajé una cuerda y le dije que me devolviera mi dinero, que guardaba en una caja, que después lo salvaría... Ató la caja a la punta de la cuerda. Pero yo no lo salvé. Podía estar armado o volver a asaltarme. Entonces busqué piedras y lo maté a pedradas. Gritaba, pero como era de noche y este sitio es muy solitario, nadie lo oyó. Está enterrado en el fondo, bajo las piedras. Encontré el auto en el camino. Podía servir de indicio. No lo sabía manejar, pero toqué una palanca que aflojó los frenos y entonces lo hice rodar cuesta abajo...

—Y, ¿cuando yo abrí la claraboya usted cayó en la trampa?

—Sí. Me asusté y quise huir cuando usted hizo ruido, y huí. No vi la trampa abierta y caí.

—Bueno, voy en busca de ayuda para sacarlo. ¿Me oye?

No hubo respuesta. Doremi fué hasta el camino. Según su costumbre, iba monologando:

—¡Hum! Me parece que el asunto ha terminado con la muerte de los dos. Tal vez sea mejor así, porque valían bien poco... No me parece, sin embargo, que le agrade mucho a don Vicente Scaretti.

¿ SUICIDIO O DOBLE...

(Continuación de la página 27)

—Lo haré, ¿por qué no? Están ustedes en su derecho.

Hizo una pausa que duró algunos instantes como para considerar la manera más a propósito de iniciar la explicación. Dale la miraba desde su asiento, maravillado ante el dominio de sus nervios. Ocultaba hábilmente toda traza de amargura y dolor que esta segunda tragedia de su vida debía haberle causado.

—Tendré que remontarme a hechos acontecidos hace muchos meses... La señorita Cruz y yo nos encontramos varias veces en fiestas y en paseos y éramos muy amigas. A menudo estábamos juntas. Hace ya bastante tiempo, durante una velada, conversábamos, y entonces me señaló a mi esposo, que en aquel momento bailaba con otra dama. Me aconsejó que lo cuidara mucho, pues de lo contrario lo perdería. Riendo le contesté que tenía fe en él. Entonces, en tono de broma, me propuso apostar una caja de bombones a que me lo arrebataría. Continuando la broma acepté.

La señora Velaz hizo una pausa.

—Confiaba ciegamente en mi esposo. La apuesta de la caja de bombones la hice porque me pareció una broma, aunque seriamente habría dado mi vida por él. Entonces, al arrebatármelo ella, yo perdí. Recordé la apuesta y la pagué. Cuando uno pierde una felicidad tan grande no puede vengar su dolor en una simple caja de bombones...

Cuando la señora Velaz hubo partido, Blake y Robin Dale permanecieron silenciosos, profundamente impresionados por la enorme tragedia que se traslucía en aquellas últimas palabras.

Ambos detectives salieron a almorzar y regresaron a las dos de la tarde. Apenas habían llegado, un ordenanza anunció que una señorita cuyo nombre era Estrella Hortal deseaba hablar a Blake, sobre el asunto de Sara Cruz.

Una mujer bonita y joven y lujosamente vestida entró. Parecía nerviosa y tenía el rostro pálido.

—Soy Estrella Hortal, novia de Gregorio Bernárdez —comenzó.— Tengo entendido que Gregorio ha sido citado en este sitio a las tres de la tarde. Mucho me temo que haya ciertas cosas que él no querrá explicar por causa mía. Pero a menos que conozca usted la completa verdad, la sospecha recaerá sobre él, y eso es absurdo.

La joven sacó un pequeño pañuelo de su bolso y limpió sus ojos humedecidos por las lágrimas.

—Hubo una época en que Gregorio llegó a entusiasmarse con Sara y cometió la torpeza de pagarle algunos gastos. Ella poseía dos o tres cheques que él le había dado, e intentaba utilizarlos como un medio para poder sacarle más dinero. Gregorio, como ustedes saben, heredó una gran fortuna de su padre. En resumidas cuentas, ella pretendía extorsionarlo. Gregorio me confesó todo ahora, y yo... lo amo lo suficiente para perdonarlo todo. Por eso he venido aquí. La noche del crimen él fué a la habitación de Sara por última vez. Ella insistió en exigirle una crecida suma de dinero. Le dió de plazo hasta la medianoche para que se lo entregara, so pena de entregar los cheques a los periódicos y estropear así la carrera de Gregorio. Ambos sostuvieron una escena violenta. Después de la cual Gregorio partió y volvió a medianoche con el dinero, para dárselo, pero no pudo verla.

—Señorita Hortal, ¿estuvo usted en el departamento de Sara Cruz aquella noche, temprano? —preguntó Dale súbitamente.

—¡Sí, estuve!—contestó Estrella con prontitud.—Fuí allí para rogarle que desistiera de sus propósitos, ya que sólo en sus manos se encontraba la felicidad de Gregorio y la mía propia. Pero no tuve éxito...

La joven se levantó. Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Extendió la mano a Blake y con una sonrisa leve y triste se marchó.

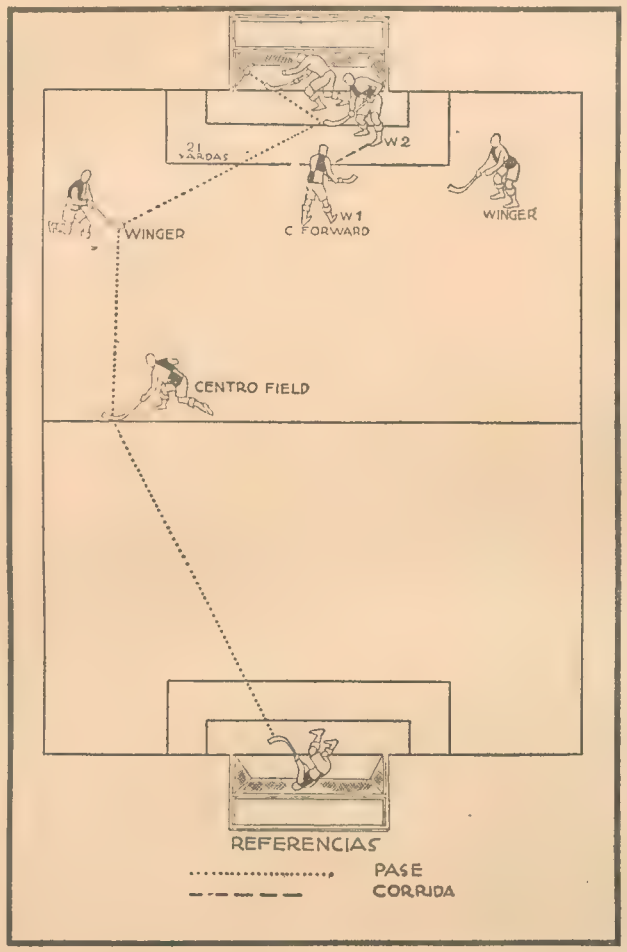
Quedaba aún media hora de tiempo para la llegada de Gregorio Bernárdez. Ahora era más evidente que nunca que no se trataba de un suicidio. Sin embargo, las cosas no parecían haber adelantado mucho. La manera cómo se habían producido ambas muertes era completamente inexplicable. Lentamente, los treinta minutos transcurrieron. Acababan de dar las tres, cuando fué anunciada la llegada de Gregorio Bernárdez. Fué su testimonio el que finalmente dió la certeza de que se trataba de un doble crimen el hecho ocu-

(Continúa en la pág. 59)

MI JUGADA FAVORITA

Por SANTIAGO WALSH

El hurling es un deporte de gran movilidad y de acciones emocionantes por la vivacidad y rapidez que le imprimen los jugadores de cada equipo, que en total están constituídos por quince hombres, entre los cuales debe reinar la concepción de las combinaciones para el logro de sus finalidades. Aun cuando tiene gran semejanza con el hockey, difiere en muchos puntos técnicos. Es de origen irlandés, y en nuestro país puede decirse que sólo miembros de esa colectividad lo practican, aun cuando en los últimos años se aprecia que también los criollos comienzan a practicarlo, puesto que los cuadros que disputan anualmente el campeonato que organiza la Federación Argentina de Hurling, están todos integrados por elementos netamente argentinos.



Santiago Walsh, criollo, hijo de irlandeses, es uno de los jugadores más populares de este sport. Hombre de 29 años, practica el juego desde su niñez, y es considerado entre los más técnicos. Jugador internacional desde 1919, es también desde hace más de diez años el scorer de cada temporada, lo que confirma sus prestigios de hábil y efectivo centro forward. En la actualidad capitanea el equipo de Irish Argentine, que acaba de conquistar por primera vez el campeonato oficial, desplazando así al de Capilla Boys que durante muchos años lució el título de campeón argentino.

La jugada que más le satisface realizar, la relata en los términos siguientes.

"Mi jugada favorita consiste en lo siguiente: Cuando el goalkeeper realiza un tiro libre desde su arco, ya sea por ofsside u otra infracción técnica a las leyes del juego, lo hace siempre por elevación y a uno de los costados de la cancha, en donde el centro field trata de apoderarse de la pelota con la mano. Dueño de ella y luego de hacerla llegar al suelo, le aplica merced al palo (caman), un medido golpe y la envía por el costado del field hacia el winger, quien apostado entre el área de las 21 yardas y el costado de la cancha, trata de entrar en posesión de la pelota, y para ello se desplaza con gran velocidad en dirección a la trayectoria que la pelota lleva, y sin detenerla y a toda carrera, le aplica un fuerte shot cruzándalo al centro de la cancha y sobre el área peligrosa. Situado yo en el mismo centro del área de las 21 yardas y cerca del límite de ésta, he seguido sin perder detalle y siempre a la expectativa la jugada e intervención de mis compañeros en la misma, de manera que cuando el winger consiguió cruzarla hacia el lugar que yo ocupo, corro unas yardas y voy en busca de la pelota a toda carrera con el palo listo para aplicarle un shot, lo que debo realizar sin que ésta alcance a detenerse, vale decir, debo tomarla en su trayectoria. Si el shot fué aplicado con justeza y efecto, la pelota cruza inevitablemente el arco, y el goal queda señalado, puesto que mis shots siempre trato de ejecutarlos con efecto a fin de que la pelota llegue al alambre por el costado libre que pueda dejar el goalkeeper.

"Nunca conviene detener la pelota del shot del winger, para después realizar el tiro final al arco, porque con ello se pierde tiempo, y da lugar a que los rivales pueden intervenir con éxito anulando todo intento. Mas, si como digo, mi tiro final resulta certero, el tanto es seguro, pero si yerro el shot, la pelota seguirá su trayectoria, y entonces aún existen probabilidades de que alguno de mis compañeros logre rematar el avance con éxito, y en especial el otro winger que también ha seguido de cerca las acciones de ese ataque. Tal la jugada que más me satisface realizar, por la rapidez de las acciones y la exactitud de los shots necesarios para cristalizar el avance."

LA QUE TODO LO DIO

(Continuación de la página 30)

Muy tarde, esa noche Ana María se despertó al oír el timbre. Cuando abrió la puerta, se encontró con su amiga Margot.

—No puedo entrar, querida: ¡no puedo dedicarte más que un minuto! —Margot estaba casi sin aliento y sonreía al hablar. — He venido a despedirme. ¿Adónde crees que me voy? ¡Al Azul! Mi estanciero pensó que podría venir hasta aquí para casarse, pero resulta que esta noche me llamó por teléfono pidiéndome que fuera al Azul, que nos casaríamos allá, por cuanto le era materialmente imposible llegar hasta aquí; así que me voy. ¡Ana María, estoy contenta!

Se besaron con cariño y ambas derramaron lágrimas. Margot se apartó para irse, pero Ana María la llamó.

—Espera un segundo, Margot. ¿Quién ocupará tu puesto en el escritorio de Nesbit?... Tengo que volver a trabajar y sé que Nesbit me pagará mejor sueldo que ninguno, ya que conoce bien mi trabajo. Jorge me ha dejado...

—¿Otra vez? ¿Qué le pasa ahora?

Ana María se encogió de hombros.

—No sé. Tal vez demasiadas diversiones y demasiados amigos. Tú sabes cómo es Jorge... Pero uno de estos días tal vez se dará cuenta de su error y todo se arreglará.

—Eso lo dices siempre — le dijo Margot, algo fastidiada. — No sé cómo puedes continuar teniendo fe en él, tratándote como te trata. ¿Por qué no te decides y lo dejas de una vez por todas? Puedes venirte conmigo a la estancia y empezar una vida nueva.

—No puedo, Margot. No tengo dinero para trasladarme allá con mi hijito. ¡No tengo ni un centavo! ¿Me harías un gran favor, Margot? Quisiera que mañana antes de irte, hablaras con Nesbit y le pidieras si yo puedo ocupar tu puesto en el escritorio. Puedes explicarle mi situación. Quizá no debiera pedirle empleo, pero ahora solamente pienso en mi hijo. Tengo que tratar de criarlo lo más decentemente posible y darle educación con mis propios medios.

Al día siguiente, Margot le habló por teléfono.

—Recién acabo de decirle al señor Nesbit que me voy y que tú desearías volver. Tú sabes que la compañía tiene por norma no emplear a mujeres casadas; así que tuve que explicarle que estás separada de Jorge. Me dijo que fueras a verlo el lunes por la mañana.

Ana María se quedó largo rato junto al teléfono después de haber colgado el receptor. Algo que su madre le había dicho hacía muchos años vino a su recuerdo.

—Nunca me aflijo mucho por lo que pueda suceder, Ana María — habíale dicho. — Dios nunca cierra una puerta sin antes haber abierto otra.

Hasta ese momento ella no había podido comprender el significado de esas palabras. Había querido decir que las tribulaciones no son infinitas siempre que se tenga fe, fe en que todo habrá de arreglarse tarde o temprano. Y como para probar esto, ahí estaba el camino abierto a la oficina de Nesbit, cuando los otros caminos de la vida parecían cerrarse ante ella; cuando Jorge la había abandonado, rehusando mantenerla; cuando su suegra se había ido también, dejándola sola para hacer frente al problema de buscar empleo y cuidar al mismo tiempo a su hijito.

—¡Gracias, Dios mío, por la ayuda que me brindas! — dijo Ana María en voz alta. — Con su sueldo de secretaria podría pagar una niñera para que cuidar de Jorgito y mantenerse ella.

El lunes a la mañana llevó a Jorgito a la casa de la señora López y lo dejó mientras ella iba al escritorio de Nesbit.

Al tomar el ascensor que la conduciría a la Compañía Mercantil Nesbit, se sintió oprimida por la angustia. ¡Cuántas veces había descendido feliz en ese ascensor para encontrarse con Jorge, que la esperaba sonriente, en su pequeña "voiturette"!... ¡Cuántas tardes había pasado allá arriba, bordando su ajuar de novia y escuchando las conferencias que le daba Margot sobre los compromisos largos!... ¡Cuán hermosa había sido la vida entonces y cuánto más hermosa prometía ser una vez casada!...

— Ha sido muy hermosa en parte — decíase. — Ha habido momentos en que he sido más feliz de lo que lo son muchas mujeres durante toda su existencia...

Cuando hubo descendido del ascensor, se quedó unos minutos tratando de tomar coraje antes de presentarse en el escritorio. Necesitaría mucha fuerza de voluntad antes de abrir la puerta para entrar en el escritorio. Allí debía encontrarse con sus antiguos compañeros y con Nesbit, todos ellos enterados de su fracaso. ¡Ella, que había sido como un rayo de sol en la oficina, volvía después de pocos años, fracasada de la vida, a solicitar de nuevo su empleo!

Hasta ella llegaban los rumores característicos: el repiqueteo de las máquinas de escribir y la campanilla del teléfono, como una música que hubiera oído hacía mucho tiempo, cuando era más joven y más feliz...

Abrió la puerta y entró.

— El señor Nesbit la espera. ¿Quiere pasar a su escritorio? — díjole un empleado suavemente, casi con dulzura.

— Buenos días, señor Nesbit — díjole con calma, tomando asiento cerca de su mesa. Su mente estaba concentrada en el puesto que iba a solicitar. Olvidó en ese momento de ansiedad que el hombre que tenía delante habíale pedido que fuera su esposa. — Margot me ha dicho que tal vez usted me concedería el empleo que ya una vez desempeñé, señor Nesbit.

— No está usted afligida por eso, ¿verdad? Usted sabe que puede volverlo a ocupar. Es suyo. Lo único que hay que arreglar es el sueldo y la fecha en que usted puede hacerse cargo de él.

El se echó atrás en su sillón y se quedó observándola con sus ojos llenos de inteligencia. Bajo su mirada, Ana María empezó a sentirse molesta, pues sabía que sus guantes estaban gastados y su sombrero había pasado de moda.

—¿Le parece bien que empiece a trabajar el próximo lunes? Tengo algunas cosas que hacer durante esta semana. Voy a dejar mi casa para volver a la antigua pensión con mi hijito, y tendré que buscar a alguien que me lo cuide mientras yo estoy trabajando. ¿Estaría dispuesto a pagarme mi sueldo anterior?

— Había pensado en un sueldo inicial de trescientos pesos. Puede comenzar el lunes próximo.

Se levantó. La entrevista había concluído.

Ana María se puso de pie y le extendió la mano.

— Muchas gracias — murmuró. — No esperaba recibir un centavo más que mi sueldo anterior. Vuelvo a darle las gracias, señor Nesbit. Hasta el lunes.

El le tomó la mano y se la estrechó con fría cortesía. Era el señor Nesbit que ella había conocido durante cuatro años en su oficina. Y Ana María estaba contenta de que así fuera.

Todo estaba bien, excepto para la madre de Jorge. Regresó de Montevideo quince días después que Ana María había comenzado sus tareas en el escritorio, y fué directamente a la casa de la señora de López. Ana María, desde su habitación, la oía hablar con la señora de López; tenía una voz tan fuerte, que se la oía por todas partes.

—¿Dónde está mi nene? ¿Adónde está el nene de Nana? — le preguntaba al niño, apretándolo contra su cuerpo.

—¡Qué criatura preciosa! — díjole la señora de López.

—¡Hermosa! — contestó la abuela. — Es una desgracia; pero cuando la madre deja al padre, son siempre las criaturas las que sufren...

Ana María iba a interrumpirle para decirle que no había sido ella quien lo había dejado a Jorge, cuando la señora de López comenzó a hablar con brusquedad.

— Usted ha de saberlo por experiencia, señora... Usted también abandonó a su esposo, ¿verdad? — Y salió de la habitación.

— Creí que tendrías todo listo para que yo me mudara, Ana María — le dijo, tan pronto como hubo salido la señora de López. — Mucho me sorprendió ver, al entrar en el departamento, que te habías llevado tus cosas, dejando lo demás tal cual estaba.

Su boca se contrajo en un gesto de desagrado.

— Creo haber dejado todo en orden — se defendió Ana María. — Hubiera querido hacer embalar los muebles, pero no tenía dinero para hacerlo. Jorge me dejó sin un centavo, y me dijo que no me daría dinero hasta que yo solicitara el divorcio. Tuve que emplearme tan pronto como me mudé aquí, y pude conseguir una niñera.

—¿Trabajando? — dijo la madre de Jorge frunciendo las cejas. — ¿Dónde conseguiste empleo?

— He vuelto a lo de Nesbit. Margot se casó y dejó el puesto vacante; así que yo estoy allí.

—¡No puedo comprender cómo has podido hacer eso, Ana María! Ni puedo imaginarme lo que pensará Jorge cuando se entere. Sabes qué celoso estaba de ese señor Nesbit... Yo misma no sé qué pensar de ti. ¡Una mujer casada, que va a trabajar en el escritorio de ese hombre!

—¡No se atreva a hablarme así! Usted sabe muy bien que Jorge no tuvo jamás ningún motivo para tener celos de ese hombre, ni de ningún otro que yo conozco. ¡No estaría trabajando para Roberto Nesbit si no fuera que su hijo me ha dejado sin un centavo! Si no fuera así, estaría aquí tranquila, cuidando de mi hijo como debiera estarlo, en vez de tener que salir a trabajar.

— Tendrás necesidad de trabajar, pero no hay ninguna necesidad para que trabajes en lo de Nesbit — le dijo con firmeza. — Y si eso es lo que insistes en hacer, no lo culpo a Jorge de querer divociarse...

Era inútil tratar de discutir con ella. Siempre iba a creer lo que ella quería sobre Jorge. Siempre había sido así, y continuaría siéndolo. Ana María lo sabía muy bien.

— Está bien. Si eso es lo que usted quiere pensar, no puedo decir nada más — le respondió. — Pero si usted o Jorge pueden encontrar un empleo donde yo pueda ganar trescientos pesos como sueldo inicial, estoy dispuesta a dejar mi empleo en la Compañía Mercantil Nesbit. ¡Sólo Dios sabe que lo haría con gusto! Puedo decirle que no es nada agradable para mí tener que trabajar junto a mis compañeros de antes, sintiendo a cada instante sus miradas de conmiseración...

(Concluirá en el número próximo)

...y cuando el habitante del País Donde no Existe la Luna compareció de nuevo, tenía en vez de una nariz, dos...

CUENTO PARA LOS NIÑOS

EL REY QUE TENIA UNA MANO NEGRA Y OTRA BLANCA

HABIA una vez un país, entre todos los países de la tierra, donde el rey tenía una mano negra y otra blanca. Con la mano negra pegaba y con la blanca acariciaba, y todos sus súbditos, que eran millones, deseaban ardientemente que algún hada buena, de esas que nunca faltan, pero que hay que buscarlas empeñosamente, trocase su mano negra en una del color de la azucena, pues la felicidad sería entonces completa dentro de las fronteras del reino.

Pero el rey que tenía una mano negra y otra blanca hubiera deseado, en cambio, tener negras las dos. Tan era de violento su carácter y tanto le gustaba mortificar a los demás. Su propia hija, la princesa Matamoscas, era una víctima de su mal humor. Por ese nombre la conocían en todas partes y hasta en los países más lejanos, donde llegaban noticias de las excentricidades del monarca, porque éste la obligaba todo el día a estar matando, con una pantallita, las moscas de colores que se introducían en su alcoba o que zumbaban alrededor de su cabeza coronada.

Y, más de una vez, cuando estaba en su trono contemplando los torneos en que los caballeros armados lucían sus habilidades, la princesa, a quien rendían culto fervoroso todos los palaciegos y los que no lo eran, pues su corazón era tan noble como hermoso su rostro, escuchaba la orden temida, que la llenaba de confusión:

—Mata esa mosca.

Y como el monarca no permitía que nadie, por solícito que fuera y por buena voluntad que tuviese la matase, su hija debía apresurarse a cumplir la orden.

A pesar de los continuos bochornos a que la exponía su padre, lo quería entrañablemente. Bien sabía ella que el día en que se negase

(Continúa en la pág. 60)

"Mundo Argentino" hace dos preguntas a las JUGADORAS EXTRANJERAS

En vista del extraordinario interés despertado por la visita al país de las campeonas de tennis alemanas y chilenas que son nuestras huéspedas, "Mundo Argentino" las ha entrevistado para formularles dos breves preguntas. De sus respuestas se desprende la impresión que les ha causado nuestra ciudad, y su opinión sobre el tennis local es por todos conceptos interesante.

La campeona chilena, Ana Lisana, atiende nuestro llamado telefónico y no tiene inconveniente en prestarse al reportaje a través de la distancia.

—No hemos podido encontrarla en todo el día, señorita, y deseamos que usted nos responda a dos preguntas.

—Háganlas.

—¿Por teléfono?...

—Ahora mismo.

—Bien. ¿Qué le parece a usted nuestra ciudad?...

—Buenos Aires es lindísimo y el carácter argentino muy amable. No puedo tener sino expresiones de elogio para esta admirable capital.

—¿Y de nuestro tennis?... ¿Qué piensa usted de nuestro tennis?...

—Que es bueno, en general, pero que le falta estilo. Es todo cuanto puedo decir.

—**Señorita Ingard Rost.** MUNDO ARGENTINO quiere robarle dos minutos.

Rubia, espigada, con la ceñida agilidad del entrenamiento, la campeona nos señala una silla y espera nuestra pregunta.

—¿Su impresión sobre Buenos Aires?...

—Buenos Aires es una ciudad europea en que la gente es muy amable, muy gentil. Digan ustedes que me siento muy satisfecha de haberla conocido.

—¿Qué piensa usted de nuestro tennis?...

—Que los caballeros juegan aquí muy bien. En cambio, las damas no se entrenan bastante. Naturalmente que hablo de las personas con quienes he jugado o cuyo juego conozco.

—¿La señorita **Cilly Aussem?**...

—A sus órdenes.

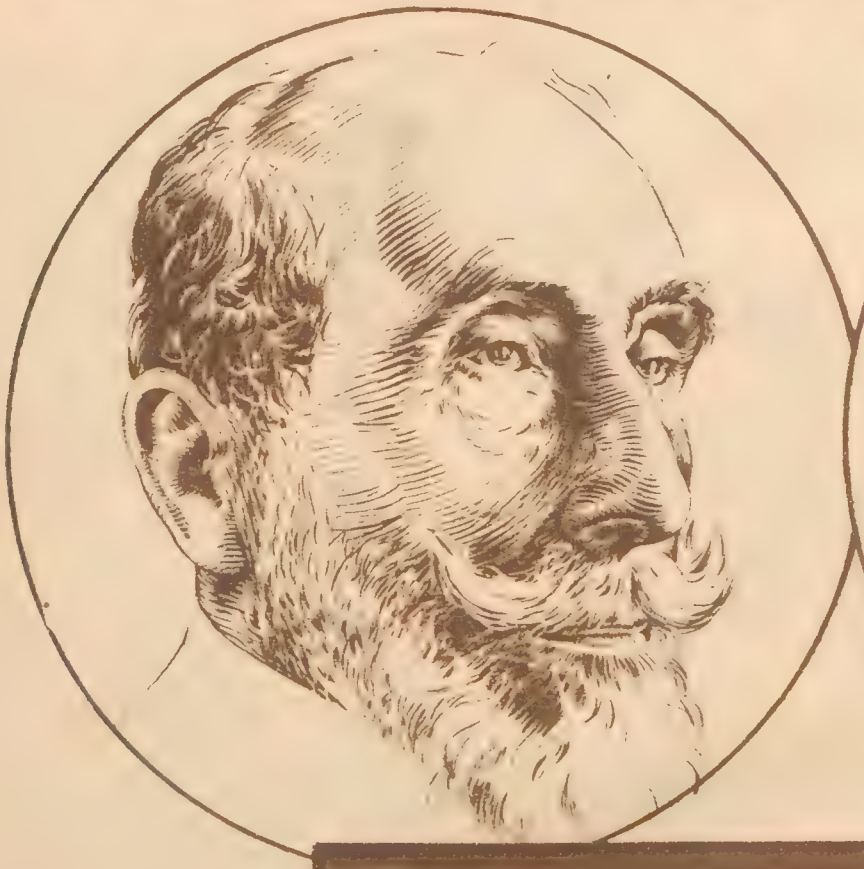
—MUNDO ARGENTINO desea formularle dos preguntas. Queremos ante todo saber qué impresión le ha causado nuestra ciudad?

—Una impresión encantadora. Buenos Aires es una de las ciudades más bellas del mundo. No tiene nada que envidiarles a las más grandes capitales europeas, con excepción del paisaje, que aquí no es muy alegre.

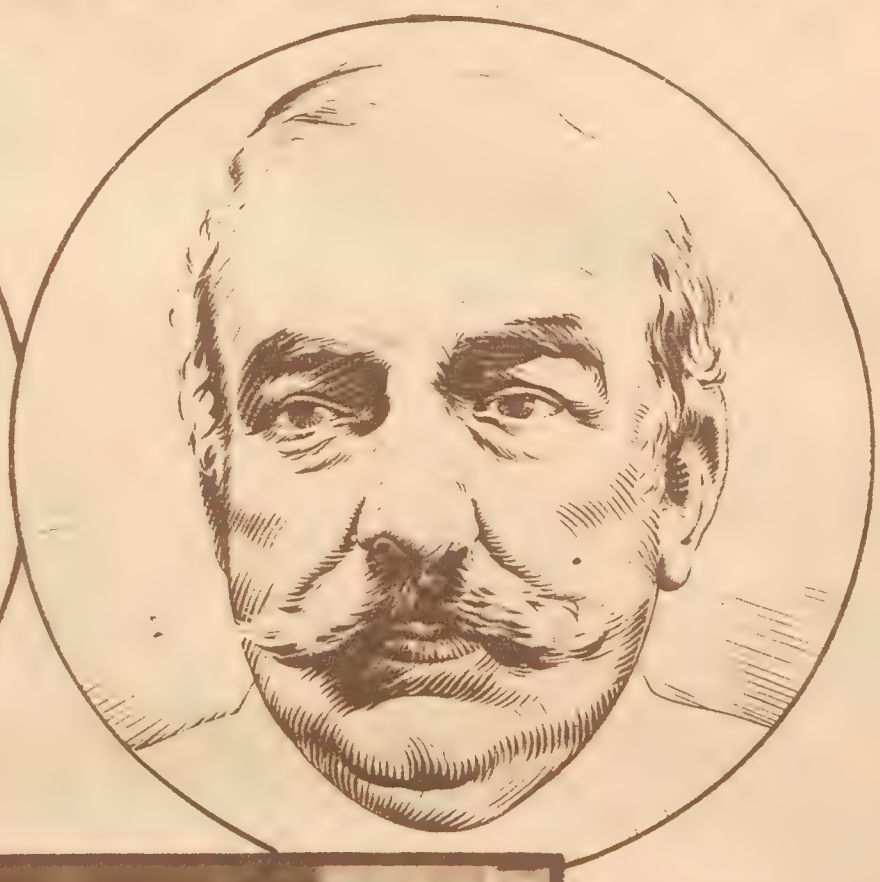
—Su opinión sobre el tennis local?...

—Creo que aquí se juega el mejor tennis de Sud América. Advierto, sin embargo, que casi todos los jugadores están poco entrenados. Desde luego que los hombres juegan mucho mejor que las mujeres, pero éstas progresan en forma encomiable, y es de esperar que muy pronto igualen a sus compañeros.

ANTECEDENTES DEL ESCRUTINIO



El doctor Indalecio Gómez fué el gestor de la ley electoral que nos rige; era en aquella época el ministro del Interior del presidente Sáenz Peña, y fué en el Congreso su entusiasta paladín. Había que transformar la república y elevar, con la práctica de la nueva ley, su cultura cívica. Las cámaras legislativas afrontaron el arduo problema con espíritu democrático y dieron forma a la ley que el pueblo reclamaba como una de sus más íntimas aspiraciones. Desde aquella fecha histórica en los anales del progreso argentino, la República Argentina quedó incorporada de hecho a las grandes civilizaciones democráticas.



He aquí a Roque Sáenz Peña, padre de la ley electoral y al teniente general Uriburu, actual presidente del gobierno provisional, que le ha tocado actuar en uno de los momentos de mayor intensidad cívica de que haya recuerdo en los anales de nuestra organización. El teniente general Uriburu, jefe de un movimiento revolucionario triunfante, ha debido presidir un acto electoral donde las pasiones, no apaciguadas aún, exaltaron la palabra de los hombres. Pero la gran ley debida al espíritu del esclarecido estadista que era Roque Sáenz Peña, ha tenido en las actuales circunstancias una nueva y definitiva consagración.

El presidente Roque Sáenz Peña, en su manifiesto del 28 de febrero de 1912, habló así al pueblo, al que le acababa de dar la nueva ley electoral:

..."En el orden político no cabe suprimir fuerzas sin crear inmediatamente las substitutivas. La reforma de la ley electoral, previniendo ese vacío, obliga el voto, y la abstención de los ejecutivos invita y hace posible la disciplina partidaria. Sea la posibilidad un anticipo de los hechos consumados. Sean los comicios próximos, y todos los comicios argentinos, escenarios de luchas francas y libres, de ideales y de partidos. Sean anacronismo de imposible reproducción tanto la indiferencia individual como las agrupaciones eventuales, vinculadas por pactos transitorios. Sean, por fin, las elecciones la instrumentación de las ideas.

"He dicho a mi país todo mi pensamiento, mis convicciones y mis esperanzas. Quiera mi país escuchar la palabra y el consejo de su primer mandatario. Quiera votar."

QUE COMENZARA EN BREVE

Uno de los actos prerrevolucionarios que determinaron la caída del gobierno de Yrigoyen, fué sin duda alguna, la manifestación hostil con que la concurrencia reunida en la Exposición Rural, recibió la presencia del ministro de agricultura, doctor Fleitas. Era la primera vez que un acto semejante se producía entre nosotros y por primera vez, también, el certamen de la ganadería argentina no pudo inaugurarse oficialmente. Es que aquellos hombres que habían llegado al poder en virtud de la ley Sáenz Peña, la violaron con su conducta y sus procedimientos y el pueblo, que no perdona, se irguió decidido para expresar su protesta.

En los prolegómenos del movimiento revolucionario del 6 de septiembre, los estudiantes enardecidos llegaron hasta las mismas puertas de la Casa de Gobierno, para significar a los hombres que la ocupaban, que había llegado la hora de renunciar. Aquel núcleo de muchachos valientes y resueltos, recibió por toda respuesta una descarga y cayeron algunos heridos. Uno de éstos, Juvencio Aguilar, no sobrevivió al crimen que significó tal ataque y su nombre se convirtió de inmediato en una bandera. Su entierro, allá en el modesto villorrio entrerriano, fué como un grito de rebelión que encendió los ánimos y retempló los caracteres para luchar hasta el fin.

Y por último, ya en la casa de gobierno, el teniente general Uriburu, triunfante y sereno, se plantó delante del hombre que en aquel momento detentaba a duras penas un poder que ya no le correspondía por decisión popular. Breve y dramática la entrevista pero con ella se abría en la historia un capítulo que no ha concluído de escribirse, pero cuyo significado habrá de hacer comprender a los hombres que han de regir los destinos de la república, que la ley Sáenz Peña es sagrada como el Himno, como la bandera, como el escudo, y que quien los mancille pagará su osadía con la pena infamante que se aplica a los traidores a la Patria.

ALGO MAS SOBRE LA

HEMOFILIA

LA ENFERMEDAD DE LOS REYES

En el número del 16 de septiembre publicamos una sensacional nota que tuvo gran repercusión en el mundo científico y provocó vivas discusiones en distintos círculos. Esa nota se titulaba: "¡Hemofilia! La enfermedad de los reyes". A muchos les habrá parecido que había exageración en lo que en ella se afirmaba. Pero he aquí que un telegrama procedente de París nos viene a dar la razón en lo que respecta a las infantas españolas Beatriz y María Cristina.

Con el príncipe Alvaro debía contraer enlace la infanta Beatriz. El ex rey de España no ha concedido el permiso a su hija para que se realice la boda.

La infanta Beatriz, quien, según las últimas noticias, no podrá casarse con su novio, el príncipe Alvaro de Orleans, pues aunque no padece de hemofilia, según los médicos, está propensa a transmitir la terrible enfermedad.

COMO se ve, los especialistas ingleses dicen que las hijas del ex rey de España, "aun cuando no padecen de hemofilia, son propensas a transmitir esta enfermedad". La ley hereditaria se cumple una vez más. Las infantas, que mantienen relaciones amorosas con sus primos, los príncipes Alvaro y Alonso de Orleans-Borbón, no podrán casarse, a menos que rompan con la voluntad paterna y se resuelvan a correr el riesgo de tener hijos que ya vengan al mundo con el terrible estigma de la hemofilia, la implacable enfermedad que se ceba hasta en la descendencia.

El origen de esta dolencia en la familia real española hay que buscarlo, según dijimos en la nota mencionada, en la ex reina Victoria Eugenia, que desciende de una familia que transmite la hemofilia. La abuela de la ex reina, la reina Victoria, era una mujer de gran robustez y vivió ochenta y dos años. Lo malo es que se casó con su primo el príncipe Alberto de Saxe-Coburgo. La reina Victoria era hija del duque de Kent y de la princesa Victoria María Luisa, hija menor del duque de Saxe-Coburgo, rama de la familia de Battenberg. Como corría, pues, la misma sangre por sus venas, la reina y su primo contrajeron la hemofilia y la transmitieron a sus descendientes. Además, vino a agravar la situación Beatriz, la hija menor de la reina Victoria, al casarse con Enrique de Battenberg. Su hija Victoria Eugenia se unió al ex rey Alfonso XIII, y como era joven y sana, fué recibida con homenajes de simpatía.

El príncipe Alonso de Orleans es el novio de la infanta María Cristina.

Como su hermana, la infanta María Cristina no podrá casarse con su primo, el príncipe Alonso de Orleans.

DE "EL MUNDO" DEL DIA 4 DEL CORRIENTE

PARIS, 3 (UP). — Se ha sabido que el ex rey don Alfonso se opone al casamiento de su hija, infanta doña Beatriz, a causa de que dos especialistas británicos, con los cuales ha consultado, expusieron que sus dos hijas, aun cuando no padecen de hemofilia, son propensas a transmitir esta enfermedad a la descendencia masculina.

En razón de este diagnóstico, el ex monarca declinó la aprobación de la boda, rehuyendo responsabilidades por lo que pudiera ocurrir en el futuro.

Don Alfonso también se negó a permitir una operación genésica por estimarla contraria a los ritos católicos.

Sin embargo, la realidad fué muy triste: el primer hijo de esa unión traía al mundo "la maldición de los Battenberg".

El segundo hijo de los ex reyes españoles, don Jaime, también no pudo escapar de la fatalidad biológica que persigue a su familia. Todos sabemos que es sordo de nacimiento y que se le enseñó a hablar con grandes esfuerzos. Luego vinieron al mundo sus hermanos don Juan y don Gonzalo, quienes revelan ser mentalmente deficientes.

¿Procede bien el ex rey de España al no aprobar el casamiento de sus hijas? Nos parece que sí, ya que se trata de evitar que sean madres de hijos enfermos y que acaso maldecirán a sus propios padres por haberles legado una herencia tan horrible. Si las ideas religiosas de Alfonso XIII no se opusieran a que sus hijas fuesen sometidas a una operación genésica, tal vez podría realizarse la boda de las infantas Beatriz y María Cristina. Mas el ex monarca ha declarado firmemente que no quiere que sus hijas sean sometidas a esa delicada operación quirúrgica.

La enfermedad de los reyes continúa su obra devastadora, no sólo devorando vidas, sino tronchando ilusiones juveniles. Porque, después del telegrama que comentamos, ¿se casarán las infantas con sus primos, los príncipes Alvaro y Alonso de Orleans-Borbón? Pero ¿no sería este doble enlace agravar la situación? ¿No equivaldrían estos casamientos entre primos a dar mayores bríos a la terrible enfermedad y que su virulencia recrudeciera con espantosos estragos?

El casamiento entre consanguíneos no sólo es la religión la que lo prohibe, sino también la ciencia. Por razones de Estado, y no por amor, se efectúan la mayoría de los enlaces entre princesas y príncipes. Y el amor, supremo rey del mundo, que no admite más omnipotencia que la suya, se venga inficionando la sangre de quienes se burlan de él. Con mano dura los condena a arrastrar un cuerpo empobrecido y a engendrar seres degenerados que no sirven para la lucha por la vida, ni menos para que la raza humana se enorgullezca de ellos.

Aun en su pobreza, son más felices en estos momentos las princesas de los arrabales que cantan las canciones de moda mientras cosen a máquina, que las auténticas princesas que por todas partes, tanto en el esplendor de los salones como en la soledad de sus regios aposentos, verán escrita esta palabra espeluznante: ¡HEMOFILIA!

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

EL NOVIO es quien debe dar el brazo a la novia cuando salen de paseo; siempre que estén comprometidos y próximos a contraer enlace.

Contestando a "Noviecita feliz", de Italó.

● ●

PEDIRA LA MANO a la madre de su novia, sin mayores ceremonias, con toda sencillez, máxime en su caso. Ya que es tanta la confianza que le dispensan es mejor evitar complicaciones, para ese acto tan sencillo, aunque de tanta trascendencia en el porvenir.

Contestando a Edmundo. de Santa Rosa.

● ●

ES UNA COQUETA la mujer que hoy lo atiende y mañana le dice que no; busque una novia más juiciosa y que sólo a usted le dedique su cariño.

Contestando a "Amor muerto", de Junín.

El amor es invisible, entra y sale por doquiera, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos.

Cervantes.

LOS PADRES DEL NOVIO son los encargados de solicitar la mano a los de su novia.

Después de pedida la mano se entregan las alianzas.

Contestando a José Sosa, Hotel Universal Mercedes de San Luis.

● ●

1º **LA MADRE DEL NOVIO** vestirá de negro el día de la boda de su hijo, y las señoritas de claro, sobre todo si son jovencitas.

2º Puede regalar a su hijo algo útil para su casa: un juego de cubiertos,

Señorita Teresa Thougnon Islas, que contrajo enlace con el guardiamarina Juan Carlos Maggi, en el momento de salir del templo, luego de haberse bendecido la ceremonia religiosa.

En una noche para amar creada

En una noche para amar creada
una mujer para el amor nacida
me reveló el secreto de la vida
en el rayo de luz de una mirada

Vivir es renunciar. No existe nada
que merezca un esfuerzo. Apercibida
como un áspid está siempre escondida,
tras el deseo, la ilusión frustada.

Humo es la gloria y humo la grandeza;
humo la vanidad de la riqueza
y la ciencia difusa de los sabios.

Toda la excelsitud del Universo
no vale el ritmo musical de un verso
y el perfume exquisito de unos labios.

Pedro Mata

la cristalería, la loza, algún objeto de arte o una alhaja que sepa usted sea de su predilección.

Contestando a Matea V. de Mignacco, de Lucio V. López.

● ●

EL NOVIO deberá participar a sus relaciones el casamiento, aun cuando sea viudo y vuelva a casarse.

Contestando a "Mujer moderna", Capital.

● ●

1º **EL JOVEN A QUIEN AMA** no tardará en declararle su amor si es que verdaderamente lo siente como usted sospecha.

2º Esta revista no se ocupa de asuntos de magia.

3º El cortejo estará formado por cuatro chicas, que entrarán en parejas con los cuatro jóvenes.

Ellas vestirán traje claro: es preferible que el color sea uniforme, lo mismo que el tono de los sombreros.

Contestando a "Joven desgraciada", de Capital.

● ●

SI USTED ES TAN FEA que nunca la ha mirado nadie, no puedo darle ninguna clase de esperanzas si pasa ya de los cincuenta años.

Debe tener resignación, pues en este mundo no todas las mujeres se casan. Entonces, ¡paciencia!

Ahora lo que debe hacer es refrenar ese carácter avinagrado que dice usted tener, pues si a la fealdad física le agrega la de su carácter, es de temer a qué podrá llegar usted.

Contestando a Hemilce Geminiani, de Capital.

● ●

1º **EL PADRE** es quien debe siempre encabezar las invitaciones de casamiento, aun cuando se halle ausente.

2º Tratándose de un casamiento modesto, no hace falta que el novio lleve guantes el día de su boda.

3º Los concurrentes son los que brindan por la felicidad de los novios.

Contestando a "Novia en duda", Mendoza.

● ●

LA REINA DE BELLEZA de Belgrano es efectivamente la señorita Marina Bengoechea.

1º Según mis averiguaciones, la señorita por quien usted pregunta tiene varios admiradores, pero ninguno de ellos ha llegado a nada concreto.

2º No estoy autorizado para dar direcciones particulares.

3º Envíe el verso, y si es aceptable se le publicará; no se exceda en exagerados elogios.

Contestando a un "Estanciero", de Chivilcoy.

● ●

TRATE DE QUE SUS MODALES SEAN MAS FEMENINOS, lleve la moda sin pasar los límites de la decencia y el pudor y verá de esta manera que la persona de quien usted está perdidamente enamorada dirija su visual hacia usted.

Contestando a "Vichina", de Flores.

● ●

EN EL MOMENTO DE SOLICITAR LA MANO

1º Como muchas veces lo he repetido en esta sección, no hay palabras determinadas para pronunciar en el momento de pedir la mano de su prometida.

2º La comida se realizará después de la entrega de los anillos, festejando el acontecimiento.

Contestando a "Novicio de Boedo", Capital.

● ●

LA AUSENCIA ACRECIENTA EL CARIÑO cuando es verdadero, así es que si ella lo ama, ya buscará la forma de que usted reciba prueba de su pasión.

No dude, amigo mío, porque la duda mata el alma, y el que duda "no puede ser feliz".

Confíe y espere, y el tiempo se encargará de darle la respuesta.

Contestando a "El Pájaro Azul". Mi jaula es Tucumán

● ●

SI SU SIMPATIA reúne todas las cualidades que lo puedan considerar como "un buen muchacho", no se aflija, amiga mía, por el hecho de que él sea algo más bajo que usted.

Continúe su idilio sin interrupción y verá que después de casada tendrá un buen recuerdo para mi consejo.

Contestando a Cata Zorzola, de Caballito.

● ●

1º **LA NOVIA, AL ENTRAR A LA IGLESIA,** debe con su brazo izquierdo tomar el derecho del padrino.

2º Debe quedarse del mismo lado mientras el padre los casa.

3º Al salir debe con su brazo izquierdo tomar el derecho de su esposo.

4º Siendo el casamiento con traje de saco, el novio debe llevar lo mismo la camisa dura de plancha.

Si quiere puede llevar polainas y guantes, aunque no es de rigor.

5º El novio no debe llevar ramito de azahar en el ojal.

6º Si quiere tener la fotografía recuerdo de su casamiento, llame un fotógrafo a su casa, para que le saque el retrato al regresar de la iglesia.

Contestando a "Fedora", de Capital.

● ●

SI SU NOVIO YA NO TIENE INTERES en verla con la frecuencia de antes, puede estar segura de que va disminuyendo la intensidad del amor que le profesaba.

Avive la llama que amenaza apagarse.

Contestando a "Morocha de cabellos largos", de Pergamino.

● ●

1º **HABIENDO RUPTURA** de relaciones entre dos novios, es costumbre que se devuelvan los regalos.

2º La novia estará presente cuando el novio hace el pedido de su mano.

Contestando a "Violeta Imperial", de Reconquista.

En la vida como en la calle una mujer debe apoyarse en un hombre algo mayor que ella.

Alfonso Karr.

NO TENIENDO PADRES le corresponde a su hermano participar su casamiento.

Contestando a "Violeta encarnada", de Concordia.

● ●

LA CHICA DE SUS SUEÑOS llegará con el tiempo a probarle su amor en mil oportunidades que podrán presentarse; su trato continuo le ofrecerá ocasiones distintas para que llegue a desengañarse o para que pueda disipar esa duda que hoy lo hace sufrir.

Contestando a A. P. Mendocino enamorado.

Señorita Delia Boffi y señor Willis Knowles, el día de su enlace, ceremonia que dió margen a una reunión de lucidas proporciones en la parroquia de Belgrano, donde los contrayentes disfrutan de unánimes simpatías

Fotos de Ylla.

Dirija usted sus preguntas a esta dirección:

"Consejero de los Novios"

Redacción de *"Mundo Argentino"*

Río de Janeiro 300

Buenos Aires

AMAR ES TEMER

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

MEZCLA de *POLVO* para el ROSTRO

Por JOSEFINA HUDLESTON

TODAS mis lectoras saben ya que el polvo para el rostro que comúnmente usamos durante el invierno es inadaptable para la época veraniega, especialmente en los días de playa o de excursiones al aire libre, cuando el sol curte nuestra piel y la obscurece. Es necesario, pues, crear un polvo, o mejor dicho, una mezcla de polvo cuyo color se adapte al del rostro y le dé un buen aspecto. La mayor parte de ellos, a pesar del buen aspecto que presentan cuando se les ve en la caja, no dan, una vez puestos en el rostro, el resultado apetecido. Y es ese color achocolatado que poseen lo que me ha inducido a preparar una fórmula capaz de suplantarle ventajosamente. La tonalidad más rojiza y más rica del cacao será la elegida.

Al revisar mi archivo de cosméticos hallé el cacao que buscaba, pero era dulce y tan sólo sirvió para los primeros experimentos de colorido. Diversas pruebas subsiguientes me dieron a entender que no podía finalmente, ser utilizado como agente colorante del polvo, ya que la transpiración, por escasa que ésta sea, produce una substancia pegajosa sobre la piel, la que, por supuesto, no añade belleza alguna. Pero al trabajar con cacao que no se halle adulzado, se salva la dificultad.

Después de muchas vanas tentativas descubrimos, al fin, que el mejor y más positivo método para proporcionar al rostro un polvo de tono perfectamente natural es agregar cacao puro al polvo que diariamente usamos, teniendo cuidado, como es lógico, de haber elegido mientras la piel conservaba su tinte natural, un polvo adaptable. Pero antes de poner en práctica el procedimiento necesitamos ir a la farmacia y comprar dos cajas de cápsulas como las que se utilizan para las medicinas. Una caja debe contener cápsulas de tamaño número 1 y la otra triple cero. La primera es para el cacao y la otra para el polvo. Al usar estas cápsulas se salva el inconveniente que significa errar el cálculo al volcar las cantidades. Haciéndolo por medio de cucharitas es muy peligroso, porque nunca ha de poder conocerse con exactitud la cantidad empleada, ya sea de cacao o de polvo. Y como es muy difícil encontrar balanzas que puedan pesar tan pequeñas proporciones, lo mejor es entonces recurrir a las cápsulas citadas. Lo primero que debe hacerse es llenar todas las cápsulas triple cero con el polvo común, y las número uno con cacao puro, que no haya sido tratado. Una caja vacía o una cocktelera pueden ser utilizadas para la mezcla. Si se opta por la caja, ésta debe ser lo suficiente grande para

Al agregarse el cacao al polvo ha de tenerse buen cuidado de llevar la cuenta de la proporción empleada de acuerdo a las cantidades que se fabrican.

De acuerdo al tono común de la piel, debe ser seleccionado el polvo, que después será mezclado con el cacao.

Colocación del cacao contenido en las cápsulas, que luego será llevado a una cocktelera junto con el polvo.

Para comprobar el color del polvo ya mezclado, pásese el cisne por sobre la parte del brazo menos quemada por el sol.

contener cuatro o cinco veces más cantidad de polvo que la que guarda, lo que proporciona espacio suficiente para ser sacudido. En cambio, una cocktelera, por su mayor tamaño, es más adaptable.

Antes de efectuar la mezcla conviene conocer el grado de tuestación de la piel. La persona puede estar levemente tostada, en cuyo caso bastará con mezclar muy poco cacao. Cuanto más obscuro sea el color de la piel, mayor será la cantidad de cacao que se agregue y si aquélla es sumamente obscura, entonces será cuestión de invertir los papeles, es decir, de agregar polvo al cacao, y no cacao al polvo.

He aquí la proporción de la mezcla: viértase en una cocktelera el contenido de tres cápsulas triple cero y agréguesele la mitad del cacao contenido en la cápsula 1. Tápese el recipiente con seguridad y sacúdasele hasta que se halle bien mezclado. Húndase luego el cisne en la mezcla y empólvese el rostro. Si el polvo resulta demasiado claro, agréguese la otra mitad de cacao restante. Vuélvase a sacudir y pruébese nuevamente. A todo esto debe llevarse durante las pruebas buena cuenta de las diversas proporciones de ambos ingredientes utilizados para cuando se desee fabricar una mayor cantidad. Por ejemplo, supongamos que la lectora emplea (debido a su piel muy tostada) dos cápsulas de polvo para una cápsula y media de cacao. Entonces, para triplicar la cantidad de polvo deben usarse seis cápsulas de éste y cuatro y media de cacao. Si luego que se ha encontrado la proporción se desea hacer gran cantidad, la mezcla debe ser realizada de la siguiente manera: dos cápsulas de polvo e igual cantidad de cacao pueden ser colocadas en la cocktelera. Sacúdase por algunos instantes para establecer la mezcla, y luego agréguense dos cápsulas más de polvo y la proporción correcta de cacao. Vuélvase a sacudir, y a continuación agréguese nuevamente la misma cantidad de cacao. Para evitar posibles y lógicos errores lo mejor es comenzar por fabricar cantidades pequeñas hasta lograr tomar la mano y poder hacer las mayores con más facilidad. No aconsejo que se utilicen cuartos u octavos de cápsulas, pues no colorean el polvo tal como se desearía. La cantidad menor debe ser media cápsula. Por supuesto, no puedo aquí ofrecer a mis lectoras otra cosa que no sea una simple idea básica de la mezcla del cacao sin tratar y el polvo común. La llave del éxito aquí reside en conocer perfectamente el color que corresponde a la piel del rostro. Encontrará la lectora que este polvo no agrieta ni irrita la piel, sino por el contrario, la suaviza. No ofrece su preparación motivo alguno de tropiezo. Todo consiste, repito, en saber calcular con precisión las diversas cantidades de polvo y cacao que se utilizan, no sólo para que esa pequeña mezcla que se fabrica resulte buena, sino que también para cuando se desee hacer mayores cantidades.

FIN

La UROTROPINA es un depurador del organismo de base científica. Pocos minutos después de ser ingerida puede comprobarse su presencia en la sangre, donde empieza su acción, librándola de impurezas e impidiendo el desarrollo de gérmenes nocivos. Al atravesar después el hígado y los riñones, desinfecta estos órganos y al ser eliminada con la bilis y la orina desarrolla su efecto desinfectante en las vías urinarias y biliares. Se difunde por todo el organismo y constituye por tanto la medicación ideal contra casi todas las enfermedades infecciosas o febriles y las debidas a impurezas de la sangre. Ejerce asimismo un efecto favorabilísimo en las infecciones de las vías urinarias y biliares en las que proporciona alivio inmediato.

TABLETAS SCHERING DE
Urotropina
FRASCOS DE 50 TABLETAS

EL HUMOR EN NUESTROS TEATROS
(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante
GINZO

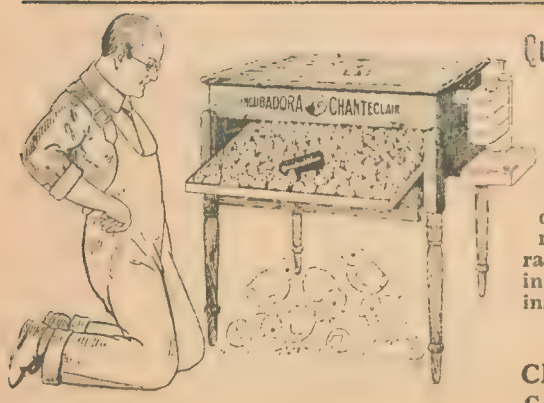
EL AGENTE (A. Calderilla). — Si no circula, emplearé los gases lagrimosos.
RAMON (Arata). — ¿Gasesitos a mí?... ¡Usted no sabe que yo vivo en una pieza con cuatro paisanos míos!...
De "¿LAS URNAS BATIRAN EL JUSTO?", éxito del teatro SARMIENTO.

UN VIVO (A. Barone). — Los cien pesos que te presté eran de mi cuenta corriente.
OTRO MAS VIVO (D. Oliveira). — Entonces..., ¡déjalos correr!...
De "MINHA TERRA TEM PALMEIRAS!...", éxito del teatro BUENOS AIRES.

BUFFARINI (S. Gimenez). — Señora, le ruego acepte esta cartera que le traigo de regalo...
ANTONIA (Josefina Suárez). — Muchas gracias... Ya leí que liquidaba "La Piedad".
De "EL SOSTEN DE LA FAMILIA", éxito del teatro NACIONAL.

EL GALLARDO ALFREDO (S. Fernández). — ¿En la lucha vos también intervenís?
DON RICARDO (M. Soffici). — ¡Dios junta en las causas buenas las dos últimas melenas que quedan en el país!...
De "¿LAS URNAS BATIRAN EL JUSTO?", éxito del teatro SARMIENTO.

GANDHI (P. Arias). — Debemos ser frugales, Hipólito.
HIPOLITO (H. Calcaño). — ¿Qué es la frugalidad?
GANDHI. — Te pondré un ejemplo: Si un día de calor pasas junto a un huerto y ves una manzana, la agarras y te la comes..., pero si pasas por un prado y ves una vaca..., ¡no se te ocurra agarrar la vaca y comértela!... Eso es frugalidad, Hipólito...
De "8 DE NOVIEMBRE, ¡AY, AY, AY!", éxito del teatro Apolo.



¡Qué Satisfacción Experimentará Vd.
SI EMPLEA LAS INCUBADORAS Y CRIADORAS "CHANTECLAIR"

son Industria ARGENTINA y fabricadas expresamente para nuestro clima. No atente contra la riqueza nacional comprando mercadería extranjera o inferior. Incubadora For-Ever para 200 huevos, $ 100. Aves, huevos para incubar, conejos y todo lo necesario para instalar un criadero productivo.

SOLICITE CATALOGO Nº 7
CRIADERO "CHANTECLAIR"
CANGALLO, 731 — Buenos Aires

ESTREÑIMIENTO
(Sequedad de vientre)
SE EXTIRPA EN POCO TIEMPO POR PERTINAZ QUE SEA

Basta tomar 2 o 3 veces por semana una dosis laxante de Azúcar Collazo. A dosis mayor purga a hombres, mujeres y niños sin que lo sepan ni exigirles dieta. El mejor laxante para sanos y enfermos, sea cual fuere su edad y padecimiento, exceptuando los diabéticos.
De efecto suave, seguro e inofensivo.
Pida folletos gratis a Moreno 1027 Bs As. o a la Farmacia del Cóndor, Rosario

A TODO HOMBRE INTERESA

Conocer el Nuevo Método "CIDEX" para Desarrollar y Regenerar el VIGOR SEXUAL a cualquier edad, sea por causa abusos o enfermedades. Procedimiento Fácil, Seguro e Inofensivo; Privilegiado por el Superior Gobierno de la Nación, bajo Nº 26.213. Solicite, por carta, el Librito Científico Ilustrado de 80 páginas del Dr. C. I. Dayet; se remite en sobre cerrado y sin membrete, acompañando $ 0.50 o su equivalente en sellos de correo para gastos.
INSTITUTO M. A. "CIDEX" - Casilla de Correo 23. Suc. 21 - Bs. Aires

Cartas de amor

La HISTORIA DE DOS VIDAS

SEGUNDA PARTE

Por **JOSUE QUESADA**

RESUMEN DE LO YA PUBLICADO

Graciela y Horacio inician su noviazgo, que no ofrece mayores alternativas. A poco, se casan, y él, que es un médico inteligente y laborioso, conquista de golpe una gran situación. Pero al propio tiempo, su existencia se complica con la atracción que ejerce sobre él una de sus enfermas, de nombre Diva, que logra ocupar un lugar preponderante en su corazón. Graciela se ha enterado de la conducta de su esposo y adopta entonces una actitud moderna para reconquistarlo: se dedica a luchar con las mismas armas empleadas por su marido, y contra sus cálculos, cae a poco de iniciarse por el sendero peligroso. Marinés y Alberto, espíritus que forman el reverso de los caracteres de Graciela y Horacio, son los que reciben las confidencias de los protagonistas, que se hallan en este momento en una difícil encrucijada.

DE DIVA A HORACIO.

Amor mío: Te escribo bajo la impresión de una noticia que me ha dejado anonadada; papá viene de decirme que pasado mañana nos vamos a Europa, y que desde este mismo instante me prohibe salir a la calle. Por el tono de su voz y la resolución de su gesto, me fué fácil adivinar que estaba en el dominio de la verdad. Lo vi pálido, tembloroso y enérgico. Me mandó llamar a su escritorio y allí, sin otro preámbulo, me dió a conocer su propósito en media docena de palabras. Creí prudente no simular ningún estado de ánimo, porque advertí de inmediato que cualquier actitud hubiera determinado de su parte una explosión. Por otra parte, tu nombre llenó por entero mi pensamiento; no atiné a otra cosa que a pensar en ti, hablarte, comunicarme contigo, hacerte saber la angustia que de golpe se había anidado en mi corazón. Pero el teléfono también había sido suprimido. Te escribo, amor mío, para pedirte que me salves, que no me dejes partir..., que, jugándote entero como tantas veces me lo has prometido, vengas a hablar con papá y le digas lo que ya habíamos resuelto: que te habrías de divorciar de inmediato para casarte conmigo. Es claro que para un hombre de ideas tan antiguas como es papá, tu actitud puede ocurrírsele una locura. Pero tú deberás explicarle, amor mío, que entre "el qué dirán" y mi honor y mi vida, fuerza es aceptar el fatalismo de los hechos. Pero debes hacerlo hoy mismo, para impedir que este viaje se realice, porque si me alejan de ti, yo me muero..., me muero de desesperación y de dolor... ¡No quiero..., ¿oyes?.., no quiero irme!... Necesito saber que has de venir cuando recibas esta, y que hoy mismo habremos sellado nuestra dicha...

Te estoy escribiendo como si fuera una sonámbula; el aturdimiento me ha producido un estado espiritual que es como si todo mi cuerpo estuviera adormecido. Mamá está en cama y tampoco he tenido fuerzas para presentarme delante de ella. Estoy segura que la pobre está sufriendo la inmensa tortura de un dolor que la ha vencido. Hace un momento, cuando comencé a escribirte, tuve un segundo de vacilación. "¿Y si en lugar de escribirle —me dije,—fuera a verlo yo misma?" Claro es que no hubiera sido posible luego que yo regresara a casa, y que al crear esta situación de guerra, se produciría lo irremediable. Tu nombre y el mío hubieran caído envueltos en la calumnia y en la diatriba; mamá se hubiera muerto de dolor y esta locura mía, esta dicha construída sobre una gran tragedia, no es la que yo soñé... ¡Por eso, amor mío, quiero que vengas en mi auxilio; yo sé que habrás de librar la más cruenta de las batallas, pero que al fin la razón primará sobre el sentimiento! ¡Te espero, vida mía, con el alma en suspenso, segura de ti, confiando en que sobre estas miserias de la vida habrá llegado la hora de querernos con la frente bien alta, para que en ella pueda leerse la pureza santificada de nuestro amor.

Te espera con ansias DIVA.

DE ALBERTO A HORACIO.

Querido Horacio: Mi abuela decía, con la autoridad que le daban sus años y su experiencia, que quien "no se divertía de soltero, lo hacía luego de casado"... Es lo que te está sucediendo a ti, aunque tu "diversión" me resulte una cosa demasiado "seria", de la que difícilmente lograrás salir airoso. La única solución que advierto es el anuncio de ese viaje a Europa a que haces referencia en una de tus cartas. ¡Déjala partir!... ¡No vayas a cometer el disparate de convertirte en el personaje heroico de una novela sentimental, para oponerte a este viaje! Los viajes, querido Horacio, son la mejor receta para todas las complicaciones de índole amorosa; la sucesión de panoramas, la vida distinta cada día, la necesidad de andar siempre y de no pernoctar nunca en el mismo hotel, insensibiliza en tal forma el corazón, que no se puede suponer la posibilidad de una pasión. Las mujeres, querido, son románticas o casquivanas, según sea el hombre que les ha tocado en suerte; yo, por ejemplo, que soy el campeón del materialismo y del amor como expresión optimista, no he hallado a mi paso — ¡y sabes bien que yo camino siempre! — ninguna mujer que sintiera la necesidad de llorar para traducirme su cariño. No es que yo sea un indiferente, ni deje de creer en el amor intenso, en la pasión exaltada o en cualquier otra manifestación del espíritu; yo considero que en estos tiempos debe sentirse de otra manera más en proporción con la mujer moderna. ¿Cómo es posible imaginar, querido Horacio, que se pueda pensar en declaraciones "au clair de lune" con una dama a la que esa misma mañana tú has visto en la playa con un "maillot" de baño, que era todo un poema de transparencia y sugestión? ¿Y si consideras exagerado lo que afirmo, te invito a que supongas a esa misma dama, en un gran baile, con un vestido que es otro poema de síntesis, y que colocado sobre la piel, resulta un molde de su magnífica figura?... Claro está que ese amor con lágrimas no puede ser de estos tiempos, en que las mujeres se nos aparecen tan femeninamente provocativas o tan deliciosamente masculinas, como cuando se nos presentan montadas a caballo, con un par de "breeches" y una blusa de seda, que es apenas una tenue camisa con su cuello volcado... Todo esto, "mon cher", te invita al amor sutil, efímero, pasajero... No creas que por su propia índole alada deje de sentirse intensamente. ¡Vieras el encanto que tiene un amor por estos mundos, tan distintos como son los grandes barcos, los hoteles, los casinos, los restaurantes de lujo!... Es siempre una emoción renovada, una sorpresa, un encuentro... Cuando te has levantado y te asomas a la calle, en procura de un poco de sol amable, no sabes lo que habrá de ocurrir durante el día; almuerzas en un lugar a la moda y ya tienes en él un ambiente propicio para lo que pudiera llamarse el comienzo de la jornada; sigues en tu agradable y descansada tarea de observador y encuentras a la hora del té, en el "dancing", donde recrear tu vista y alimentar tu ensueño. Y si es por la noche, ya entonces se produce lo que los franceses llaman "l'embarras du choix", porque no sabes dónde elegir entre tanta maravilla. No creas que me estoy refiriendo a la profesional; no "mon cher", no figura tal elemento en mi catálogo. Hay en estos días que nos toca vivir, un tipo de mujer que resume en ella todos los encantos de la feminidad, tal cual se debe entender ahora. Sienten la atracción del pecado y van a él, más por espíritu de travesura que por instinto. Como son libres y hacen alarde de su libertad — sean solteras o casadas — consideran que si el hombre puede enorgullecerse por vanidad de una aventura, ellas tienen el derecho de hacer otro tanto... Para la mujer moderna, el honor es uno solo para los dos sexos... Frente a esta lógica, querido Horacio, comprenderás que han quedado muy atrás los tiempos de los amores heroicos, a la manera del que te ha envuelto en sus redes y amenaza con turbar fundamentalmente tu vida.

¡Déjala partir!... Es posible que tal cosa se te ocurra como un desgarramiento, pero él es necesario, si es que aspiras a ser verdaderamente feliz... Tu nombre, tu situación, tu propio hogar corren grave riesgo... Todo ello constituye tu patrimonio y debes cuidarlo... Debes cuidar a Graciela, sobre todo a ella, que es como tú, una criatura sin experiencia, sin picardía, y, por lo mismo, impresionable.

Te abraza, ALBERTO.

La EXISTENCIA AVENTURERA de un BUSCADOR de TESOROS

Nos lo presentaron en un bar de la avenida de Mayo. Era hombre de elevada estatura, serio, callado. Sus ojos grises parecían ajenos a lo que lo rodeaba, perdidos en la contemplación de sabe Dios qué lejanías.

—Mi amigo y compatriota —nos dijo el canadiense que nos presentara, —es ingeniero de minas y buscador de tesoros. Se llama Eugene Rudolph La Liberté.

—¿Tesoros? ¿Qué tesoros? —inquirimos intrigados.

—Oro, plata y piedras preciosas enterrados por sus primitivos poseedores. También descubre minas ya perdidas...

No lejos de esta ventana, en las sierras mejicanas próximas a la población de Arizpe, cerca de cincuenta millones de pesos en oro, aguardan a que alguien los desentierre y ponga en circulación.

¿Era posible aquello? ¿No se estarían burlando de nosotros los dos canadienses?... Nos resultaba casi increíble admitir que un individuo en su sano juicio se ocupara, en la época actual, de buscar tesoros. Examinamos con curiosidad al francocanadiense. Su compañero nos explicaba:

—La Liberté ha pasado toda su existencia en los desiertos. Sus aventuras son extraordinarias; en ellas va casi siempre jugándose la vida. Vino a la Argentina siempre en busca de tesoros. Casualmente se preparaba a referirme sus andanzas por el lejano Sur.

—¿Por el Sur?

—Sí; la Patagonia. A ver, cuéntanos eso, Eugene.

—¡Bah! No tiene importancia. Poco de valor hay aquí. Vine porque se me había dicho que en el Sur existían inmensos tesoros enterrados por los indígenas. Busqué por las cercanías del lago Fontana y en las márgenes del arroyo Appeleg, al sur del Chubut, pero se trataba únicamente de cosas de poca monta: prendas de plata que podrán valer unos veinte mil pesos apenas. Hay uno en la costa norte del lago, cerca de un pequeño cerro colorado, entre bosques de ñires y lengues, y otro en el paso del Alto Appeleg. No valía, francamente, la pena venir tan lejos por tan poca cosa. Lo único interesante que descubrí en mi jira fué un inmento yacimiento de cobre, de la mejor calidad. Se halla situado sobre las estribaciones de la cordillera, frente al Paso Schulz, En el Alto Río Senguer. Esa mina debe tener más de diez mil metros de longitud por una anchura variable de cien a trescientos metros, a juzgar por las afloraciones de metal que pude observar y examinar.

"En las costas de los lagos cordilleranos, casi todos los arroyos arrastran arenas auríferas. Hacia la parte media del lago Fontana, en la parte sur, lavé en un día lo suficiente para lograr sesenta gramos de oro en polvo y algunas pepitas."

—Y, ¿ahora?

—Ahora me voy. Me propongo recorrer varias de las islas del mar Caribe.

—¿No estuviste ya allí? —inquirió el amigo.

—Sí, el año pasado. En una de ellas los negros se enfurecieron, porque, según parece, estábamos removiendo la tierra en un lugar sagrado.

Recorren los desiertos, armados de picos y palas, raros aventureros de todas las nacionalidades. Son mineros y buscadores de tesoros. Pocas veces logran realizar su ideal de encontrar una fortuna bajo la tierra, pero los más grandes descubrimientos de minas se deben a ellos. Las del Klondike legendario, del Yukon y de Australia fueron encontradas así, casi accidentalmente. Eugene Rudolph La Liberté es un francocanadiense que ha recorrido los territorios del Sur en busca de "entierros" dejados por las tribus indígenas.

Corvo, machete en mano, un mejicano se lanzó sobre La Liberté, que no tuvo más recurso que apelar a la huída.

Doscientos negrazos se nos vinieron encima. Nos costó un trabajo enorme librarnos de sus garras. Pretendían arrojarnos a una bahía infestada de tiburones. Los apaciguamos regalándoles espejos, cascos, cintos y un grafófono descompuesto. Nos permitieron seguir nuestras exploraciones y hasta llegaron a indicarnos que en un atolón había un navío náufrago. Fuimos a verlo. Era un casco viejísimo, casi deshecho por los embates del mar. Estaba embicado sobre los arrecifes de coral. Resultaba peligroso llegar hasta allí, pero lo conseguimos. Se trataba de un galeón español. Revolviendo los restos encontramos, casi enterrado entre los corales, un cofre carcomido, herrumbroso. Lo abrimos a fuerza de martillazos. Estaba lleno de onzas de oro que llevaban las fecha de 1783. Recogimos dos mil doscientas monedas.

"En esa misma isla, uno de los compañeros — éramos ocho — que había salido a revisar el interior, se encontró con un árbol gigantesco descuajado por una tormenta, y que dejaba al descubierto una especie de caverna. El camarada examinó aquella cueva y halló, en una de sus paredes, una abertura tapiada con piedras. Las quitó y penetró a una segunda cueva, en el piso de la cual dió con un sitio que sonaba a hueco. Regresó con la novedad. Estaba entusiasmado y convencido de que nos convertiríamos en millonarios. Decidimos ir al día siguiente, pero no contábamos con la huéspeda: las autoridades de la isla se habían enterado del asunto y cuando llegamos nada teníamos que hacer, pues los funcionarios públicos, convenientemente resguardados por un piquete de marinería de

Descubre uno que vale 16.000.000 de dólares

guerra, se nos habían adelantado.

Nos quedó el consuelo de enterarnos de que se habían extraído seis carretilladas de ornamentos religiosos y vajilla de plata de la caverna.

—¿Cuál es el tesoro más grande desenterrado por usted?

—Ninguno, fuera del que acabo de citar. Me persigue la mala suerte; cuando encuentro, siempre interviene el azar y me burla la dama.

"En cierta ocasión tuve noticias de un tesoro oculto en el empalme Torres, a treinta millas de Sonora (Méjico) y corrí a buscarlo. Al llegar me encontré con que una anciana mejicana que poseía un plano de unas antiguas ruinas de un convento, lo había entregado a un norteamericano que le había prestado algunos servicios. El hombre, nada lerdo, comprobó que el plano contenía las indicaciones necesarias para dar con "un entierro", precisamente el que yo iba a buscar. Siguiendo las indicaciones y datos que poseía, descubrió diez cofrecillos repletos de monedas de oro, barras del precioso metal y de plata, que le produjeron, mal vendidas, 750.000 dólares."

Ya entusiasmado, La Liberté se enfrascó en otro relato fantástico:

—Era en el verano de 1924. Yo me preparaba a explorar un yacimiento aurífero ubicado en la isla del Tiburón, en el golfo de California. Esa mina había sido descubierta en 1919 por tres buscadores de oro, que tuvieron que abandonarla al ser atacados por los indios seris que habitan la isla y que hasta hace unos años practicaban el canibalismo.

"Los seris son blancos y de ojos azules. Habitan los médanos de la costa, vestidos únicamente con un taparrabos. Algunos hombres de ciencia estiman que estos raros aborígenes descienden de navegantes escandinavos establecidos desde hace un par de siglos en la isla del Tiburón.

"Dos de los descubridores del yacimiento fueron ultimados por los seris y el tercero, de nombre Johnson, escapó con una herida de bala en la espalda y otra en el abdomen.

"Después de innumerables peripecias, Johnson llegó a San Diego de California llevando 3200 dólares en oro que él y sus dos compañeros muertos habían lavado en pocos días de permanencia en la isla del Tiburón.

"Me encontré con Johnson en Missoula, estado de Montana, y convinimos en ir a explotar el lavadero de la isla, pero mi socio falleció inesperadamente días antes de emprender el viaje. Con él se perdió el secreto de esa mina de oro.

"Pocos días después de fallecer Johnson, uno de los dos camaradas que debían acompañarnos en la expedición me refirió detalles realmente interesantes sobre la existencia de un tesoro en Sonora, Méjico.

En las proximidades de este pueblito miserable está enterrado, desde hace un siglo, el fabuloso tesoro de los jesuítas mejicanos.

Venía de trabajar en la zona petrolífera y un peón mejicano se lo había comunicado a él. Le pedí que buscara al peón y no tardó en aparecer con él. Era un hombre de alguna edad y muy reservado: Nos costó gran trabajo arrancarle la información.

"Nos dijo el mejicano que veinticinco años atrás, mientras trabajaba en la construcción del ramal férreo de Douglas a Nacozari se suspendieron las obras por varios días, que él aprovechó para salir de casa. Como se extraviara entre las montañas, trepó a un elevado cerro para tratar de descubrir el campamento. Al bajar encontró un sitio en que había una depresión de unos diez pies cuadrados, especie de pozo, que le llamó la atención. Ayudándose con una piedra plana que utilizó a modo de pala, cavó, extrayendo el barro. Así descubrió una gran caverna.

"—Preparé una antorcha de pino, señor —me dijo el mejicano, —y descendí a una especie de habitación subterránea. Allí, lo juro por Dios bendito, había un altar con una gran cruz de metal y un cáliz de oro puro. A un costado, en un rincón, había una pila que parecía de pedazos de madera. Tomé uno. Casi no lo pude levantar, señor, ¡eran barras de metal negro! ¿Sería oro, señor? Yo no lo sé."

—El único metal que se ennegrece así, por la acción del tiempo, es la plata —explica La Liberté. —Aquellas barras debían valer una fortuna.

"—En otro rincón, señor —prosiguió el mejicano, —había un cofre cerrado con un grueso candado. Intenté abrirlo, pero sin éxito. Al fondo de la habitación, esculpido en la piedra, había un letrero que decía: "Mina del obispo jesuíta San Román."

"La caverna se prolongaba en una especie de túnel. ¿Sabe usted lo que había allí?... ¡Por el alma de mi madrecita, que está en la gloria, le juro que estaba lleno aquello de bolsitas de cuero que contenían monedas de oro! Se habían desparramado sobre el piso, pues las bolsitas se habían roto y deshecho por efectos de la humedad... Estaba muy húmedo todo el interior de aquella gruta, señor; todo cubierto de telarañas. Los murciélagos y buhos volaban en bandadas, asustados, encandilados por el resplandor de la tea. Por el piso se arrastraban culebras y sapos...

Este hombre serio y grave es Eugenio Rudolph La Liberté, el francocanadiense que se pasa la vida buscando tesoros, y que nos revela la riqueza minera del Chubut.

(Continúa en la página siguiente)

"Llené una bolsita de pepitas de oro, porque allí no había monedas, señor, sino oro puro, todo en pepitas, y salí, ocultando la entrada en la mejor forma posible. Para no perderla, acerqué varias grandes piedras y las dispuse en forma tal que me fuera fácil encontrarla. No puse la señal sobre la caverna, sino a alguna distancia, a fin de que si alguno tropezara con ella, no encontrara nada debajo.

"Regresé al campamento, pero no vivía tranquilo. De noche, sobre todo, no me era posible conciliar el sueño. Temía que otros trabajadores vieran la bolsita de oro y me martirizaran hasta obligarme a decirles dónde lo había encontrado. Y era seguro que después me matarían. Tanto me alarmé que me fuí a Arizona y de allí a California."

—El viejo mejicano era muy supersticioso y creía haber dado con una cueva de ladrones. Por eso no quería revelar la locación del tesoro. Pero, a fuerza de paciencia, logré hacerlo hablar.

"Luego — prosigue La Liberté — me trasladé a Sonora, y allí, revisando los archivos parroquiales, comprobé que en el curso de una sublevación, que estalló en Arizpe hacia el año 1812, los jesuítas habían enterrado todas sus riquezas, a las cuales se les atribuía un valor de 16.000.000 de dólares. Las indicaciones coincidían en un todo con el plano topográfico que había preparado con los datos suministrados por el mejicano.

"Llegué a la conclusión de que el tesoro era el mismo enterrado por los jesuítas, perdiéndose el secreto al ser éstos masacrados en 1913.

"No tardé en organizar una expedición, con la cual establecí campamento no lejos del sitio en que debía hallarse la caverna.

"Desgraciadamente, en esos días estalló una revolución de las habituales en Méjico y nuestro campamento fué tiroteado por fuerzas revolucionarias en mi ausencia. Mis peones se asustaron tanto que se marcharon. Esto sucedió en 1924 y desde entonces no he tenido oportunidad de volver en busca de ese tesoro, que yace en pleno territorio de los belicosos indios yanquis. Precisamente me propongo regresar y emprender una nueva expedición en busca de ese tesoro, aprovechando la relativa tranquilidad que parece reinar en Méjico."

FIN

SU ESTÓMAGO ES SU MEJOR BARÓMETRO

Las afecciones gástricas pueden compararse a las oscilaciones barométricas; el buen tiempo a la perfecta digestión y la tormenta al período crítico de la indisgestión, causa de acedías, pesadeces, ardores, dilataciones, eructaciones ácidas y demás disturbios digestivos que los pacientes denominan "males de estómago". Tales dolencias son debidas en general a la secreción de un jugo gástrico excesivamente ácido. Para combatir el mal en su origen, tome media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada en un poco de agua después de las comidas o cuando sienta el dolor. Gracias a su poder alcalizante, la Magnesia Bisurada neutraliza muy rápidamente la acidez excesiva, evita la fermentación de los alimentos y previene la inflamación de los delicados epitelios del estómago. La Magnesia Bisurada que goza de fama mundial por su eficacia, se vende al precio de $ 2 m|n. en todas las farmacias. Los Médicos recomiendan la Magnesia Bisurada.

Procurador

Curso adaptado al plan de la Facultad de Derecho; preparado ex profeso para estudiar por correo. Método moderno y científico. Pida informes a

INSTITUCION "MORENO"
Boedo 842 Buenos Aires

ESTUDIE POR CORREO UNA PROFESION

Si nos envía este cupón, escrito con claridad, recibirá folletos conteniendo millares de cartas de alumnos y, además, nombre y dirección de nuestros diplomados en esa localidad, de quienes obtendrá información imparcial sobre nuestra enseñanza. Trabajo permanente y bien pagado tendrá si estudia, en su casa, una hora diaria, uno de nuestros cursos profesionales, fáciles, completos y modernos. Enseñamos: Tenedor de Libros. — Ventas y Propaganda. — Automovilista. — Corte y Confección. — Electricista Mecánico. — Procurador. — Radio. — Constructor. — Agricultor. — Dibujo. — Sastre. — Farmacia, etc.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059 - Lavalle - 1059 — Buenos Aires

.....
(Nombre)

.....
(Dirección)

.....
(Localidad) (M. A.)

Hojeando los últimos libros

Por LUCAS GODOY

Rodolfo Reyes: "Ante el momento constituyente español"

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid. — Si fuera necesaria alguna nueva prueba de la intimidad total de la vida española con la vida de América Latina, este libro de Rodolfo Reyes vendría a traerla prestamente. Interesado por el problema político que en estos momentos agita a España, el doctor Rodolfo Reyes, profesor de derecho constitucional en la Universidad de Méjico, ha querido contribuir a la solución de algunos problemas constitucionales españoles, llevando al debate la experiencia americana. Son páginas juiciosas de profesor y de político, tanto más dignas de tenerse en cuenta, si se piensa que no puede haber en ellas ni la más mínima pasión de combatiente.

La emocionante resurrección de España, con sus posibilidades incalculables, presta un renovado interés a algunas oportunas sugestiones de Rodolfo Reyes, y hace brotar en nuestra memoria las proféticas palabras de Rodó cuando afirmaba haber reemplazado en su fantasía la vulgar imagen de una España caduca por la de otra España asociada ideas de niñez, de porvenir y de esperanza. "Creo en España niña", reafirmaba, y esa misma creencia es la que repite ahora el doctor Rodolfo Reyes en el lenguaje menos lírico, pero no por eso menos apasionado del jurista.

Angel S. Caballero Martín: "La Universidad en Santa Fe"

Imprenta de la Universidad. Santa Fe. — Un libro voluminoso y documentado, sereno y serio, es éste que el señor Caballero Martín ha escrito prolijamente sobre los antecedentes de la Universidad de Santa Fe y de su transformación en la Universidad Nacional del Litoral.

Con un sentido muy justo de la continuidad de la cultura, el señor Caballero muestra cómo a través de las vicisitudes y de las aparentes transformaciones bruscas, algo hay que persiste a través de todos los cambios: y ese algo es la lealtad de las instituciones con las ideas de su propio tiempo; lealtad tan respetable cuando interpreta un momento de la vida del pasado como ahora que se esfuerza por bosquejar nerviosamente las líneas probables de las construcciones futuras.

Reformista convencido y militante, el autor de "La Universidad de Santa Fe" no es de los que creen que el mundo comenzó con la reforma. Sin abandonar en ningún instante sus ideales universitarios, no se enceguece por la pasión ni se exalta hasta la injusticia. Reconoce al pasado los méritos que tuvo y no se empeña en trazar una frontera absurda entre la nueva generación y sus antecesoras. Reconoce a cada cual los méritos auténticos, y no reniega de un pasado universitario que honró su hora exactamente como las demás universidades argentinas, en igualdad de correspondencia con el medio.

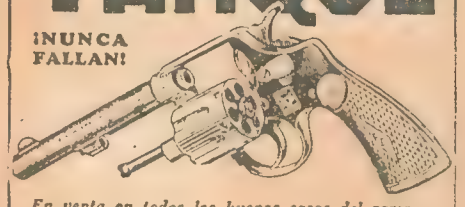
A través de páginas nutridas, de una serenidad poco común en la materia, el señor Caballero Martín expone cómo se gestó en Santa Fe el movimiento reformista, y cómo en vez de ser, según tantos piensan, una absurda revuelta de extraviados, llevaba en realidad los más nobles ideales de mejoramiento. Amar la tradición sin aferrarse a ella: he ahí en resumen la saludable lección que se desprende de este libro ponderado y ecuánime.

Cómo se evitan los inconvenientes de la depilación

La depilación, si no es efectuada por manos habilísimas y por procedimientos muy perfectos y costosos, es desde todo punto de vista un fracaso. Es una operación penosa y sus resultados son generalmente contraproducentes. Puede considerarse como una poda del vello, y por consiguiente, éste vuelve a crecer más grueso y con más fuerza que nunca. Toda mujer que haya hecho esta experiencia nos dará sinceramente la razón. No queremos decir con esto que el vello de los brazos, rostro, etc., haya que descuidarlo como cosa que no tiene remedio. Este gran enemigo de la belleza femenina puede disimularse hasta que se haga invisible con la Manzanilla Verum, que es una loción vegetal completamente inofensiva y que en pocos días llega a decolorarlo completamente. Esta manzanilla se emplea con admirable resultado para aclarar el cabello obscuro hasta el rubio dorado; tiene sobre el vello una acción más intensa a la par que inofensiva, dado que su grosor y consistencia es muy inferior a la del cabello. Se aplica con toda facilidad una o dos veces al día y su efecto es secillamente soberbio. Se puede obtener en cualquier farmacia.

REVOLVERES **TANQUE**

¡NUNCA FALLAN!



En venta en todas las buenas casas del ramo.

Si no puede adquirirlo en su localidad, escriba al UNICO REPRESENTANTE DEPOSITARIO:

LEANDRO REDAELLI PIEDRAS, 599. BUENOS AIRES.

Una formidable colección de modelos, todos de última moda, recién ideados, en charolado negro, cabritilla marrón, moka, baker, negra y otros combinados; todos los números del 33 al 41, valen, $ 12, los vendemos, a..... $ **6.90**

Flete $ 0.60
Catálogo Nº 11 Gratis

FABRICA NACIONAL DE CALZADO
556 CARLOS PELLEGRINI 556 — Bs. As.

GANE $ 10 POR DIA

Señoritas y caballeros independícense hoy mismo vendiendo nuestras medias y corbatas finas a particulares, con muestrario de 30 piezas; trabajo remunerativo y fácil, sistema único en Sud América.

Escriba hoy mismo a: L. y S. SOCKS & TIE Co. Calle Liniers Nº 80. Buenos Aires.

DIVORCIO

y nuevo casamiento en Montevideo, tramito. Pida prospectos. T. Gioca, Corrientes, 435. Bs. Aires. Sin pago adelantado. - CONSULTAS GRATIS. De 9 a 18.

Lea todos los viernes

El Hogar

la ilustración de las familias

LA ROPA INTERIOR FEMENINA A TRAVES DE LA MAS REFINADA ELEGANCIA

1. — Combinación de noche, en crepe satín blanco. El descote de atrás es muy acentuado. Encajes ocres.
2. — Deshabillé en crêpe de China verde pálido adornado de festones.
3. — Combinación en crépe georgette amarillo pálido, adornado de pliegues finos y encajes.
4. — Riquísima combinación en crépe de China blanca, adornada de encajes ocres. Vestido de interior en crépe satín azul. Adornos en crépe satín negro y blanco.
5. — Camisa de noche en triple velo moteado. Plastrón amarillo.
6. — Combinación en gasa lavable rosa. Gran plastrón en tul bordado.
7. — Calzón de linón blanco. Bordados y motivos en linón rojo.
8. — Portasenos en seda blanca.
9. — Camisa en pongé de color. Plastrón bordado.
10. — Camisa en satín rosa salmón. Canesú de encaje ocre.
11. — Camisa de noche, en crêpe georgette azul pálido. Canesú y motivos en georgette beige.
12. — Camisa en crépe Miranda rosa. El canesú y las partes intercaladas son en encaje sobre tul.
13. — Calzón en crépe de seda blanca, adornado de pliegues gruesos y finos.
14. — Calzón en crépe satín blanco. Adornos muy originales en crépe satín azul.
15. — Camisa en seda verde tilo, adornada de tul beige bordado.
16. — Combinación en crépe satín malva. Adornos en tul bordado.
17. — Camisa en linón blanco, ricamente adornada de calados.
18. — Calzón de crépe satín de dos colores pastelizados.
19. — Combinación en satín rosa. Encaje negro.
20. — Camisa en crépe de China azul. Canesú en crépe de China blanco. Motivos aplicados y caladuras.
21. — Calzón en crépe georgette amarillo, adornado de moños aplicados.

SEGUNDO GRAN CONCURSO DE CUENTOS CORTOS

¿Cómo termina este cuento?

(Ver las bases en la página 59)

POR fin iba a unir su destino con Blanca, después de tanto tiempo de adversidades, en que los obstáculos parecían brotar uno detrás de otro para impedir la realización de su ensueño! Ahora estaba con ella en una de las principales mueblerías de Buenos Aires. Iban a elegir los muebles con que adornarían su nido de amor. El dependiente que los atendía sonreía con indulgencia ante las exigencias de los novios, pues ninguno de los juegos que veían era de su agrado. Por último, se decidieron por dos, acaso de peor gusto que muchos de los rechazados, y ordenaron que se los enviaran.

Ya tenían comprado el dormitorio y el comedor a su gusto. Ahora faltaban otros detalles no menos importantes. La casita también la tenían elegida en el barrio de Palermo, en una calle tranquila y arbolada, sobre la cual se abrían sus balcones.

Iban del brazo por las calles del centro como dos recién casados. ¿Qué importaba que los viera nadie así? ¿Acaso no iban a casarse dentro de contados días? Eugenio, sobre todo, parecía ir del brazo de una princesa, pues la ufanía que denotaba era la de un hombre que va orgulloso de acompañar a una mujer que los demás hombres miran con codicia... Blanca también, naturalmente, revelaba estar muy contenta, aunque no tanto como su futuro marido. Era una mujer menos apasionada que Eugenio y le gustaba dominarse, contener todos los impulsos, por temor de la gente o de sí misma, no sabría ella misma explicar por qué.

Después de haber comprado todo cuanto les hacía falta, entraron en una confitería a reparar las fuerzas. Habían caminado bastante sin casi darse cuenta de ello; luego, el regatear con los vendedores les había consumido energías. Así que devoraron más que comieron los sandwiches y bebieron ávidamente el café con leche que les sirvieron. Durante el tiempo que estuvieron en la confitería Eugenio estuvo afectuoso como siempre y no le sacaba los ojos de encima. Se sentía henchido de felicidad y le parecía una tontería disimularla. Por otra parte, no era él hombre de ocultar sus emociones. La expansión era su debilidad o su fuerza, vaya uno a saberlo, y cuando estaba contento o triste, lo manifestaba ampliamente, sin ocultaciones de ninguna especie.

Salieron de la confitería y echaron a andar por la avenida de Mayo, que era un hervidero de gentes que iban y venían a esa hora de la caída de la tarde.

— Vayamos a casa, Eugenio. Hace ya varias horas que hemos salido y mamá se intranquiliza en seguida.

— Como quieras.

En ese instante Eugenio se quedó observando a un hombre que le miraba fijamente. Era el mismo que ya había visto varias veces esa tarde. Al principio, no le hizo caso; pero la insistencia del desconocido comenzó a chocarle.

—¿Qué miras? — le interrogó ella.

— Observa con disimulo a ese tipo que ahora cruza la calle. Ya lo he visto varias veces esta tarde con la mirada clavada sobre mí. Me está poniendo nervioso. ¿Quién será? ¿Acaso un loco?

Blanca se encogió de hombros.

— No le des importancia. ¿O tienes miedo que me rapten?

El sonrió y dijo:

— Tendrían que pasar por encima de mi cadáver, como dicen en los melodramas, antes que te sacaran de mi lado.

— No sería la primera vez que una novia es raptada en vísperas de casarse, ¿no es cierto?

— Ha ocurrido algunas veces, es verdad. Pero fíjate ahora, Blanca: ahí está otra vez ese tipo inquietante. El cree que no lo observo, pero no dejo de hacerlo... No recuerdo haber visto nunca esa cara... Y tampoco es de esos tipos que son capaces de seguir a una mujer cuadras y cuadras sin decirle una palabra... No, no... Ese tipo no mira a nadie más que a mí... ¿Quién diablos será?

— Pero te estás poniendo nervioso, negro... ¿Para qué te preocupas de ese idiota?

— ¡Es que, francamente, es demasiada impertinencia!

— Mira: tomemos este ómnibus y no te acuerdes más de ese sujeto.

Subieron a un ómnibus rojo que iba a plaza Italia. Anochecía. Ya comenzaban a encenderse los focos de luz y los tranvías pasaban repletos de obreros y empleados de rostro fatigado.

Blanca y Eugenio hallaron un asiento desocupado. Ella estaba más contenta ahora que él, que callaba todavía dominado por la nerviosidad que le había producido el desconocido con sus insistentes miradas de loco o delincuente.

—¿Todavía te preocupa el imbécil ése que te miraba?

—No... Estaba pensando en que por fin voy a ver realizado mi sueño...

Pero mentía. La realidad era que seguía preocupado con el individuo que le había seguido por las calles del centro. ¿Quién sería? ¿Por qué, cuando él le había mirado con fijeza que era un reproche a su impertinencia, el desconocido había rehuido la mirada y hasta cruzado la calle, haciéndose el distraído?

Mientras rodaba el ómnibus por las calles en dirección a Palermo, Eugenio continuaba su monólogo interior. Por más que quería prestar atención a su novia, que hablaba incansablemente a propósito de todo, él estaba absorbido y no podía arrancar de su mente la imagen del desconocido. A veces le parecía que aquella cara le era conocida, que aquel hombre había conversado alguna vez con él; pero ¿dónde? ¿Cuándo? No, no... El no había visto nunca aquellos ojos perseguidores que le obsesionaban ahora con esa mirada impresionante de los locos. Lo que pasaba era que él, siendo tan nervioso, se preocupaba por cosas que a los demás hacen reír o les tiene sin cuidado...

A Eugenio le ponía nervioso cualquier motivo, y eso que era de temperamento más bien optimista; pero sus nervios le dominaban y le hacían sentir inexplicables fobias, antipatías que él comprendía que eran ridículas pero inevitables.

— Pero ¿qué te pasa? Otra vez te has quedado distraído, con el pensamiento ausente... No puedo creer, Eugenio, que te siga preocupando todavía ese individuo... A ti te pasa algo... ¿Por qué no me dices lo que tienes?

El le oprimió cariñosamente la mano y la miró sonriente.

— ¿Qué quieres que me pase? Nada... Será porque de pronto me ha venido el recuerdo de mi madre, la pobrecita que no pudo ver a su hijo casado, tal como ella quería. Yo en mis cartas le hablé mucho de ti... Tú sabes que ayer hizo un año que murió, y su recuerdo me asalta a veces llenándome de melancolía...

Ella le estrechó más fuertemente la mano, cual si quisiera consolarle sin palabras, y le clavó sus ojos húmedos de emoción.

— ¡Pobre mi negro! — exclamó después de un instante de silencio. — Comprendo tu pena... Pero yo seré tu nueva madrecita; yo te mimaré como lo hacía ella cuando eras niño...

Eugenio la miró como escrutándole el alma, y vió en sus ojos que decía la verdad.

Blanca era la única mujer que había sabido comprenderlo. Las demás, todas esas mujeres que habían pasado por su vida sin dejar rastros, no habían hecho más que dejarle insatisfecho, con hambre y sed de un verdadero amor. Y este amor definitivo por fin había llegado.

Es verdad que sufrió mucho luchando con la adversidad, al ver que pasaban los días y no podía realizar la unión que tanto deseaba. Fueron los más amargos de su vida, no obstante contar con el cariño de Blanca, que le estimulaba a esperar el momento oportuno, cuando su situación cambiara y pudiese hacer frente a las necesidades de un hogar.

Ella, que se había enamorado de él por él mismo, y no porque tuviera un buen empleo o porque supiese bailar muy bien, como les pasa a cierta clase de mujeres que por desgracia abundan, no desesperaba. Creía que Eugenio era un hombre de talento y de capacidad de trabajo para labrarse una posición con el andar del tiempo.

Cuando llegaron cerca de la plaza Italia, ya era de noche. Bajaron del ómnibus y encaminaron sus pasos por la calle Malabia hacia Las Heras. Iban del brazo, respirando voluptuosamente el aroma de las flores del Jardín Botánico. A lo largo de la calle no se veía un alma. Un auto estaba parado en la esquina de Arenales. La pareja iba embebecida mirándose en los ojos. El mundo había desaparecido para los enamorados...

De súbito, Eugenio dió un grito al recibir un fuerte golpe en la cabeza que le hizo perder el sentido y rodar por tierra.

.....

Cuando lo recobró, vió que se encontraba en su cama. Un papel estaba encima de la mesa de luz. Lo tomó y lo leyó rápidamente: "No diga nada a la policía. Aquí tiene cinco mil pesos. Es el precio de su silencio."

Eugenio se dió un pellizco terrible para comprobar si estaba soñando. Luego habló por teléfono a la casa de su novia. La noticia terminó de anonadarlo: ¡su novia había desaparecido!

— ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que pasa? ¿Acaso el desconocido aquél tiene algo que ver en este misterio?... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Yo voy a enloquecerme!

Fué a tirarse de bruces sobre la cama, sollozando como un niño, y en eso vió un guante de mujer a los pies del lecho. Lo alzó, y su estupefacción no tuvo límites al comprobar que no era de su novia, pues ella usaba guantes cortos y éste que tenía en las manos era largo.

—Pero ¿qué misterio es éste? — se interrogó presa de la angustia. — ¿Quién es el que ha tramado todo esto? ¡Yo voy a volverme loco!

Termine este cuento y...

Gane usted 100 pesos

LA ULTIMA JUGADA

(Continuación de la página 15)

to, llevo una valija con pijamas y varios trajes para usted, trajes de playa, "tailleurs", hasta de "soireé"... Yo soy así. Sabía que usted no querría quedarse sola y me preparé. Allá nos casaremos y pasaremos nuestra luna de miel. Será un campanazo.

Había una nota de ansiedad en su voz; estaba emocionado. Hizo una pausa y tomándole ambas manos, imploró:

—¡Sea buena, Clarita! ¡Dígame que sí!...

—¡Pero, Ricardo; tan de golpe!...

—¿Y por qué no? Los dos somos libres, y yo la idolatro. Me parece que usted también me quiere.

—Sí, pero me resulta desagradable renunciar así como así a mi independencia.

—¿Independencia? ¿Y a quién se la debe?... Esta es la primera vez que admito a una mujer en mis aventuras de negocios sin exigirle nada en pago. Usted no quiso casarse conmigo cuando estaba arruinada, y entonces resolví hacerle ganar algún dinero, en la creencia de que modificaría su actitud. Y ahora me sale con su independencia...

—¡Ricardo! — gritó Clara enfurecida. — Usted es...

No pudo decirle lo que opinaba de él, porque en ese momento el tren arrancó, y él subió de un salto.

Clara se encaminó a la salida. Su arrebato de ira se calmó, y empezó a pensar:

—¿Conque era así? El había pretendido comprarla. ¡Tonta ella que cayó en la trampa!

Se detuvo en la oficina telegráfica de la estación y expidió un telegrama expreso al corredor de bolsa, ordenándole:

—Al abrirse la rueda venda mañana quinientas Imperiales por mi cuenta.

Le quedarían 15.000 pesos de utilidad, que se proponía depositar en cuenta corriente de Malbrán. Así no le debería nada, aunque quedara en la calle.

Llegaba a la esquina de su casa, cuando se dió de manos a boca con Andrés. Lo saludó entusiasmada:

—¡Andrés! Bienvenido. Casualmente te necesitaba. Ven conmigo. Me acompañarás a cenar.

Una vez arriba, atropelladamente, ella le contó todo. La emoción le dominó y estalló en sollozos.

—¿Qué hago ahora, Andrés? — gemía. — Estoy completamente arruinada. No tengo un centavo.

El la estrechó aun más.

—Tontita — le dijo. — Yo sabía que te iba a ocurrir esto, y también tomé mis medidas.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Abandoné la literatura y volví a mi empleo, con tal buena suerte, que se me aumentó el sueldo; hoy gano quinientos pesos mensuales... Dime una cosa, Clarita.

—¿Qué?

—Ya que has roto con Malbrán y no sabes qué hacer, ¿por qué no te casas conmigo?

—No es posible, Andrés. No comprendes hasta dónde es mala mi situación.

—Ni me importa, ni quiero saberlo.

—Es que no entiendes. Malbrán compró 500 acciones para mí, y yo le pedí que tratara de que nadie se enterara. Entonces él las adquirió junto con las suyas, y lo grave es que di orden al corredor de que vendiera, ¿y si ahora él se niega a entregármelas?

—Podrás ir a la Bolsa y comprarlas.

—¿Con qué dinero si no tengo un peso?

—Bueno. No veo bien el asunto, pero me parece mejor dejar la solución para mañana, que iremos a ver al corredor ése. Mientras tanto, no has respondido a mi propuesta. ¿Qué me dices?

—Si arreglamos con el corredor, te acepto y nos casaremos en seguida. No sé cómo se solucionará esto. Sólo un milagro me puede salvar. Ven a buscarme a las dos de la tarde e iremos a la Bolsa.

Al día siguiente no fué poca la sorpresa de Clara cuando el corredor la recibió jubiloso. Ni siquiera la dejó hablar, exclamando:

—La felicito, señorita. ¿Cómo lo supo usted? Ha sido un golpe maestro. Las Imperiales abrieron a 62, y en cuanto estalló la bomba, bajaron a 15 1|2. Mañana tendrá usted lista su liquidación.

—De modo que usted vendió las quinientas mías.

—Naturalmente, señorita, y vuelvo a felicitarla por su acierto.

Ella, comprendiendo a medias, tomó el brazo de Andrés, y despidiéndose del corredor, salió a la calle. Los "canillitas" voceaban la tercera edición de los diarios de la tarde con: "¡El gran escándalo de la Bolsa de Comercio!"

Andrés, perplejo, la interrogó:

—¿Qué ha sucedido? Cuéntame...

—Todavía no puedo decírtelo con exactitud, pero sospecho que me he salvado. Vamos a tomar el té por ahí, y veremos qué es lo que hay.

Entraron en una confitería, y allí Clara, pidiendo un diario, leyó la noticia y exclamó:

—Mira, Ricardo, aquí está la explicación de todo.

El le tomó el diario, y en alta voz leyó a su vez:

"En la Bolsa de Comercio se produjo un tumulto apenas iniciadas las operaciones del día, motivado por la noticia transmitida desde Montevideo, según la cual el señor Lucio Anzorena, presidente de la Corporación Imperial habría declarado que las utilidades de esa compañía no justificaban un precio superior a 10 pesos por acción. Es de notar que en los últimos meses se había especulado fuertemente con esas acciones. Hoy abrió la rueda con una cotización de 69 pesos, que descendió de golpe a 15 y 1|2, al conocerse las declaraciones del señor Anzorena."

Clara, triunfante, le explicó a Andrés:

—He ganado, sin querer y sin saberlo, 15.000 pesos, que son muy míos. Mañana el corredor me liquidará, y abonará la diferencia entre el precio a que compré, o sea 29 pesos por acción, y el de venta, o sea 62. Pero la baja fué providencial para mí, pues si no hubiera vendido, tendría que cubrir la diferencia entre 29 y 10, o sea 19 pesos por acción, lo que hace la bonita suma de 9.500 pesos. ¿Te has enterado?

—No mucho. ¿Y ahora?...

—Hijo mío; nos casaremos. Malbrán se consolará especulando y seduciendo muchachas, y yo juro que jamás volveré a operar en la Bolsa.

FIN

"Es la PUREZA DE SUNLIGHT QUE HACE LA DIFERENCIA"

"He probado muchos jabones pero ninguno de ellos ha dado a mis ropas la hermosa blancura que proporciona el Sunlight." Es por su maravillosa pureza que tantas mujeres prefieren el Sunlight. Con la rica y penetrante espuma del Jabón Sunlight, la ropa de la casa queda de una blancura inmaculada— las prendas de color conservan su belleza y frescura. Además, el empleo de Sunlight prolonga la duración de todo lo que se lava con él.

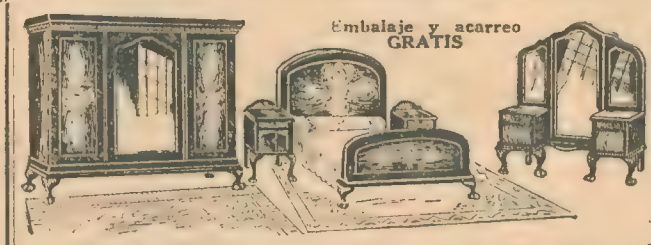
Busque la garantía de pureza de $10,000 sobre cada pastilla de Sunlight.

«En dos tamaños —30 y 50 ctvs»

Jabon Sunlight

LEVER HERMANOS LIMITADA, BUENOS AIRES. S L 58

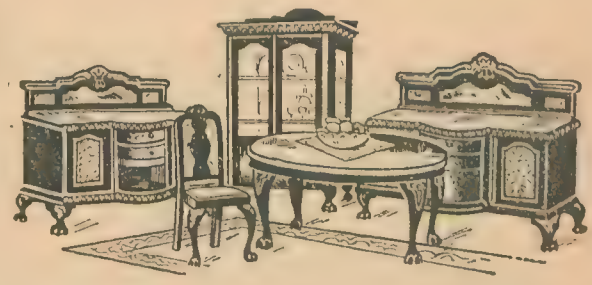
RAVEL HNOS MUEBLES FABRICANTES CORRIENTES 1835 BUENOS AIRES IMPORTADORES



Embalaje y acarreo GRATIS

Sólido dormitorio macizo estilo "Chippendale", lustre a "muñeca", en color caoba o nogal, lunas "Saint Gobain", herrajes cincelados plateados, bisagras de piano. Compuesto de: ropero de 3 cuerpos, con divisiones, gavetas y estantes; cama 2 plazas con elástico "Imperial" reforzado; toilette probador con alas movibles; 2 mesas de luz; percha; toallero y perchas interiores..... $ 205.-

GRAN SURTIDO EN CAMAS DE BRONCE



Comedor "Chippendale" o "Reina Ana", construcción esmeradísima, tallas en relieve, cajonería bombé, lustre a "muñeca", cristalería "Belga", herrajes platinados o pavonados, tonos claros u obscuros. Compuesto de: aparador 3 cuerpos, trinchante, mesa ovalada con 1 tabla de extensión y 6 sillas tapizadas en cuero..... $ 295.-

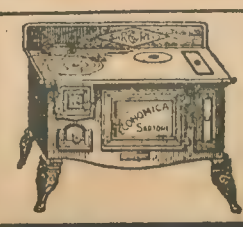
Vitrina con estantes de cristal y espejo interior..... $ 85

Detentamos el récord de los precios bajos por artículos de calidad; encarecemos su visita, o soliciten catálogos sin compromiso.

SUNSET

lo mejor para teñir dará a sus vestidos el color de moda y le evitarán comprar nuevos.

SUNSET no es una simple anilina, sino un "jabón de teñir" que LAVA y TIÑE a la vez; por eso las prendas teñidas con SUNSET parecen recién compradas.



COCINAS ECONOMICAS "SARTORE"

Ahorran trabajo y economizan dinero cada día que se usan

Catálogo gratis enviamos a cualquier punto del País. Nuestros precios módicos, compensan con creces los gastos del flete.

C. D. SARTORE & HIJOS CARLOS CALVO 3950 Buenos Aires

A los ferroviarios, créditos a pagar desde $ 5.50 por mes.

NUEVOS Y DELICADOS

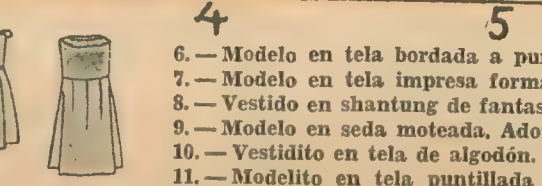
1. — Vestidito en velo naranja moteado de blanco. Cuello de piqué.

2. — Modelo en cretona cuadriculada con fruncidos en el cuello y mangas.

3. — Precioso vestidito en tela cuadriculada y con dos grandes moños sobre los hombros.

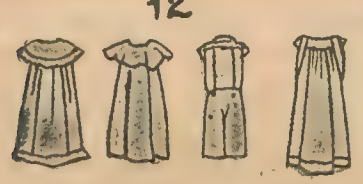
4. — Vestidito en tela de algodón de fantasía. Cuello plisado.

5. — Vestidito en seda artificial. Filetes plisados blancos.



6. — Modelo en tela bordada a punto de cruz.
7. — Modelo en tela impresa formando una capa. Nidos de abeja.
8. — Vestido en shantung de fantasía. Manga corta. Fruncidos en el canesú.
9. — Modelo en seda moteada. Adornos fruncidos.
10. — Vestidito en tela de algodón. Capita formada por las propias mangas.
11. — Modelito en tela puntillada formando canesú. Cuello blanco.
12. — Trajecito para niño, en tela formando un plastrón. Botones rojos.

MODELOS PARA NIÑOS



12 13 14 15 16 17

13. — Vestido en tela de algodón moteada. Adornos de bandas y botones rojos.

14. — Modelo en seda artificial de lindo dibujo. Falda plisada unida a un corpiño.

15. — Vestidito en sedita impresa, orlada de pequeños plisados.

16. — Vestido en sedita formando canesú y con volados en la falda.

17. — Vestidito acampanado, en tela de algodón cuadriculado. Cuello blanco.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la Dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". — Hágase ver por un especialista. Por los síntomas que usted nos transmite en su carta, es posible que tenga parásitos en sus intestinos, que desarrollen una peligrosa actividad patógena. No debe, por otra parte, alarmarse, pues la ciencia posee recursos para combatirlos con éxito. La "entomoeba histolytica" habita entre el intestino grueso, sobre el ciego, y también en el apéndice de los seres que habitan comúnmente en los países intertropicales. La enfermedad grave que produce es la llamada disentería tropical o amebiana, cuyo síntoma principal es las continuas diarreas dolorosas y sanguinolentas, la pérdida de apetito y de peso, hasta producir consunción. Estos datos se los facilitamos a título meramente ilustrativo, pues no es común entre nosotros ese mal. Convendría, no obstante, que recurra a los servicios de un médico.

●●

Una de las variedades que existen entre los cangrejos de río.

FELIPE. — Gracias por sus conceptos acerca de nuestra sección. Puede usted satisfacer su curiosidad de pequeño naturalista, sabiendo que los órganos respiratorios del cangrejo de río están alojados en una cavidad, denominada cavidad branquial. Esta cavidad está limitada exteriormente por la parte del caparazón del cangrejo que recubre el céfalotórax e interiormente por la pared del cuerpo. Ahora bien; la cavidad branquial comunica con el exterior por medio de una hendidura inferior y longitudinal, por la cual entra y sale el agua que daña las branquias. El número de branquias es de diez y ocho.

●●

UN LECTOR. — En la frase "El brillo y lustre transparentes que da esta cera" que usted transcribe, el vocablo "transparentes" puede ir en singular, es decir transparente, pues el uso ha impuesto esa forma, pues brillo y lustre son casi sinónimos y alcanza a ambos el adjetivo, en singular gramaticalmente. La forma correcta es transparente.

●●

TEATRALISTA. — Edmundo Guilbourg está actualmente en París. Nació en Buenos Aires el 15 de diciembre de 1893. Su primer obra teatral fué la traducción de "El doctor Kohn" de Max Nordau. En 1920 se puso en escena "El sendero en las tinieblas", que es quizá la más popular de sus obras.

FUTURO DIBUJANTE B x B. — No podemos recomendarle ninguna academia de dibujo por correspondencia, pues eso no está dentro de la índole de nuestra sección. Los títulos que otorgan esas escuelas no tienen ningún valor oficial. No podemos, pues, recomendarle su validez para encontrar "trabajo fácilmente y sin tropiezos", como usted expresa.

●●

ADMIRADOR DEL UNICO. — Fiume fué ocupada por D'Annunzio el 12 de septiembre de 1919.

●●

SEPARATISTA. — La población de Barcelona se calcula actualmente en 710.000 almas, con la población flotante, es decir, la que se integra con la gente que tiene sus ocupaciones en la ciudad, pero que habita en los pueblos cercanos, ese número se eleva, quizá, a 1.000.000 de almas.

●●

ESTUDIANTE. — Los egipcios y los hebreos, así como los fenicios, los caldeos y los asirios escribieron de derecha a izquierda. Los griegos adoptaron también, al principio, esta forma de escritura, luego adoptaron el ritmo de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, hasta que, finalmente, adoptaron, como única y definitiva, la dirección de derecha a izquierda. La razón que se ha querido encontrar a esto es que es la forma más práctica de escribir, pues la mano no oculta parte de los caracteres, como ocurre con el otro sistema. Los chinos, en cambio, escriben perpendicularmente, de arriba hacia abajo.

6 DE SEPTIEMBRE. — El ministerio del señor Irigoyen durante su presidencia 1916-22 fué el siguiente: Interior, Ramón Gómez y luego Francisco Beiró. Justicia e Instrucción Pública, José S. Salinas, durante todo el período. Relaciones Exteriores y Culto, Carlos A. Becú, Honorio Pueyrredón y Pablo Torello, que lo ejerció interinamente. Hacienda, Domingo E. Salaberry. Agricultura, Honorio Pueyrredón, Alfredo Demarchi, Eudoro Vargas Gómez y Carlos J. Rodríguez. Obras Públicas, Pablo Torello. Guerra, Elpidio González y Julio Moreno y Marina Federico Alvarez de Toledo, Julio Moreno (interinamente) y Tomás Zurueta. El vicepresidente fué Pelagio B. Luna.

Vista del puerto de Fiume.

●●

GUILLERMO PADINES (Bahía Blanca). — Para extirpar los piojos, pulgones, que son los nombres vulgares de los parásitos que afectan a ciertas plantas, entre ellos los rosales y crisantemos, es bueno rociarlos con una solución de agua con sulfato de cobre. Puede agregársele también cal.

Otro procedimiento que se recomienda es rociarlos o "espolvorearlos" con agua y azufre.

EL ARTE DE CONTESTAR

FLOR DE LIS. — Para preparar los alcauciles al infierno debe procederse en la siguiente forma. Se lavan bien, se les corta las puntas y se colocan en una asadera, bien apretados, después de haber entreabierto las hojas, colocando en su interior un poco de jamón o tocino bien picado, con sal y pimienta en poca cantidad, naturalmente, una cebolla bien picada, ajo, perejil picado, pan pisado, no mucho, y aceite encima de cada uno. Luego se vierte en la asadera un vaso de agua y otro de vino blanco, colocándola en un horno, donde deberán cocerse durante hora y media, o hasta que usted advierta que están a punto.

●●

ITALIANO. — El vuelo a que usted se refiere en una sola etapa, desde Roma al Brasil, fué realizado por los aviadores italianos Ferrarín y Del Prete, en un hidroavión "Savoia Marchetti 64". El itinerario fué el siguiente: partieron del aeródromo de Montecelio el 3 de julio de 1928, cruzaron el Atlántico, volaron sobre Natal y continuaron hacia el sud, pero, debido a la niebla, volvieron hacia el norte, y el 5 de julio, dos días después de emprendida la hazaña, descendieron en Touros, en el estado de Río Grande del Norte. El recorrido fué de 7.163 kilómetros, y el tiempo empleado 49 horas y diez minutos.

El aviador Arturo Ferrarín

●●

GUIDO J. BLOTTI (Charata). — Pregunta usted cómo se hacen los tallarines de espinacas y qué colorantes se usan para hacer los tallarines verdes. Unos y otros son de una misma clase, es decir, que estos últimos no son sino tallarines de pasta con espinacas. He aquí la fórmula para hacerlos: "Hágase la masa con medio kilo de harina, cuatro huevos, un puñado de espinacas hervidas, bien exprimidas, que se incorpora a la pasta para estirarla luego en hojas delgadas, se espolvorean con harina y se dejan orear una hora más o menos, procediéndose luego a cortarlas en hojas muy finas. Luego se los pone a cocer, a los tallarines ya cortados, en agua y sal, hasta que estén a punto. Se pasan por un colador y se acomodan en la fuente, agregándosele la salsa del estofado. Pueden servirse también con manteca derretida y queso rallado encima.

Su valor nutritivo es el mismo, más o menos, de los tallarines de harina de trigo pura, con el agregado de que la espinaca es una verdura que contiene substancias minerales y que se recomienda para la sangre. Próximamente evacuaremos las consultas hechas en otras cartas suyas.

¿SUICIDIO O DOBLE CRIMEN? (Continuación de la página 38)

rrido en las habitaciones de la actriz. En todos sus puntos Gregorio confirmó las palabras de Estrella, sin saber que ella había participado en aquel asunto. Hábilmente interrogado por Blake, el joven, visiblemente excitado, exclamó:

—¡No puedo soportar por más tiempo este secreto! ¡Sara Cruz ya estaba muerta cuando yo entré en sus habitaciones! Habíamos acabado de reñir cuando ella fué a su boudoir a cambiarse de ropas, diciendo que iría inmediatamente a delatarme a los periódicos. Unos pocos segundos después oí unos ruidos extraños, guturales. Corrí y la encontré en los espasmos de la agonía. Toda la noche se había sentido mal. Cuando entré por vez primera la encontré en compañía de un joven amigo suyo, un tal Alberto Laon, a quien a menudo solía encontrar allí. Le estaba colocando compresas sobre la frente. Finalmente, ella lo rechazó diciéndole que se fuera, pues tenía ciertas cuentas que arreglar conmigo. Discutimos acaloradamente durante media hora, en la cual ella no hizo más que amenazarme con llevar a los periódicos ciertos cheques que yo le había entregado hacía ya tiempo. Y fué en la mitad de esa discusión cuando murió.

—Comprenderá usted, señor Bernárdez—dijo Blake,—que esto lo coloca en una situación muy delicada. ¿Por qué volvió usted a las habitaciones de Sara a las once y media?

—Es que me hallaba en un estado de ánimo tan horrible que en aquellos momentos no hice más que suponer que a la postre sería yo acusado de asesinato y volví para buscar alguna forma de salir de aquel atolladero. ¡Pero yo no soy un criminal!—continuó nerviosamente.—Recuerde que Velaz también fué asesinado. ¿Qué motivos tenía yo para haber hecho eso con Velaz?

—Los mismos que pudo haber tenido cualquiera otra persona.

—De todas maneras, lamento decírselo, señor Bernárdez, pero tendré que detenerlo a usted.

Dió una breve orden al oficial que se hallaba en la puerta y pocos segundos después, Gregorio era conducido a una celda. Pasaron los minutos y, a pesar de ser ya las cuatro y media, Alberto Laon aún no había llegado. Esto hizo sospechar a ambos hombres.

A las cinco Blake y Robin Dale salieron en dirección a su casa. Era una pequeña vivienda un tanto retirada del centro. Por fortuna encontraron allí al joven. Mientras Blake lo interrogaba, Dale observó la pequeña sala en que estaba. Por todas partes se veían retratos de Sara, todos colocados en lujosos marcos. Alberto Laon apenas contaba treinta años; era de buena figura, pero tenía en su rostro cierto aire de infantil, pareció no agradarle la visita de los policías.

—¿Para qué querían ustedes que fuera al Departamento? Nada puedo decirles acerca de la muerte de Sara. Ella ha muerto, ¿no es suficiente? Si me hubiera hecho caso, no le hubiera ocurrido tal cosa. Amaba a Sara desde muy niño, pues nos criamos juntos. Pero ella siempre se burló de mi amor. Pero ahora se ha ido y nada me resta por hacer... Pero ¿por qué he de hablarles a ustedes sobre este asunto? ¿Creen que se suicidó? No. Ella no se quitó la vida... Fué algún hombre, tal como yo se lo dije muchas veces. ¿Por qué no tratan de encontrar al criminal en lugar de interrogarme con preguntas inútiles? Ella ya estaba muerta anoche cuando yo escribí esto — y señaló algunos papeles que había sobre la mesa.— Creí que escribiendo cosas bonitas la conquistaría. Pero no tuve tiempo de enviárselas...

Dale tomó una carta de la mesa y la leyó. Era, en efecto, una declaración amorosa; el pedido suplicante de un hombre que se humilla para conquistar un amor. Después el detective se dirigió a un pequeño escritorio que había en un rincón de la habitación y escribió algunas palabras sobre un sobre. Cuando Blake se dió por satisfecho con su interrogatorio, ambos detectives salieron, y ya en la calle Dale dijo:

—Sería conveniente que pusiera un hombre en la puerta de esta casa... y en la de todos los demás. Mañana por la mañana tendrá usted al criminal en sus manos. No me haga preguntas ahora, ya conversaremos esta noche. Ahora necesito ir a las habitaciones de Sara.

Ya en ellas Dale se dirigió directamente hacia el canasto de las basuras y lo miró con atención. Podían verse en el fondo varias migas y cortezas de pan, un par de pequeños sobres que habían contenido bromuro y dos cartas rotas.

—No necesito más, Blake, Mañana a las ocho nos encontraremos aquí. Traiga también algún doctor, pues sospecho que será necesario diagnosticar alguna muerte por envenenamiento.

Después de esto Robin Dale se sentó y escribió una corta esquela. A pesar de las pocas palabras que escribió tardó más de media hora en hacerlo. ¡Debía resultarle muy difícil escribirla! Luego llamó un mensajero y se la entregó con orden de que exactamente a las nueve de la mañana la pusiera en manos de la persona a quien iba dirigida.

¿Cómo fué envenenada Sara Cruz? ¿Quién mató a Oscar Velaz? ¿A quién iba dirigida la esquela hecha por Dale? ¿Qué motivos provocaron el doble crimen?

Vea la página 61.

EL SOMETIMIENTO DE LA MUJER A LA TIRANIA...

(Continuación de la pág. 45)

ciones de sus dictadores, de sus tiranos.

Este desastre, que es el más risible de que se tenga memoria, debería servir de ejemplo como uno de los más divertidos y tristes espectáculos de entrega incondicional y vergonzosa derrota.

Tras de años de emancipación, después de haber manejado ambulancias de guerra vestidas de kaki, y de haber reducido tal vez en un cincuenta por ciento su vestimenta, las vemos claudicar y ataviarse con vestidos largos y volver a arrastrar por los salones las largas y ridículas colas de sus vestidos.

¡Así se afirma el poder adquisitivo de la mujer! ¡Así se afirma, aceptando la dictadura que se le impone en vez de crear una propia, que sería de poderoso imperio!

Hasta los pretextos con que disculparon su entrega les fueron impuestos. Juntamente con las faldas largas, la industria se ocupó de que se hicieran circular frases de autojustificación.

"¡Hay que volver a lo femenino!", se dijo. ¿Qué significaba esa frase? Poco importaba. Lo que sí importaba era que las mujeres, al ponerse otra vez de largo, para desvirtuar la ridiculez del espectáculo, repitieran la frase consagrada: "¡Más femenino!"

Después de eso fué fácil el retorno del corsé. "¡Más feminidad!"..., y los cuerpos volvieron a ser oprimidos por la dureza de las ballenas de acero. ¡Pobres cuerpos acostumbrados a la libertad y a la soltura en años de emancipación!

La mujer adopta, no crea. Cuando la moda lo dispone se convierte en grey, en rebaño; cría a sus hijos en majadas y se alimenta en hordas. Por influjo, por sugestión externa responde a cualquier estímulo antiguo presentado con habilidad a que se la quiera someter, y ordena su vida y la de su familia según las exigencias de cualquiera, excepto las de su propio raciocinio.

FIN

¿Cómo termina este cuento?

Cien Pesos Puede Ganar Cualquiera de Nuestros Lectores

El cuento que se publica en este número en la página 54 no tiene final. Los lectores pueden remitirnos el que crean más adecuado y que tenga alrededor de TRESCIENTAS PALABRAS.

La Dirección de "MUNDO ARGENTINO"

elegirá el mejor desenlace y premiará a su autor con

CIEN PESOS

publicando el cuento completo y el retrato del autor.

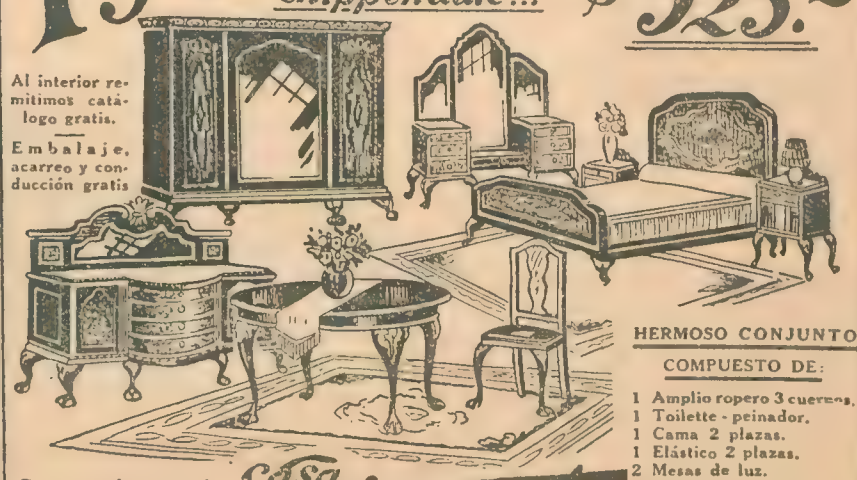
48 horas quedan para enviar el final

Pasada esta fecha, todos los que lleguen quedarán fuera de concurso. El resultado se publicará el 18 DE NOVIEMBRE. Todo final debe venir con la firma auténtica y la dirección del autor, y debe remitirse así: Dirección de MUNDO ARGENTINO. Concurso ¿COMO TERMINA ESTE CUENTO? Río de Janeiro, 300.

Pruebe su ingenio y gánese cien pesos

19 Piezas por solo $ 325.~

Chippendale...



Al interior remitimos catálogo gratis.

Embalaje, acarreo y conducción gratis

HERMOSO CONJUNTO

COMPUESTO DE:

1 Amplio ropero 3 cuerpos.
1 Toilette - peinador.
1 Cama 2 plazas.
1 Elástico 2 plazas.
2 Mesas de luz.
1 Percha 3 ganchos.
1 Banqueta.
1 Toallero - Percha.
1 Cenicero de pie.
6 Perchas ropero.
1 Gran aparador.
1 Mesa ovalada con una tabla repuesto.
6 Sillas tapizadas en cuero.

Contra giro, enviamos estos mismos muebles al interior.

LAS PIEZAS DE ESTE JUEGO SE VENDEN TAMBIEN SUELTAS

Casa Gicovate

LA CASA MAS GRANDE DE SUS RAMOS

SECCION MUEBLES:

490 - Talcahuano 490 - Bs. Aires

Lo que Vd. necesita, Señora, es fortificar su sangre con hierro

¡Pobre señora enfermiza! ¡Sufriendo de irregularidades en el período, mes tras mes y ansiando obtener un alivio!

¿Por qué envidiar la salud vibrante y la felicidad de otras mujeres? Lo que Vd. necesita es depurar y tonificar su sangre con hierro - con hierro asimilable - como está preparado en la POCION COLLAZO.

Tome Vd. una cucharada de POCION COLLAZO antes de cada comida. Su sangre aumentará en glóbulos rojos, su organismo funcionará mejor, asimilará más los alimentos y sus mejillas y labios tomarán color. A los pocos días empezará a sentir los beneficios de una buena salud y el gozo de una vida vibrante de felicidad.

La POCION COLLAZO es el Tónico Depurativo que los médicos recomiendan para Hombres, Mujeres y Niños de todas las edades.

Pida folletos gratis a Moreno 1027, Buenos Aires, o a la Farmacia del Cóndor, Rosario.

EL REY QUE TENIA...

(Continuación de la página 40)

a matar cualquier mosca delante del pueblo, ello sería interpretado como una señal de rebelión y la cabeza del autor de sus días rodaría inmediatamente de las gradas del trono. Por eso es que nunca se hubiera atrevido, ni aun en la más crítica de las circunstancias, a no matar la mosca.

Y así transcurrían los días de la princesa y del padre. Este estaba ya cansado de levantar siempre la misma mano negra y deseaba, naturalmente, y de acuerdo con sus ideas, que la blanca cambiase de color. Pero no se pueden varias los dictámenes del destino, pues varias veces había intentado, inútilmente, teñírsela con tinta obscura o con carbón en polvo, o con negro de humo. La mano permanecía invariablemente blanca.

Hasta que cierta vez llegó a la ciudad un extraño personaje, que se decía habitante del País Donde no Existe la Luna, y que poseía fórmulas secretas para satisfacer cualquier deseo, siempre que se le abonase lo que él pidiera. Y como siempre eran sumas fabulosas o cosas extraordinarias, no encontraba ocasión de que se pusiera a prueba su ciencia y su habilidad. Cuando llegó a oídos del rey la historia de su misteriosa sabiduría lo hizo llegar a su presencia.

— Quiero — le dijo — que transformes esta mano blanca en una negra.

— Más fácil será volver la negra blanca — contestó el habitante del País Donde no Existe la Luna.

—Mata esa mosca—exclamó de pronto el soberano.

El extranjero ya se iba a abalanzar sobre el insecto cuando el rey levantó la mano negra y dos esclavos formidables lo contuvieron.

— ¿Cómo te atreves a hacer lo que es exclusivo deber de mi hija?—vociferó indignado, y luego, como si hablara consigo mismo o no tuviese ninguna importancia lo que decía: — Denle cincuenta azotes en una oreja.

Así trataron de hacerlo los esclavos, pero al cabo de un rato volvieron, azorados.

— Majestad, no podemos cumplir vuestra orden.

— ¿Por qué? — gritó en el colmo de la indignación.

— Porque el extranjero no tiene orejas.

— ¡Quémenle entonces la nariz con un carbón!

Pero al rato volvieron los esclavos.

— Majestad, el extranjero no tiene nariz.

— No puede ser — exclamó éste. — Tráiganlo a mi presencia, y si no es cierto lo que afirman, los arrojaré al cubil de los leones.

Y cuando el habitante del País Donde no Existe la Luna compareció de nuevo, tenía, en vez de dos orejas, cuatro, y en vez de una nariz, dos.

Grande fué la mezcla de asombro y de indignación que sintió el rey, y más cuando una mosca tremenda pareció salir de una de las orejas del extranjero y fué a posarse sobre su mano negra.

— ¡Mata esa mosca! — gritó, entonces, furioso.

Pero como la princesa no se hubiera atrevido jamás a golpear la regia mano, la mosca siguió sobre ella sin ser incomodada.

— ¡Mata esa mosca!—volvió a rugir, ciego de ira.

La princesa dió entonces un palmetazo sobre la mano del rey, pero la mosca rápidamente se posó en su nariz.

El rey no podía echarse atrás, aunque se tratase de su magnífica nariz, y volvió a rugir:

— ¡Mata esa mosca!

Y recibió otro palmetazo, sin conseguir que el insecto muriese.

Y como si esto fuera poco, el habitante del País Donde no Existe la Luna colocó una cajita en el suelo, y a cada palabra que pronunciaba el soberano una mosca salía volando e iba a posarse en algún pliegue de su regio manto. Y al cabo de poco tiempo la pantalla de la princesa no daba abasto para perseguir tantas moscas y errar tantos tiros, pues ni una sola había sido muerta.

El rey se levantó y pasó a la cámara donde estaba reunido el consejo de ministros para decidir la suerte del extranjero que, seguramente, sería condenado a muerte, seguido de un ejército de moscas, de todos colores, que danzaban y zumbaban alrededor suyo con un ronroneo enloquecedor.

Y cuenta la historia que en aquel mismo consejo se decidió que la mano negra del rey estaba de más y que debía cortársela, pues los ministros y generales estaban decididos a poner término a su despotismo, pues temían más a las moscas que comenzaban a invadir el reino que a su cólera.

Y cuenta también la historia que llamado el extranjero, tocó un silbato y todas las moscas cayeron muertas, al mismo tiempo que la mano del rey se volvía enteramente blanca.

Y fué esta mano la que bendijo la unión de su hija con el habitante del País Donde no Existe la Luna.

Y cuando volvió a su reino, con su esposa, en una carroza más hermosa que un hermoso sueño, una luna enorme y redonda lucía en el cielo que hasta entonces había carecido de ella.

Y desde entonces sus súbditos llaman, poéticamente, a la reina:

"La mujer que trajo la Luna."

FIN

Viajes de tres minutos para leer en clase:

ORIENTE

Señorita maestra: { **Cuando en su grado corresponda "Lectura libre", haga que sus alumnos lean estos temas. Son instructivos y amenos.**

Muchos viajeros consideran a Hong Kong el lugar más bello de Asia. Lo cierto es que es el punto comercial más importante de todo Oriente. Su gran actividad de tráfico es debida a que está situado justamente en la ruta comercial a seguir entre la India y China. El puerto de Hong Kong es formidable. Tiene quince millas de extensión y montañas que parecen ser espectadores silenciosos de su gran movimiento. Pocas personas saben, sin embargo, que el nombre de la ciudad que se extiende en sus afueras es Victoria. Desde setenta y cinco años Gran Bretaña es su dueña, habiendo siempre mantenido esta gran llave que tanto impulso ha dado a sus muchas industrias. Yace a los pies de una montaña de una altura no menor de 1800 metros, donde viven gran cantidad de familias, la mayoría de las cuales son inglesas. Al llegar a su cima y mirar el maravilloso paisaje que se ofrece a los ojos del espectador, se experimenta la sensación de hallarse presenciando algo digno de un bello cuadro. Es curioso el hecho de que, a pesar de ser el noventa y cinco por ciento de los habitantes de Hong Kong chinos, la ciudad pertenece a Inglaterra. A pesar de ello, los coolíes viven tan primitivamente como en la mayor parte de la China. Los que viven en los botes continuamente y en las bahías alcanzan a cincuenta mil, cifra ésta muy excedida en tierra donde los coolíes abundan mucho. Viéndola desde el puerto, con sus enormes montañas y sus casas pequeñas, Hong Kong presenta un aspecto sumamente agradable. Pueden observarse ocasionalmente palacios de estilo inglés, donde viven las autoridades o la mayor parte de los comerciantes, que tienen en aquel puerto un magnífico instrumento para sus operaciones.

Hermoso aspecto a vuelo de pájaro del puerto de Hong Kong, en la China.

LA CASA DE LOS...

(Continuación de la página 19)

pejo y una carcajada disipó nuestra tristeza. Acreció nuestra hilaridad la sorpresa de un sirviente que apareció trayéndonos vasos de té de menta. Al retirarse él, dimos unos toques más a nuestros rostros y aspecto general, de tal modo que difícilmente se hubieran podido encontrar dos seres más grotescos que los que encontró nuestro guardián cuando, hacia la entrada del sol, se presentó con una palangana, un pedazo de jabón amarillo y una gran toalla de lienzo crudo.

Nos comunicó que debíamos lavarnos, y como yo le dijera que no pensábamos hacerlo, manifestó que nos lavaríamos o él se encargaría de hacerlo.

— Nos van a lavar por la fuerza — exclamé.

No nos quedó más recurso que lavarnos y arreglarnos. Fracasado nuestro primer plan de escapatoria, nos dimos a considerar otro que no era ni más ni menos que el asesinato de nuestro guardián. La única arma con que contábamos era un jarrón de arcilla que nos habían dejado lleno de agua. Lo vaciamos y comenzamos a ensayarnos para rompérselo en la cabeza al carcelero. Mientras nos hallábamos en tan agradable ocupación, un árabe entró a nuestra pieza. Al entrar se volvió, conversó con alguien de afuera y luego cerró la puerta.

El árabe avanzó; ostentaba todo un arsenal en la cintura, lo que nos hizo abandonar nuestro segundo plan de fuga.

El hombre se acercó a nosotras y nos dijo en correcto inglés:

— No teman nada. Vengo a salvarlas. Tuve que disfrazarme para llegar hasta aquí. En medio de todo fué una suerte que las viera entrar aquí.

—¿Quién diablos es usted? — inquirimos, vacilantes aún, dominadas por las más raras sensaciones físicas, pues el exceso de terror produce efectos análogos a los de la indigestión.

— Soy tan inglés como ustedes, y les hablé anoche. ¿No se acuerdan?

Se oyó un ruido en la puerta y nuestro visitante empezó a charlar en árabe. Se nos cortó el aliento.

— Griten — nos dijo. — Formen un escándalo.

Mi compañera cayó sobre uno de los colchones, presa de un ataque de nervios. Cuando estuvimos libres, dijo que había fingido, pero en aquellos momentos parecía bien verdadero.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? — pregunté.

— Vean. En primer lugar se van a emborrachar, a fin de que nadie sospeche nada. Después, cuando estén muy ocupados y el dueño de casa duerma, no tendremos que lidiar nada más que con el portero: lo sobornaremos. Pero ustedes tienen que ayudarme. Den muestras de agitación y terror. ¡Vamos a ver!

Gritó, y el rostro innoble de un negrazo apareció en la puerta. Nuestro amigo le ordenó que trajera alcohol.

No bebíamos en realidad, sino que derramábamos la bebida, y nuestro compañero e invitante, tirado sobre los cojines, pedía insistentemente más, con voz insegura. Tiraba el dinero con tanta despreocupación, que, al observar la expresión facial de un tipo de rostro hirsuto y desnudo, pues apenas ostentaba un taparrabos, temí por su vida, y sospeché que podrían intentar asesinarlo. Pero él también lo había notado y nos dijo:

— Ese es el guardián, y apostaría cualquier cosa a que vuelve cuando juzgue que todos estamos dormidos.

Nos arreglamos, tanto estratégica como subjetivamente y esperamos. A mí me parecía que transcurrían horas antes de que se apagaran todos los ruidos en aquella casa infernal, y más horas todavía hasta que pasos furtivos se acercaron a nuestra puerta.

— Ahí viene. ¡Cuidado! — nos secreteó nuestro fabuloso libertador.

La puerta se abrió, pero después no se oyó nada por un espacio de tiempo que se me antojó increíblemente largo. Yo vibraba de emoción, el corazón golpeaba contra mi pecho como si fuera un martillo. De repente, la obscuridad se pobló de ruidos extraños e incoherentes. Me puse de pie, empuñando la jarra. Un bulto que respiraba estertóreamente vino a chocar contra mis piernas, y yo golpeé con todas mis fuerzas. Afortunadamente pegué con acierto. Oí que el inglés me decía:

—Corra. Escapémonos. ¡Maldito sea!

Agarré a mi compañera y nos lanzamos escaleras abajo. El inglés se quedó para proteger nuestra huida en caso necesario.

— Abran la puerta y salgan a la calle — me dijo. — Yo las alcanzaré en seguida.

La puerta tenía dos cerraduras. Estaba tratando de abrirlas, cuando en el piso alto brilló una luz. Alguien corría hacia abajo, a grandes saltos, seguido por una confusa vocinglería.

Alguien me hizo a un lado, y la puerta se abrió con violencia. En seguida los tres nos hallamos en la calle.

— Corran — nos ordenó el inglés. — Pero ¿no pueden correr?

Corrimos por aquella calleja mal empedrada, dando tumbos y caídas. Nuestros corazones parecían querer estallar. Respirábamos con dificultad; nos ahogábamos.

Mi compañera, desfalleciente, nos avisó:

—No puedo más. Déjenme. Me caigo...

El inglés juraba, irritado. La tomamos cada uno de un brazo y la arrastramos con nosotros.

Se me salió un zapato. No esperé a levantarlo. Caí de rodillas y sentí como si se me hubiera roto algún hueso. El inglés nos azuzaba. Su turbante había desaparecido, así como también la mitad de la barba postiza. Con una mano sostenía sus largas ropas talares. La faja se le soltaba. Todo aquello era tan ridículo, tan absurdo que sentía vehementes tentaciones de reír.

Así llegamos a una pequeña taberna completamente desierta.

—¡Nos salvamos! — exclamó nuestro salvador. — ¡A la salud de todos vosotros! — agregó, levantando su vaso.

—¿Quién es usted? ¿De dónde salió? ¿Qué hacía en aquella casa? ¿Cómo se las arregló para saber que nosotras estábamos presas?

— He estado aprendiendo el árabe. Hice de actor muchas veces en la universidad de Oxford, y me pareció que sería muy divertido tratar de burlar a los secuestradores de ustedes. Aquello era, efectivamente, una especie de hotelucho árabe, y me presenté como pasajero. Luego cuando fuí a la pieza de ustedes y pedí bebida, pensaron que me podrían matar y robarme. He corrido muchas aventuras, pero ninguna tan brava como esta. Cuando golpeé a aquel bandido en la garganta, creí que no saldría con vida, porque el salvaje tenía un cuchillo en la cintura y alcanzó a sacarlo. En ese momento usted lo desmayó de un golpe, que si no, mal me hubiera ido.

Callo el nombre de nuestro salvador, porque temo que su divulgación no lo haga feliz. Tenía entonces unos veinticinco años. Han transcurrido doce. A veces lo encuentro en ceremonias oficiales. El es ahora un poco pomposo. Se le señala como candidato a una gobernación colonial, porque "entiende tan bien a los indígenas", según se dice. Cuando le recuerdo lo de Orán, se molesta:

— Muy reprochable. Me conduje como un niño. Debí haber dado cuenta a las autoridades.

— Sí, pero usted se divirtió.

— En cambio, a usted no le causó mucha gracia el asunto. A veces, cuando veo que se la considera una intrépida exploradora, me acuerdo del miedo que se había apoderado de usted, aquella noche. Me temía... a mí.

FIN

¿SUICIDIO O DOBLE CRIMEN?

(Continuación de la página 59)

A la hora exacta fijada por Robin Dale, Blake, el sargento Harding y el doctor Pérez, de la policía, se encontraron en el vestíbulo del hotel.

— Ahora caminaremos un poco, caballeros — dijo Dale. — No iremos muy lejos.

Pocos minutos después estaban ante una pequeña vivienda un tanto retirada del centro.

Se dirigieron directamente a las habitaciones de Alberto Laon.

— Creo que no habrá necesidad de que llamemos a la puerta.

Esta se hallaba abierta. Entraron. Laon no estaba en la salita. Lo encontraron en su dormitorio, tirado sobre la cama. ¡Estaba muerto! A su lado podía verse un pequeño papel. Dale lo tomó y se lo entregó a Blake, que leyó: "Pobre muchacho. La farsa ha terminado. El bromuro es a veces la muerte. Descubrirla es trágico. La policía estará aquí para apresarte después de las diez. Tal vez te interese saberlo por adelantado. Dale, un repórter."

Más abajo podían verse unas líneas escritas a pluma por Alberto Laon: "Gracias. Sara se ha ido y ya para nada me sirve la vida."

Blake miró extrañado a Dale.

—Esta mañana Alberto recibió la esquela escrita por mí. Supuse que lo mejor sería hacer esto y ahorrarle con ello al Estado mucho dinero y a varias personas una mancha en su reputación. De todos modos el infeliz habría tenido que esperar varios meses hasta que la silla eléctrica pusiera fin a su existencia. Quise ahorrarle así una agonía lenta. Es más justiciera y más suave.

El doctor Pérez había ya examinado el cadáver y certificado su muerte por envenenamiento con arsénico.

— Sólo había una persona, además de Velaz, que tenía entrada libre en las habitaciones de Sara Cruz. Esta persona era Alberto Laon. Conforme lo dijo ayer el pobre muchacho, se hallaba enloquecido por los celos. Había ya renunciado a toda esperanza y probablemente decidió que si Sara no era suya no lo fuera de nadie. Ante la presencia de Bernárdez, y mientras, como dijo éste, ponía compresas en la cabeza de la joven, vertió en un vaso de agua el veneno que llevaba en su bolsillo en una cápsula. Después se fué, o, mejor dicho, fué despedido por Sara. Bernárdez se quedó, y mientras discutía con ella ésta tomó el agua envenenada. Todo esto sucedió en pocos instantes. Al partir Bernárdez, Alberto regresó antes de que Velaz llegara; es decir, antes de que la puerta de la servidumbre fuera cerrada a las once. Aguardó a que el sereno se distrajera con algún encargo telefónico y entró. Quería ver el resultado de su acción. En eso estaba cuando Velaz entró inesperadamente y descubrió su presencia y con ello su crimen. Alberto comprendió que la única forma de hacerlo callar era darle muerte. Probablemente disparó el balazo con el revólver puesto dentro de su bolsillo, ahogando así el ruido. Después buscó alguna posibilidad de no ser descubierto y cerró la puerta, permaneciendo toda la noche con las dos personas a quienes había matado. En la propia habitación de Sara escribió su carta. Esto lo pude comprobar ayer al escribir con la tinta que él poseía en su habitación unas pocas palabras sobre un papel. ¡Aquella tinta no correspondía a la utilizada para escribir la carta! Cuando el sereno forzó la puerta y entró, lo primero que hizo fué ir a buscar a la policía. Estos momentos fueron aprovechados por Alberto para fugarse por la puerta de la servidumbre, que ya había sido abierta a las siete. Tuvo la suerte de que nadie lo viera. En el canasto de la basura de la habitación de Sara encontré varias migas y algunas cortezas de pan. Laon comió durante la noche y, al igual que cualquier otra persona lo hubiera hecho, arrojó los restos al canasto. Había allí también dos sobres muy pequeños que eran los que habían contenido el bromuro inofensivo.

Así fué aclarado aquel misterio del doble asesinato del hotel Sicamore. Aquella noche Robin Dale puso en su álbum de retratos uno de Sara Cruz que había encontrado en la habitación de Alberto, y en cuyo dorso éste había escrito las palabras que eran el reflejo de su amor humilde y alocado, verdadero motivo de su doble crimen y de su suicidio. Decía: "¡Por Dios, Sara, ámame!..."

FIN

Es el momento de depurarse

La época actual está especialmente indicada para hacer el tratamiento depurativo de la sangre y evitar los granos, forúnculos, manchas y demás molestias provenientes de la sangre sucia o impura.

El tratamiento es muy simple: consiste en tomar en ayunas una cucharadita de azufre termado ya solo o mezclado con miel o agua azucarada. El benéfico efecto del azufre termado pronto se echa de ver por el mejor bienestar general y la ausencia absoluta de granos y afecciones cutáneas. Muchos males cuyo origen se desconoce suelen deberse a la sangre viciada.

Es interesante a todos leer el valioso folleto que los señores Laich y Rey, calle Belgrano 2544, Bs. As. envían gratis a quien lo solicite.

PARIS LA MEJOR ANILINA DEL MUNDO

Caja chica 0.20 ¡Usela! Caja grande 0.80

TRABAJE POR SU CUENTA

Vendiendo corbatas finas a particulares. Extenso muestrario. Buena comisión. Trabajo fácil sin riesgo y que requiere poco dinero.

Escriba por detalles a:

D. CRAVATE - Sáenz Peña 277

Buenos Aires

ESCORIACIONES
ESCALDADURAS
QUEMADURAS
ECZEMAS
GRANOS

PASTA VASENOL

Picaduras de Insectos y toda clase de afecciones de la piel.

500 a 1000 $ por mes

o más puede ganarse con independencia en la propia casa, en ciudad o pueblo, sin dejar la ocupación actual. No es correlaje. Interesa a todos. Pida amplio prospecto, enviando 20 cts. para gastos, a F. L. casilla corr 2400 B.A.

URINARIAS AMBOS SEXOS

LO MAS EFICAZ, COMODO, RAPIDO, RESERVADO Y ECONOMICO.

Sin molestias y sin que nadie se entere, sanará rápidamente de las enfermedades de las vias urinarias en ambos sexos por antiguas y rebeldes que sean, tomando durante unas semanas, 4 ó 5 Cachets Collazo por día. Calman los dolores al momento y evitan complicaciones y recaídas. Pida folletos gratis a Moreno 1027, Buenos Aires, o a la Farmacia del Cóndor, Rosario.

DIALOGOS EN LA PELUQUERÍA

"LA POLITICA AL PELO Y CONTRAPELO"

—Ahora que ya pasó "la semana brava", vamos a ver, don Giácomo: ¿qué pálpito tiene de las elecciones?

—Mira, don Mandinga: si le parece, esperemos, mejor, a ver qué dice el escrutinio, y así no nos equivocamos, ¿qué le parece?

—¡Había sido hombre prudente!

—"El que tiene tienda, que la atienda, y si no, que la venda." Yo pienso lo mismo que el que inventó este adagio, que debió ser un sabio comerciante. El momento es peligroso para hacer pronósticos, ¿sabe? En este barrio todos son políticos y politiqueros; bueno: supóngase que yo "palpito" que ha ganado Justo y después sale ganando de la Torre o viceversa a los pocos días el caudillo del partido que ha ganado viene al negocio y empieza a embromarme.

"—¡Ah sí!... ¿Conque vos fuiste el que dijiste que iban a ganar los otros? ¿Conque

vos les estabas haciendo el tren a los otros? ¡Ya te voy a arreglar! Ahora en este pago no ronca nadie más que yo.

"Y así, con "che" y todo, al otro día me manda al comisario y me llevan a la comisaría por "traficante de la quiniela".

—Pero si usted no "levanta" jugadas...

—Yo no "levanto" nada, pero ellos me levantan el cuento, y ya está; me tienen dos o tres días en la gayola, y cuando ya me he comido hasta las raíces de las uñas de rabia, me sueltan y me dicen con la sonrisa burlona en los labios:

—Andate, nomás, che, tano, y acordate de ésta para que otra vez no seas otario.

"Créame, don Mandinga: la mejor política es estarse chito, y que gane el que tenga que ganar.

●●●

—Sin embargo, es lindo "palpitarla".

—Más lindo es vivir tranquilo, sobre todo cuando uno no lleva acciones en el negocio.

—Pero... ¿y el patriotismo?

—Se murió.

—¿Y los deberes cívicos?

—No me gusta "deber". Yo llevo mis cuentas al día y vivo en paz con todo el mundo.

Cuando las barbas no dan suficiente para comer pollo con ensalada, dejo el pollo y me como la ensalada sola.

"Le aseguro, don Mandinga, que si en este país todos pensaran como yo, no habría tanta gente en los comités que sueña con los pollos del presupuesto, y la política andaría mejor. Porque a esos de los comités, en vez de darles pollo al último les dan pavo, y los pavos son ellos mismos, que se pasaron varios meses cebando la ilusión de una promesa que nunca se cumple.

"La política, don Mandinga, es una aritmética más complicada que la teoría de Einstein, y se necesita ser muy de Tomaso para entenderla.

—¿Cómo muy de Tomaso?

—Quiero decir que hay que ser buena "pierna".

—A ver..., explíquemela un poco.

—Bueno, le daré algunas nociones elementales, porque si nos vamos a fondo, cuando les toque el turno a los otros clientes, van a tener la barba más larga que de la Torre.

●●●

"En política, la gente que va al comité antes de la elección a vender su conciencia por un "acomodo", es el multiplicando, y el caudillo que promete el puestito a los muchachos, es el multiplicador.

"Si hay un solo caudillo que promete, tenemos una multiplicación simple, por una sola cifra, pero por lo general, la "operación" es más complicada, porque el multiplicador se compone de varias cifras.

●●●

"Si la elección se gana, la multiplicación se convierte en una regla de tres, porque como los empleos disponibles no alcanzan ni para cumplir la centésima parte de las promesas, hay que despejar la X para ver cómo se conforma a los más "acuñados" sin que los demás se den vuelta.

●●●

"Si la elección se pierde, la multiplicación se convierte en división: el multiplicando se vuelve dividendo y el multiplicador, divisor. Practicada la "operación" el partido queda "dividido".

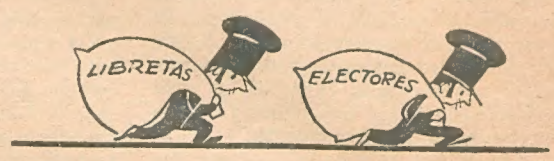
●●●

"Una suma política se compone de varias "adiciones": las primeras "adiciones" son las del restaurante donde se arreglan los "intereses", después viene la "adición" de los caudillos que se pasan de otros partidos, más tarde se adicionan los candidatos, y si se triunfa, la suma se incluye en el presupuesto, y si se pierde, el resultado da cero.

"En la suma política el orden de los factores altera el producto; por eso siempre al empezar a sumar las candidaturas se discute mucho el orden de colocación. En las listas de diputados, por ejemplo, los primeros factores se suman, pero los últimos no sirven más que para hacer número, como en los balances por quiebra...

●●●

"Una de las operaciones más interesantes de la aritmética electoral es la resta o sustracción. Tenemos la sustracción de electores a los partidos adversarios, la sustracción de inscriptos falsos de los padrones, la sustracción



de candidaturas (mediante la cual al más pintado le sacan "del buche" una diputación o una senaduría), la sustracción de electores, como ocurrió últimamente con los electores de gobernador en Buenos Aires, que iban a buscarlos en su casa y estaban en la comisaría, y, por último, merece citarse la sustracción de libretas cívicas.

●●●

"Le daré ahora una ligera noción sobre decimales.

"En nuestra política abundan los decimales. Un político que nececesita el apoyo de otro es una fracción cuya como se va corriendo a la izquierda a medida que el hombre se va levantando, hasta que cuando consigue levantarse del todo, y le da la patada al protector, se convierte en un entero; la coma desaparece y se convierte en "como", del verbo "comer".

"Un político que da plata para las elecciones, pero que al mismo tiempo se hace elegir gobernador o diputado, es una cifra completa: tiene el entero a la izquierda, que son sus pesos, y la fracción a la derecha, que es su inteligencia.

"Y un político que presta plata y no liga ni medio, es un cero a la izquierda."

—Hablemos ahora de los quebrados.

—Ma..., ¡por favore!, no toquemos ese asunto en estos momentos en que los "quebrados" están a la orden del día.

—Y ¿por qué no?

—Piense en el escrutinio, don Mandinga, y tendrá la definición. El partido que triunfe va arriba del palito, y el que pierda va abajo.

—¿Y el resultado?

—El resultado es lo mismo que en el gallinero: los políticos hacen con los palitos de la aritmética política lo mismo que las gallinas: siempre tratan de subirse a los de más arriba para dormir más tranquilos.

Por

El Viejo Mandinga

— Ahí tienes al pobre Julián, solo en el mundo.
— ¿Se han muerto todos sus parientes?
— No; se han hecho ricos.
(De "Buen Humor", Madrid)

Un diplomático muy rico se enamoró de una joven de "clase inferior" a la suya, y como, a pesar de procurar olvidarla, cada día la quería más, exclamó desesperado:

— Será preciso que me case con ella para dejar de quererla.

COPLAS

Dicen que los celos matan,
yo digo que no es así;
que si los celos mataran,
me hubieran matado a mí.

———

Desempedraré tu calle
y la cubriré de arena,
para mirar las pisadas
de los que rondan tu reja.

———

Por pescar uno en tu puerta
ando que bebo los vientos,
como lo llegue a pescar,
tienes en tu puerta un muerto.

LA PISTOLA DE DEL VALLE

Las grandes crisis precursoras del 90 no venían solas: los asaltos en la vía pública, a deshoras, andaban a la orden del día. Por eso los cívicos solían acudir a sus reuniones armados. Sólo Aristóbulo Del Valle, voz elocuentísima de la nueva causa, acudía sin un alfiler siquiera. Pero sus amigos lo obligaron a llevar consigo una pistola.

Una noche muy fría de junio atravesaba Del Valle la plaza Lorea (que hoy es parte de la del Congreso), cuando un individuo se le echó encima.

— ¡Alto! — le dijo amenazador. — ¡Entrégueme toda la plata que lleva!

Del Valle, como si tal cosa, metió la mano en el bolsillo, sacó unos pesos y, entregándoselos, le respondió:

— No tengo más.

El asaltante se iba, cuando Del Valle recordó que tenía una pistola.

— ¡Oiga, espere! — le dijo al ladrón, y alargándole la pistola, agregó:

— Ya que no me sirve para nada, llévesela también...

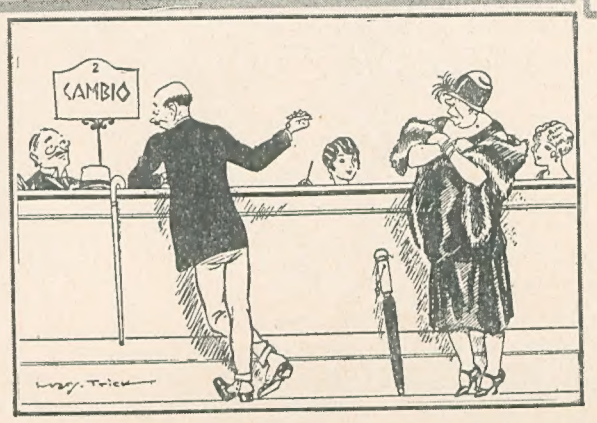
SALPICON

Un imbécil decía a un conocido suyo, hombre de ingenio:

— Dime la verdad, Ramón: ¿por qué no hablas nunca conmigo?

— Por una razón sencilla. Cuando no eres de mi parecer, lo siento por ti, y cuando lo eres lo siento por mí.

La avaricia consiste en retener las cosas propias ilícitamente, y en desear ardientemente las de los otros. — Víctor Hugo.



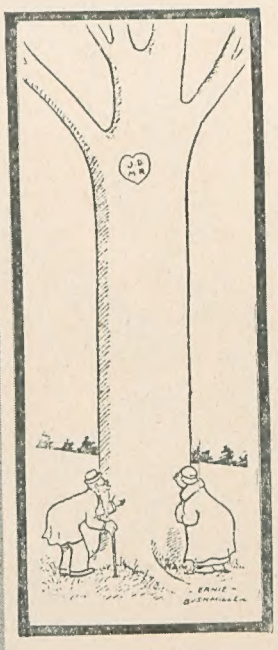
— Vengo a cambiar a mi mujer.
— ¿...? ¡...!
— Tiene sesenta años. ¿No habrá medio de cambiarla por dos de treinta?
(De "The Humorist", Londres)

EL CUENTO JUDIO
LA RAZON

Samuel, arruinado, había conseguido, tras laboriosos esfuerzos, que su amigo Isaac, acomodado comerciante, le prestara cien francos, compadecido por la pintura que de su situación le había hecho. En el mismo día le encuentra su favorecedor en un restaurante ante un plato de langosta con mayonesa, y le reprocha, sorprendido:

— ¿Cómo? ¿Me pide usted un préstamo para aliviar su angustiosa situación, y le veo ahora comiendo langosta con mayonesa? ¿Para eso necesitaba usted mi dinero?

— No acierto a comprenderle — responde Samuel con tranquilidad. — Cuando no tengo dinero, no puedo comer langosta con mayonesa; ahora que tengo dinero no puedo comer langosta con mayonesa. Entonces, ¿cuándo diablos voy a comer langosta con mayonesa?



— ¡Caramba! No veo la inscripción que hice aquí hace cincuenta años.
(De "Judge", Nueva York)

LA GRACIA DE DUMAS

Una noche, en el teatro Francés, Dumas, sentado al lado de Soumet, vió a un espectador completamente dormido en su butaca mientras se representaba una obra de este último.

— Vea usted — dice Dumas a su camarada, — allí tiene el efecto que producen sus piezas.

Al día siguiente se representaba una comedia de Dumas, quien se encontraba ubicado cerca de la orquesta. De repente, Soumet le da una palmada en el hombro, y le enseña a un señor que dormía en uno de los asientos de primera fila, diciéndole, con tono de venganza:

— Vea usted, mi querido Dumas, cómo también se puede dormir escuchando su prosa...

— ¡Vamos, hombre! — responde Dumas. — ¡Si es el mismo señor de ayer, que todavía no se ha despertado!

SOBRE EL AMOR Y LA MUJER

Las mujeres son como los pasatiempos; pierden interés cuando se les acierta.

———

Tres mujeres y un ganso hacen un mercado.

———

No amamos de verdad hasta que los juramentos son innecesarios.

DEL AGRADECIMIENTO

Si haces bien por que te lo agradezcan, mercader eres, no bienhechor; codicioso, no caritativo.

QUEVEDO

— ¡Cómo! ¿Que te aburres? ¿Que no tienes nunca distracciones?... El año pasado fuimos a ver el eclipse de sol. ¿Qué más quieres?
(De "Fantasio", París)

— Es muy lindo ser soltero, pero lo que me descousuela es que cuando me muera nadie llevará mi nombre.
— ¿Y cómo se llama usted?
— Juan Pérez.
(De "Papitu", Barcelona)

— Papá, ven a jugar conmigo.
— No tengo tiempo, hijo; tengo que trabajar.
— ¿Y para qué quieres trabajar?
— Para ganar dinero.
— ¿Y para qué quieres el dinero?
— Para darte de comer.
— Pues ven a jugar, entonces, que no tengo hambre.
(De "Le Sourire", París)

En una tertulia.

Un sujeto ciego dice a su vecina:

— ¡Qué hermosos dientes tiene esa señora que está a su lado!

— Y ¿cómo lo sabe usted, si no la ve?

— No ve usted que no cesa de reír un instante.

LA ESTADISTICA

¿Sabes qué es estadística? Una cosa
con que se hace el recuento general
de los que nacen, van al hospital,
a la curia, a la cárcel o a la fosa.

Mas, para mí, la parte más curiosa,
es la que da el promedio individual
en que todo se parte por igual
hasta en la población menesterosa.

Por ejemplo: resulta, sin engaño,
que según la estadística del año,
te toca un pollo y medio cada mes,

y aunque el pollo en tu mesa se halle ausente
entras en la estadística igualmente,
porque hay alguno que se come tres.

TRILUSSA.

EPIGRAMA

El juez Facundo de Dios
procesó al mudo Román,
y éste buscó con afán
de intérprete a un tal Amós;
y al encargarle el servicio,
por señas, le dijo así:
—¡Cuando Dios me llame a juicio
tú responderás por mí!

ERNESTO POLO

— Estoy desesperado; mi hijo tiene la solitaria.
— Eso no es para desesperarse.
— Bueno, pero es una boca más para mantener.
(De "Gutiérrez", Madrid)

La víctima del accidente, volviendo en sí. — ¿Dónde estoy?
El vendedor (oportuno). — Aquí tiene usted la última edición de la guía de la ciudad por sólo diez centavos.
(De "Lustige Blätter", de Munich)

Sucursales:

ALMAGRO
Corrientes 4216
U.T. 62 Mitre 2752

BARRIO VARELA
Varela 1129
U.T. 66 Flores 0632

BELGRANO
Cabildo 2076
U.T. 52 Belgrano 1758

BOEDO
Carlos Calvo 4067
U.T. 45 Loria 1866

CABALLITO
Rivadavia 5360
U.T. 60 Caballito 3353

CENTRO
Cangallo 963
U.T. 35 Libertad 1902

C. Pellegrini 1163
U.T. 41 Plaza 1731

Entre Ríos 732
U.T. 38 Mayo 4627

Rivadavia 1456
U.T. 38 Mayo 4604

Rivadavia 1992
U.T. 47 Cuyo 4592

Santa Fe 1886
U.T. 44 Juncal 5037

Santa Fe 2685
U.T. 44 Juncal 2832

Viamonte 1666
U.T. 38 Mayo 2149

VILLA CRESPO
Giribone 290
U.T. 54 Darwin 0670

CONSTITUCION
Defensa 1047
U.T. 33 Avenida 7319

Bdo. Irigoyen 1117
U.T. 23 B. Orden 7023

Brasil 1160
U.T. 23 B. Orden 1620

CAFÉS TÉS

A LOS MANDARINES

Sucursales:

PARQUE PATRICIOS
Rioja 2026
U.T. 61 Corrales 0898

FLORES
Rivadavia 7101
U.T. 66 Flores 0446

FLORESTA
Rivadavia 8763
U.T. 67 Floresta 7580

LINIERS
Rivadavia 11506
U.T. 64 Liniers 773

MATADEROS
J. B. Alberdi 6040
U.T. 68 Mataderos 318

NUÑEZ
Cabildo 3072
U.T. 70 Núñez 8028

PALERMO
Santa Fe 4521
U.T. 71 Palermo 6332

PATERNAL
Av. S. Martín 1475
U.T. 59 Paternal 0905

VILLA URQUIZA
Monroe 5131
U.T. 51 V. Urquiza 2009

RADIO SUBURBANO

Lanús:
José C. Paz 185
U.T. 27 Lanús 248

Lomas de Zamora:
Laprida 219
U.T. 20 Lomas 266

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

La Plata:
Diagonal 80 Nº 925
U.T. 231 La Plata

Mar del Plata:
San Martín 2528
U.T. 348 Mar del Plata

CASA PRINCIPAL
P. ROBERTIE
2164 - SAN JUAN - 2164

Gerencia: U. T. 23 B. Orden 6900. — Oficinas: U. T. 23 B. Orden 1244 y 1437

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.